

# LITERATURA

NO creo que al escribir esta nueva novela, de cuya lectura cabe deducir la moraleja de que la mala educación dada a los hijos acarrea terribles consecuencias para éstos y para sus padres, Miguel Delibes se haya propuesto demostrar una tesis, ni siquiera que haya pretendido ampliar a sus lectores con el relato de un drama basado en el amor paternal mal entendido. Delibes profesa en sus novelas una filosofía amarga, absolutamente pesimista de la vida, y deja al lector que de la simple relación de los hechos imaginarios saque las conclusiones que estime pertinentes. «Mi idolatrado hijo Sisi» (1) no es, pues, novela de tesis, ni tampoco, en mi opinión, novela que persiga un fin moral de perfección del individuo o de mejoramiento de la sociedad. Es, en cambio, novela de «pasión dominante»; novela psicológica en la que el autor concentra su vigorosa capacidad de percepción sobre un personaje, y dentro de ese personaje, sobre el rasgo fundamental de su carácter. La cualidad sobresaliente de Cecilio Rubes, el protagonista de la obra, parece ser, en el propósito del autor, el egoísmo. Pero en la novela, la naturaleza de Cecilio, como la de su hijo y la de otros personajes secundarios de uno y otro sexo, está principalmente condicionada por una sensualidad insaciable, y en algunos de ellos por el imperio avasallador de una lascivia enfermiza. La sensualidad es el motivo constantemente reiterado en la novela, desde el principio hasta el fin.

Cecilio Rubes es un comerciante rico de una capital de provincia. Con su dinero y dentro de su posición social, puede realizar sus aspiraciones, vulgares y de orden estrictamente material. No tiene otras. Se casa seducido por los atractivos físicos con una mujer humilde que tampoco está enamorada de él. Para ella, el matrimonio es un medio de instalarse en una clase superior y vivir más confortablemente. Cecilio, por puro egoísmo, por evitarse complicaciones, no desea tener hijos. Adela, su mujer, que sabe que su madre murió al darla a ella a luz, rechaza espantada, con el temor de que pueda ocurrirle lo mismo, toda idea de descendencia. Hasta que un día, sin quererlo ellos, a los seis o siete años de estar casados, tienen un hijo, Sisi, que llega en un momento en que los padres, desengañados de los motivos falaces que les impulsaron a unir sus vidas, empiezan a hacerse mutuamente insoportables. No se entienden ni se quieren. Pero el hijo no los reconcilia; al contrario, sirve de pretexto para profundizar la discordia. Cecilio Rubes sostiene la teoría de que solamente los pobres han nacido para sufrir. En cambio, los ricos, como su hijo, han nacido para disfrutar de todos los placeres de la vida. La felicidad consiste en satisfacer libremente los deseos; por consiguiente, Sisi Rubes, vástago de padre tan obcecado, campa por sus respetos, siendo inútiles todos los esfuerzos que hace la madre, mujer de poco carácter, para someterlo a una disciplina y darle una educación. En la infancia, Sisi es un niño discolito y voluntarioso. Al llegar a la adolescencia, su vida comienza a girar en torno del instinto erótico. Parece, igual que su padre, no vivir para otra cosa. Ambos son tipos reusables desde todos los puntos de vista. Probablemente en la vida hay seres semejantes, pero son poco simpáticos y procuramos rehuir su trato. No hay razón para que en la literatura nos sean más tolerables.

(Estos individuos cuyas vidas están determinadas por los excesos del temperamento, son, en el orden literario, efectos retardados de la escuela naturalista, trasladada de Francia a Norteamérica y devuelta de nuevo a Europa, de donde está siendo barrida por una poderosa corriente de espiritualidad que anima a sectores cada día

## “Mi idolatrado hijo SISI”, DE MIGUEL DELIBES

Por MANUEL G. CEREZALES

Hay otros personajes en la novela que pudieron haber servido de contrapeso a la desoladora creación de Cecilio y Sisi, y de alivio a la sombría y casi irrespirable atmósfera del relato. Pero salvo algunas figuras episódicas, retratadas con toques certeros, los demás personajes principales son poco consistentes. En Adela, la madre, una mujer fría, irresoluta, los sentimientos están poco o mal definidos; aun a las reacciones de su instinto maternal les falta naturalidad. Paulina, moza de fortuna, se sostiene —hablando de modo figurado— difícilmente de pie. Todas las posibilidades de que esta obra se hubiese convertido en una gran novela, estaban en los Sendín, vecinos de los Rubes y representantes de una concepción de la vida totalmente opuesta, más humana y optimista. Delibes utiliza a esta familia solamente como piedra de toque de los caracteres y de la conducta de los Rubes. Los miembros de la familia Sendín, todos muy unidos, además de por los lazos de la sangre por la comunidad de sentimientos y de principios, son caracteres poco matizados. En conjunto, el ambiente de este hogar, muy virtuoso, no es nada interesante y resulta un poco sofo. Como parece también un poco floja Elisa Sendín, jovencita casta y modosa, que a última hora despierta en Sisi un anhelo de perfeccionamiento y de dignificación de su vida. Elisa Sendín es un carácter demasiado desvaído para suscitar en un alma tan obstinadamente cerrada a todo estímulo espiritual como la de Sisi, un deseo de transformación moral. En el acercamiento de estas dos almas no se produce el choque que a veces agita el fondo de las conciencias y hace brotar de ellas chispas espirituales insospechadas, ni se abre una etapa transitoria que dé lugar a que en el joven se desarrolle y madure un proceso de transmutación interior. La regeneración se inicia casi en frío, sin una motivación convincente.

Yo creo que de haber el autor insistido en la pintura de los tipos y del ambiente del hogar de los Sendín, la composición novelística hubiese tenido una mayor amplitud de horizonte y hubiese resultado más armoniosa. Pero Miguel Delibes renuncia de antemano a las vastas perspectivas y a imprimir a sus creaciones un sentido de elevación moral. Conduce la novela, dentro de los límites que se ha trazado, con verdadera maestría, decidido a reproducir con la intensidad máxima aspectos unilaterales de la realidad, sin propósitos trascendentes ni intención de embellecerlos con la ayuda de la fantasía. Su tendencia a ceñir la desnudez de los hechos con su estilo sobrio, de una diáfana sequedad castellana, puede ser tanto efecto de una técnica estudiada como de una espontánea inclinación temperamental. Sea lo que fuere, produce los siguientes resultados: o una novela de gran belleza y profunda originalidad como «El camino», insuperable exploración de la vida infantil, en la que la concisión del estilo, al recoger y expresar con precisión un mundo desbordante por su propia naturaleza de elementos poéticos y fantásticos, contribuye al establecimiento del equilibrio artístico, o una novela de amargura deprimente, con valores literarios innegables, como «Mi idolatrado hijo Sisi», donde la moderación de los procedimientos expresivos no hace más que acentuar la aspereza del contenido.

(1) Ediciones Destino, S. L. Barcelona.

# INCENSA

Campanudo. Un hombre al que se le ocurre tener un hijo exactamente cuando lo va a tener. Cuando nace el hijo abandona a su amante por un cierto temor supersticioso, aunque no abandone sus aventuras eróticas. Y se dedica a malcriar a su hijo porque «la educación es para los pobres». El hijo se encuentra a los dieciocho años absolutamente inútil, incapaz de nada serio, incapaz de vivir una vida normal. Un día se enamora, pero fracasa en algo formal para lo que no está preparado: en el amor. Un día muere en la guerra. Y el padre, que encuentra su existencia sin ninguna justificación, fracasada totalmente, y que se encuentra además responsable de la muerte de su hijo, cuando le arrojan a la cara esta verdad, se suicida.

Me doy cuenta de que este esquema de la novela es eso únicamente: un esquema, y en absoluto responde al contenido, a la profundidad que la novela tiene. Una profundidad aparentemente superficial, porque—repito—está narrada con sorprendente objetividad, desde fuera. Una profundidad que arranca, sobre todo, de la idea medular de la novela; idea sobre la que volveremos más tarde. Digo que el esquema es imposible y fundamentalmente porque los personajes de esta novela son seres vivos, captados con viveza y exactitud hasta en sus pequeñas muletillas de lenguaje. Y así, Cecilio Rubes se nos presenta retratado en cuerpo y alma, con su apariencia respetable y la miseria que contiene, con su complejo de inferioridad, que ni él mismo sospecha, y que le hace insosteniblemente soberbio, y le obliga a afirmarse continuamente, a jalearse mientras habla («Bien», «Bueno» son sus muletillas), hasta que de pronto descubre su propia mentira, su vaciedad, y la vida le deviene insostenible. Adela, su mujer, gris, sin personalidad, que de pronto—cuando ya es tarde para enderezar su hogar—descubre la energía, que se refugia en Dios como en un amante, el amante que no supo ser su marido. Paulina, con una secreta venganza anidada en su corazón; venganza que sólo al final logra satisfacer. Sisí, que es uno de esos tipos relativamente habituales, de los que solemos decir que «en el fondo es un buen chico»; que cuando halla el camino de su autenticidad no se decide a seguirlo definitivamente; débil, mimado, consentido, para quien «todo el monte es orégano». Y en torno, la mediocridad de la burguesía de una ciudad española, los convencionalismos, el tedio, la avaricia en su forma más sórdida; la honradez, también, y el heroísmo, callado, y hasta cierto punto inútil exteriormente de la clase media conservadora, representado en la familia Sendín.

Y un gran problema, que coloca a esta novela, aunque sea con la timidez de un primer intento, en la línea de la novela católica que actualmente se hace en el mundo. El problema del malthusianismo, si bien tratado con delicadeza, es el tema central. El castigo a la limitación de los hijos, con sus consecuencias de soledad, de insatisfacción espiritual y carnal, tratado desde lo meramente humano, sin elaboradas trascendencias, sino desde lo vital, es el tema de la novela. Una novela—repito—católica, donde no se predica moral explícitamente ni se insiste machacona y aburridamente en una moraleja. La enseñanza se desprende sola, y a lo largo de la novela no se ha pretendido hacer, y era fácil, la apología de la familia cristiana que representan los Sendín. Más bien, al enfrentarse Sisí y Luis, nos cae más simpático el más disoluto, aunque admiremos la entereza del otro. Conseguir este equilibrio a lo largo de la novela; narrar con la objetividad con que ha sabido hacerlo, constituye el máximo acierto de Delibes. Delibes, que ha conseguido una auténtica novela católica, entre nosotros, y lo ha hecho sin vacilaciones, y llevando las cosas sin vacilación hasta donde había que llevarlas. Ciertamente, en el ambiente español quizá sorprenda esta calificación de novela católica a una donde no salen curas, donde no hay sermones, y que termina con el suicidio del protagonista. Pero lo es, y no solamente en su intención última, sino a lo largo de todas sus páginas.

«Mi idolatrado hijo Sisí» me parece, pues, una novela excelente, trazada con gran economía de medios, con objetividad, con limpieza.

Marcelo ARROITA-JAUREGUI

## MI IDOLATRADO HIJO SISI

PARA quien ha seguido la trayectoria novelística de Miguel Delibes—desde la promesa, sólo promesa, de «La sombra del ciprés es alargada» hasta la extraordinaria realidad novelística de «El camino», pasando por «Aún es de día», demasiado «a la page» en la frecuentación de un realismo negro, entonces frecuentadísimo por nuestros novelistas—no será una sorpresa que acreditemos la madurez que atestigua esta su última novela, «Mi idolatrado hijo Sisí» (1); madurez que se traduce en una serie de temas para el comentario.

No faltó quien me aseguró, cuando yo no había iniciado la lectura, que esta novela me defraudaría, que era inferior a «El camino». Yo no me atrevo a hacer una afirmación tan tajante, y ello, por dos razones: porque «El camino» es efectivamente una novela extraordinaria, pero también porque el tema de «Mi idolatrado hijo Sisí» requería unos procedimientos narrativos y hasta un tratamiento verbal absolutamente distintos. El tema de «El camino» forzaba a un procedimiento en cierta manera poemático. Por su amplitud en el tiempo y por su intensidad, «Mi idolatrado hijo Sisí» exigía la narración casi esquemática, una objetividad y hasta un lenguaje mínimo en riqueza verbal, preciso y eficaz. Y todo ello ha sabido darlo Miguel Delibes, sosteniendo el interés apoyándose muy especialmente en la psicología del personaje central, y en segundo término—pero un segundo término muy importante—, en la peripecia externa de dicho personaje.

Delibes presenta a un hombre—Cecilio Rubes—cuarentón, comerciante, egoísta, típica mentalidad burguesa, católico en apariencia, bautizado y que hizo la primera comunión allá en su niñez. Casado, porque un hombre de su condición tiene que estar casado. Aficionado a la mujer ajena; que tiene una amante. Sin hijos, porque los hijos son un estorbo, y sólo eso. De ideas prefabricadas, oídas, pero convenciéndose de que son propias.

(1) MIGUEL DELIBES: *Mi idolatrado hijo Sisí*. Colección «Ancora y Delfín». Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1953.



# "Mi idolatrado hijo Sisi", novela de Delibes

3 LEVANTE, 29 noviembre de 1953

EN la antepágina de la novela cuyo título pongo a este comentario, su autor, Miguel Delibes, ha copiado estas palabras del Génesis: "Creced, multiplicaos y henchid la tierra" que son como un anticipo del propósito del autor. Porque, indudablemente, "Mi idolatrado hijo Sisi" es una novela de tesis que viene a demostrar, con hechos, las nefastas consecuencias a que una vida orientada en la sensualidad y el egoísmo puede conducir.

Por otra parte, el problema de la limitación de los hijos, de las relaciones entre marido y mujer dentro del matrimonio —problema palpitante, de indiscutible trascendencia—, han sido, en la preocupación del autor, los que han marcado un rumbo a la novela.

Claro que se trata de una novela de excepción, hasta el punto de que no parezca de tesis, ya que la mayoría de las así clasificadas lo han sido más que por su eficacia por el estilo declamatorio y, en general, arbitrario, con que su autor pretendía convencer. Tendremos, pues, un concepto falso de la moderna novela de tesis si nos fijamos en algunos pseudoclásicos que han pasado por modelo.

Miguel Delibes, novelista católico —como Mauriac, como Maxence Van der Meersch—, ha penetrado en la entraña del mundo actual, conoce sus problemas, sus vicios y —lo que es más importante— tiene su fórmula para combatirlos. Esta fórmula consiste en enfrentarse con la realidad: si en la realidad está el mal será preciso conocerle para atacarle en sus raíces. La enfermedad no se cura sin conocer las causas que la produce. (Recuerdo en este momento haber asistido a unos ejercicios espirituales dirigidos por un jesuita ilustre. Empezó diciéndonos: "Os enfrentaré con la verdad para que luego reaccionéis ante ella." Todo su discurso se redujo a una exposición de hechos concretos. A mí me impresionaron aquellos ejercicios; creo que fueron eficaces.)

Algo parecido hace Delibes en esta novela: enfrenta al lector con la realidad. Rubes es el tipo representativo de una burguesía y una época desgraciadamente aún no extinguida. El novelista se limita a retratarle como es; lo desnuda, como si dijéramos, para ponerle ante el espejo... de la conciencia colectiva. ¡Es un alerta!

La conducta, las reacciones, los estados de ánimo de Cecilio Rubes —dados sus antecedentes, sus ideas, su manera de entender la vida— son lógicos, de una desoladora lógica, pero las consecuencias no lo son menos. Cecilio Rubes muere como ha vivido. Y no porque el autor lo quiera, sino porque un hombre de su catadura moral no tiene escape posible, a no ser que una fuerza providencial intervenga, lo que

no ocurre en el caso de Rubes. Esto es lo que hace estremecer al lector, lo que le pondrá en trance inevitable de meditar.

La novela, al final, adquiere categoría de gran tragedia. Rubes no se resigna a la derrota. Como nuevo Prometeo —encadenado a sus propios errores, se rebela en una actitud no exenta de grandeza. ¡Todo inútil! La invisible mano del destino —la mano de Dios diremos los cristianos— le coje para enfrentarle con la verdad, que ahora ya no podrá eludir. Aquí está la tragedia. Rubes, sensual, a su manera escéptico (sólo cuatro veces en su vida ha recordado vagamente el nombre de Dios) está exento de reservas morales. Muerto el hijo y fracasado su postrer intento, nada hay que le ligue al pequeño círculo sobre el que ha girado su existencia, nada que le haga despertar a la esperanza de un destino superior. Juguete de su propia obra se lanza al abismo con la misma desoladora incomprensión que se lanzó a la vida. Otra cosa no podía suceder. ¿Más cómo "sucedió" todo esto? De una manera natural, sencilla, humana. En la novela todo está estudiado y narrado con exactitud. Nada



MIGUEL DELIBES

sobra y nada falta. Se llega a donde es inevitable llegar, pasando por el camino que a ello conduce. Si el camino es espinoso, a veces crudo por su desnudez, el autor no tiene la culpa. El autor no es de aquellos que se detienen en cualquier lugar alegremente; todo lo contrario, antes de entrar ha pensado cómo ha de hacerlo y lo ha hecho con dignidad. Más no puede exigirsele si, además, apunta a la eficacia.

Nos encontramos ante una novela escrita con estilete de plata, cuya tesis, enunciada sin petulancia, supone una valiosa aportación al nuevo realismo, generalmente vacío de finalidad. En ella el interés y la eficacia se conjugan por partes iguales y esto es sólo posible cuando el novelista tiene el pulso firme y la mente clara, sabe lo que quiere y a dónde va.

FRANCISCO ALVARO

# ANAQUEL

## "Mi idolatrado hijo Sisi"

4

**M**IGUEL Delibes, formado como escritor en la dura escuela del periodismo, se reveló fulminantemente con «La sombra del ciprés es alargada», que en 1947 obtuvo el ambicionado premio Nadal, de novela.

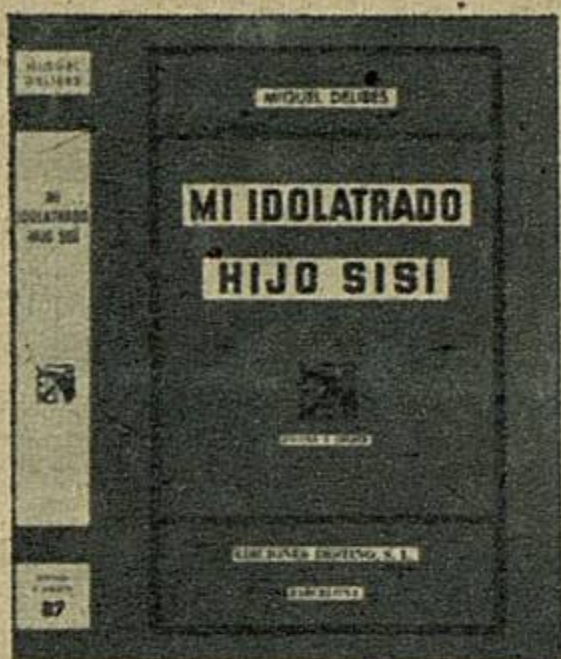
Su estilo, personalidad e inteligencia, tratando un tema delicado y difícil, convencieron a la crítica y al público de que estábamos en presencia de un novelista de primera línea, de cuya pluma podían esperarse más y todavía más maduras obras literarias.

Delibes no interrumpió ya su dedicación a la novela, publicando, con franco éxito, sus novelas «Aun es de día» y «El camino», de las que especialmente esta última señalaba ya con firmeza los perfiles de una interesante personalidad.

Ediciones Destino, con la pulcritud que le es habitual, ha lanzado ahora una nueva obra de Miguel Delibes, que refrenda sus calidades y denota la exquisita madurez de su prosa, aplicada ahora a la introspección de dos personajes principales, un padre y un hijo de excepcional altura humana e interés literario.

«Mi idolatrado hijo Sisi» es una de las obras más sinceras y sentidas del gran novelista valisoletano, y la lectura de ella se convierte en un lento y moroso saboreo de calidades.

Con gusto recogemos este nuevo triunfo de un compañero de profesión, cuya pluma vuela ya más alto, en el campo de la creación novelística, y que, por momentos, se perfila como una de las revelaciones más importantes en la joven literatura nacional.



*Periodico "Triunfo"*

*9 Diciembre - 1953*

FUNDACION MIGUEL DELIBES  
MD

# CENSO DE PUBLICACIONES E INFORMACIONES BIBLIOGRAFICAS

NOTICIAS Y COMENTARIOS CRITICOS DE A B C

**LUCA DE TENA, M. E. D., MARIA LUISA: "TIERRA HABITADA"**

San Sebastián, 1953. 153 págs.

Es importante el hecho de que una joven religiosa misionera nos ofrezca esta navideña de unas nuevas figuras de la Escritura Santa. Todo es muy del tiempo en este libro, desde la encuadernación y la tipografía hasta la sintaxis. Las páginas eternas del Génesis, los más prodigiosos pasajes del Evangelio renacen, hechos mística del siglo XX. El estilo es incisivo, corto, plateado y valiente: los vocablos justos y los mejores. Toda la gama cromática de los paisajes edénicos y de la Tierra Santa, todo el poético patetismo bíblico sirven de fondo y de medida a las meditaciones íntimas y joviales de María Luisa Luca de Tena. Leyendo "Tierra habitada" se olvida un poco la contraposición entre el "aquí" y "el más allá", entre el mundo y Dios. El polvo de Palestina, su cielo, su luz, sus gentes, sus palmeras y hasta las aguas del Tormes y los tejados de la ciudad salmantina cobran una vocación de trascendencia. El Señor está entre nosotros, viene a decirnos la autora con el fondo y con la forma de cada uno de sus capítulos.

El adolescente, la mujer y el varón a quienes ha tocado doblar el filo ecuatorial del vigésimo siglo después de Cristo encontrarán en "Tierra habitada" un libro muy suyo, pensado expresamente para ellos, pero desde textos eternos y a partir de una dogmática imperecedera. Un dibujante muy de nuestros días—Escassi—lo ha ilustrado, inspirándose en motivos siríacos, bizantinos y románicos. Su lápiz ingenio y difícil a la vez ha sabido rimar con el estilo de María Luisa Luca de Tena y hacer otra vez niños a los temas de siempre.

**LORENTE MARTINEZ-PONTREMULLI, RAFAEL: "POEMAS SIN NOMBRE"**

Madrid, 1953. 124 páginas; 40 pesetas.

Si la crítica tuviese que hacer necesariamente frente al problema de la clasificación y genealogía de la obra literaria, habría que renunciar a hacerla con una buena parte de nuestra poesía actual. Porque cada poeta no siempre nos trae una obra, inscrita en un movimiento o en una tendencia, sino las más de las veces un mundo autónomo y entero que parece colgado en el espacio del arte por obra y gracia de una extraña fuerza gravitatoria. Este es el caso de Rafael Lorente, un gran poeta con la virtud de ser enteramente suyo. Rebelde a los ritmos tradicionales y aun a las metáforas clásicas, a solas con su intimidad y su lengua, Lorente consigue poemas de gran calidad. "Mallorca" es uno de ellos; en él confluyen urgencia y esquematismo, transparencia y color.



Rafael Lorente

Por una extraña y puramente casual coincidencia, el primer libro de versos de Rafael Lorente lleva el mismo título que uno de la gran poetisa Dulce María Loynaz, salido a luz unas semanas después. Y es que con la poesía ocurre, a veces, lo mismo que con los hallazgos científicos: que los descubren al mismo tiempo seres muy distantes. He aquí otra circunstancia que humaniza estos bellos poemas sin nombre.

Crítica y glosa

"MI IDOLATRADO HIJO SISI"

por Miguel Delibes



Ediciones Destino. Barcelona. 356 págs. 50 pts.

¿QUE misteriosa ley—sociológica, más que puramente literaria—es esa por la que se dan, en la novela o en el teatro, rachas temáticas? Ahora geza de cierto auge el ansia de este o aquel matrimonio por tener un hijo: fenómeno tan natural y justificado que, de no producirse, denotaría una quiebra gravísima en los cimientos morales de la sociedad contemporánea. De bastante inseguridad adolece ya nuestro mundo, incluso en el orden de las virtudes familiares, para que no nos sea indiferente el número y la calidad de los escritores que proyectan su atención sobre la necesidad y el goce de la perpetuación de la especie.

Claro es que el tema—de suma trascendencia religiosa, ética y social—admite innúmeras variantes. Una de ellas es la que Miguel Delibes introduce en el repertorio de tales preocupaciones, al novelar en "Mi idolatrado hijo Sisi" el caso de un matrimonio burgués, típicamente burgués, por la limitación de su campo mental, si damos a la burguesía, en cierto aspecto, el sentido peyorativo que no es raro emplear. Ni Cecilio ni Adela—que son los cónyuges de la reciente narración de Miguel Delibes—contrajeron matrimonio estimulados por el amor a los hijos que pudiesen venir.



Miguel Delibes

Antes bien, los rechazaba de antemano. Cecilio, por nacer y vivir cerrado a toda noble pasión. Adela, por no repetir la situación de su madre, fallecida al darla a luz. Formas ambas de tremendo egoísmo. Más hondo y categórico en él. Más vulgar y anecdótico en ella. Hasta que el hijo llega, cuando menos se pensaba, si cabe decirlo así. Y sobreviene, no para superar la íntima discordia de los padres, que nunca se comprendieron, y que mal podían amarse, sino para someterlos a la prueba, realmente pavorosa, de la educación que hubieran de dar al vástago.

He ahí, pues, un arranque de novela muy incitante, por el ámbito espiritual en que el asunto va a desenvolverse, y aunque nunca se expresa tesis alguna, la moraleja se desprende de las peripecias mismas; dicha sea en abono de tan fluido relato. Pero el fallo de la argumentación se

acusa en la debilidad de los caracteres, sobre todo el de Adela, primordialmente vulgar, como antes decimos, sin que el arte ni los senderos psicológicos del autor sean todo lo eficaces que sería necesario para salvar, literariamente, tipo tan endeble, en su intrínseca humanidad como en su versión novelesca. Le aventaja, en vida propia, movimiento e interés, su consorte, Cecilio, industrial sanitario, y no por azar. Miguel Delibes subraya el sarcasmo de este desnivel: mucha obsesión higiénica, en lo profesional y exterior, en contraste con la espantosa suciedad de sus fondos morales. Y es ese Cecilio, egoísta, fatuo, corrompido, quien justifica la frase que da título a la obra: "Mi idolatrado hijo Sisi". ¿Idolatrado, querido en verdad y con todas las responsabilidades inherentes al buen padre de familia...? Nada de eso. Y en esta respuesta, que sumariamente formulamos aquí, estriba la mejor razón de la novela de Delibes: novela de padres a hijo, bajo la trémula y viscosa ala de los malos ejemplos.

Para hacer lógico y plástico el pésimo ejemplo de Cecilio padre, en perjuicio del hijo y de sí propio, el autor tiene mucho adelantado con hacer de su carácter un mecanismo de fuerzas contrarias. Cecilio es incoherente, voluntarioso, antojadizo: procede a saltos, y nos preguntamos si cabe un ser humano de tan contradictorias raíces, o si Miguel Delibes lo concibe así para mayor facilidad del procedimiento. Nada tan sencillo para justificar los giros de un carácter como definirlo de antemano: "Cecilio Rubes era inconsecuente y espiritualmente fofo y débil...". Si uno de sus imprevistos resortes funciona de continuo, es el de un feroz egoísmo. No por otro móvil, Cecilio se identifica con su hijo, en tanto grado y con tales mimos, que le hunde y deprava, en colaboración con otros factores negativos, que acaban por hacer de Sisi un misero despojo. Adela no sería tan vulgar como es si no se moviera al dictado de un mínimo sentimiento de maternidad, tardío, pero cierto.

Otro elemento entra a componer el cuadro: la familia Sendín, contrapuesta a los Rubes, como la luz y la sombra. Pero sombra muy densa y luz hartamente tenue. El autor aboceta no más a los Sendín, y la verdad es que si estuviesen mejor logrados, como grupo familiar y socialmente representativo, el contraste resultaría más convincente y humano. No dejemos al margen una figura femenina, convencional a ráfagas: Paulina, en cuya cuenta cargamos algún episodio desagradable, por su aspereza.

Elisita Sendín está a punto de salvar al desgraciado chico de Cecilio y Adela. Pero no se puede jugar con el tiempo. Es ya demasiado tarde. La Historia corre para todos, y su influencia la hace sentir el autor, porque Delibes no prescinde de ese "algo" tan sutil que es el espíritu de la época. Sisi sucumbe en nuestra guerra civil, sin pena ni gloria, a remolque de muchos quebrantos y de morales frustraciones. Cecilio no permanece ajeno al escarmiento; enloquece y se lanza al vacío desde un balcón. Al vacío de su propio espíritu...

Pobre, paupérrima humanidad ésta que Miguel Delibes estudia y describe en novela acaso demasiado minuciosa, pero de muy digna entonación literaria, servida por un lenguaje ceñido, directo, calculado en sus efectos expresivos.

M. FERNANDEZ ALMAGRO  
de la Real Academia Española.

**BEGOÑA, FRAY MAURICIO DE: "ELEMENTOS DE FILMOLOGIA"**

Edit. Dirección General de Cinematografía y Teatro. Madrid, 1953. 407 páginas.

La creación del Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas y

la constitución de la Asociación Española de Filmología, así como el creciente desarrollo de la industria cinematográfica en nuestro país; han contribuido de modo muy eficaz al desarrollo de nuestra literatura filmológica, dentro de la cual está llamado a ocupar un importante lugar este volumen, en el que por primera vez

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

# AL MARGEN DE LOS LIBROS

6

MD

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

DELIBES, Miguel: "Mi idolatrado hijo Sisí". Barcelona. Ediciones Destino. 1953. 356 págs. 19 por 12 centímetros. Tela. 50 pesetas.

Hay novelas "de obsesión", reconcentradas, y hay novelas "de expansión", descentradas. En las novelas "de obsesión", ésta se ciñe con morosidad violenta a un tema o a unos personajes--escasos en número--, constituyendo así un hermético microcosmos. Recordemos a los Grandet y el tema de la avaricia en la gran novela de Balzac. Recordemos a León de Albrit y el tema del honor frente al amor en "El abuelo", de Galdós. En estas obras obsesivas, cuantos personajes, y cuantos episodios, y cuantos ambientes crea el novelista no tienen otra misión que servir de elementos de contraste y superables a favor del tema o de los protagonistas, a los que aquéllos sirven de coro, de peana y de resonancia. En estas novelas obsesivas, el autor acaba por someterse a la fuerza--ininterrumpidamente acelerada--de su propia creación.

En las novelas "de expansión", por el contrario, abundan las criaturas que reclaman nuestra atención, y abundan los episodios que alcanzan peculiar interés y son varios los problemas que el autor se propone desarrollar. Recordemos "Fortunata y Jacinta", de Galdós, y "La Regenta", de "Clarín". En estas novelas "descentradas" el microcosmos se hace macrocosmos; los personajes solicitan su absoluto realismo; el ambiente y el clima surgen con una naturalidad necesaria, como la sucesión de los días; en momentos determinados, el personaje que nos parecía compararse adquiere la plena protagonización de un trance fundamental; y el autor, jamás dominado por el juego de la acción, sabe contemplarla con los ojos encendidos y tranquilos del perfecto creador.

"Mi idolatrado hijo Sisí", de Miguel Delibes, pertenece al ciclo de las novelas "de obsesión". El tema del egoísmo humano, complicado con las funestas consecuencias de la mala educación de los hijos, centra el interés del novelista. Para desenvolverlo en planos de aristado y cálido realismo no necesita sino tres criaturas: Cecilio Rubes, su esposa, Adela, y su hijo, Sisí. Todos los demás personajes adquieren su importancia "en función" de irnos dando a conocer la reacción vital de aquellos tres. Así, la numerosa y bondadosa familia Sendín, cuyo signo en la virtud se acentúa cuando cae en la esfera violenta y contraria donde clama y se convulsiona el egoísmo y la debilidad de espíritu de los Rubes. Así, Paulina, el capricho amoroso, sucesivo, de Cecilio y de Sisí. Así, Ventura Amo, el colegial grandullón y pervertido que inicia a Sisí en todas las desventuras de la juventud. Así, la señorita Matilde, triste y seca pedagoga, que luchó sin éxito con la infancia indómita de Sisí.

No es que cuantos personajes "no protagonistas" intervienen en la novela de Delibes carezcan de dibujo y de misión; pero sí es que han sido dibujados exclusivamente para que armonicen un conjunto en cuyo primer plano absorben toda la atención los Rubes; pero sí es que se les ha encomendado la única misión de ir recalando cada una de las características y cada uno de los destinos de estos Rubes, proyectados--igual que sombras hábilmente alargadas por reflector--sobre la dura tierra del tema.

La detenida lectura de "Mi idolatrado hijo Sisí" advierte cómo su autor ha debido ir quedando prisionero y a merced de su propósito y de sus criaturas, y arrastrado por ellos a un clima de calentura alta.

Dura, dura, dura es la novela de Delibes; obsesiva, centrípeta en su dureza, sin resquicios para la ternura o para la gracia. Pero altamente moral... en su moraleja. El egoísmo, la mala educación de los hijos no logran jamás redenciones fuera de la fe y del dolor, virtudes de expectación y de expiación. Cuando el mal educado e idolatrado Sisí encuentra su muerte precisamente en su emboscamiento militar durante la guerra española, cumple el inexorable destino que le tenía reservado su creador... para moralizar a quienes deben tomar el impresionante ejemplo.

Miguel Delibes es un novelista muy

interesante. No posee un vocabulario demasiado rico y brillante, pero sabe dar una expresividad exacta y cálida a su estilo. Dibuja con mano expertísima, y más para grabar que para pintar, porque sus rasgos son viriles y violentos y sus tonos son pálidos. De tendencia realista--que es la eterna en efectividad--, toca en ocasiones el mismo umbral de un naturalismo quizá por hosco más turbador.

Dura, dura novela "Mi idolatrado hijo Sisí"; pero buena novela, moralizadora novela, trozo de vida en su palpitación más cruda. Lo que sucede es que--paradójicamente--, siendo nuestra época una feroz deshumanizadora de valores eternos, le turba--¡oh, la gran hipócrita!--que le pongan un espejo ante el rostro maquillado de mentiras.

MADRID

6-enero-1954

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

# Tres novelas del hijo

Por LAZARO MONTERO

La primera de estas novelas (1) —la primera, claro es, cronológicamente— se debe a Camilo José Cela y se titula «Mrs. Caldwell habla con su hijo». Ya hace algún tiempo que salió. Fué editada en junio del pasado año. Nuestra reseña llega, pues, con retraso. Y, en verdad, que lo sentimos. Pero, claro, no se puede estar aquí y allí, repicar y andar en la procesión. Lo sentimos, porque hace años que tenemos contraída una deuda con Camilo José Cela. Nuestra crítica a su «Nuevo Lazarillo» —demasiado comentada y hasta reproducida— solo fué captada en su aspecto negativo. Pocos se dieron cuenta que toda ella obedecía al temor de que pudiera malograrse el mejor de nuestros novelistas actuales, por seguir consejos extraños. Afortunadamente, Cela volvió por sus fueros, y más de una vez quisimos mostrar nuestro contento. Motivos abundaban. Habían ido apareciendo «Viaje a Alcarria», «La Colmena» y «Del Miño al Bidasoa», tres libros estupendos. El observador atento, el novelista del camino del medio, pero más hecho ya, más dueño del idioma, y con la nueva aportación de una fina ironía galaica, muy próxima al humor británico, y un «donaire» madrileñísimo, viril y agresivo, como un par de banderillas al quiebro. A Camilo José Cela se le viene arrimando a Valle Inclán por los críticos, acaso por razones de paisanaje. A nosotros nos parece más próximo a Baroja, con el añadido de la ironía.

En fin, hoy, como ayer, Camilo José Cela sigue al frente de nuestra actual novela, que no tiene nada de pobre. Su talento se ha empeñado en tentar todos los géneros novelescos, que no son pocos precisamente, máxime si se tiene el amplio criterio de Cela, que considera novela «todo aquello que, editado en forma de libro, admite debajo del título y entre paréntesis, la palabra novela». Así, de «Mrs. Caldwell habla con su hijo» diríamos que es una novela surrealista, no lejos del tipo de novela de los más modernos novelistas ingleses y franceses. El novelista elige un plano totalmente distinto al de sus anteriores novelas. Falta aquí la escueta narración de la realidad, la descripción de tipos y ambientes. Al Goya de los caprichos y las pinturas negras, ha sustituido el Goya de María Luisa y Fernando VII. Hay mucho psicoanálisis. Eliacim, el hijo de Mrs. Caldwell, ha muerto ahogado en el mar Egeo —una muerte que no puede sorprender a los ingleses. Y su madre, obsesionada por un amor enfermizo, que excede lo maternal, va escribiéndole cartas y cartas, en las que su vida y su alma quedan desmenuzadas. Alguien debió reprochar a Cela que no ahondaba en sus personajes, y ahora ha querido llegar al fondo y... al transfondo de ellos. Es una buena novela «Mrs. Caldwell...», capaz de trastornar al Séneca sereno y reflexivo de José María Pemán. Pero nosotros nos quedamos con «La Colmena». Si esas cinco maneras que Camilo José Cela ha ensayado en sus cinco novelas, no son mero capricho o alarde de escritor, sino búsqueda cuidadosa de su personalidad, Cela debiera quedarse con la cuarta manera. Ahora que, en bal-

de le aconsejará nadie, pues Cela dice que «cuando el escritor rompe a escribir lo que quieren los demás, empieza a dejar de serlo».

## II

La segunda novela sobre el tema del hijo corresponde a Miguel Delibes. Nosotros fuimos de los que en la polémica Delibes-Pombo Angulo, con motivo de la concesión del «Nadal» a Delibes, nos inclinamos por Miguel Delibes. No queremos apuntarnos ese tanto ahora, cuando la crítica destaca unánimemente el valor de Miguel Delibes. Nos consideramos sobradamente pagados con la amistad que, desde entonces, sostenemos con el novelista. Ahora que tampoco es un pecado recordar nuestra anticipación, cuando todos se apresuran a señalar la corrección de Delibes, su dominio del idioma y su buen arte de narrar. Y el caso es que «Mi idolatrado hijo Sisi» es la novela que menos nos ha agradado de las que Delibes ha escrito.

No pretendemos ninguna «genialidad» diciendo «no», precisamente cuando los demás dicen «sí». «Mi idolatrado hijo Sisi» no nos agrada. Eso no quiere decir que no sea una buena novela. Los personajes están bien trazados, el ambiente ha sido muy bien conseguido, tan bien conseguido que casi nos han dado ganas de poner los nombres efectivos allí donde el novelista los calla o disimula, y el estilo, como siempre, es un modelo de corrección. La lección que el novelista se propone en su tesis, queda debidamente explicada. Pero hay en la novela un «algo» que la distancia de nuestro paladar. Ese algo es... la rijosidad. Rijosidad y no sensualidad. Acaso sea esta más perniciosa moralmente. El rijoso nos repele. Eso nos ocurre con Cecilio Rubes. Delibes ha tenido un acierto en la pintura. Todos hemos conocido en nuestras viejas ciudades tipos como Cecilio Rubes. Pero el caso es que para nuestro paladar, Cecilio Rubes resulta poco grato. Por cierto que nos parece que en esta novela de Delibes hay algo de la novela ejemplar de Unamuno «Dos madres». Solo que aquí el ejemplo se extiende hasta la educación de los hijos, tema que ya había tentado a Delibes en «El camino», novela más de acuerdo con nuestro gusto.

## III

La tercera novela sobre el «hijo» es «Luna llena» de J. A. Giménez Arnau. El tema del hijo está, pues,

en candelerero. Y, naturalmente, su enfoque es muy distinto en cada novela, como distintos son los procedimientos de novelar. Eliacim es el hijo muerto y recordado con morbosidad; «Sisi» es primero retardado, y, después, mal educado; Juan —¿Juan?— es tan solo una promesa —una promesa que viene a borrar diferencias evitando en Marta Valdés un complejo de inferioridad, y en Juan Alvarado el temor de la diferencia de edad. Por otra parte, «Mrs. Caldwell...» está escrita en forma epistolar; «Mi idolatrado hijo Sisi», en forma tradicional; «Luna llena», en forma original, como si el novelista, situado el vértice de los hechos, se complaciera en mostrarnos ~~los~~ ~~dos~~ ~~lados~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~hechos~~.

Giménez Arnau ha tratado también el tema del hijo en su comedia «Carta a París». Aún no la conocemos. Nuestras referencias nos hacen suponer que tuvo muy en cuenta al escribirla, como Delibes, la novela «Dos madres» de Unamuno. Conocemos, en cambio, su drama «Murió hace quince años», premio Lope de Vega. Y en estas mismas páginas de EL PROGRESO comentamos su novela «De pantalón largo», premio Cervantes. En su drama, Giménez Arnau introduce la técnica cinematográfica. Lo mismo podríamos decir de esta novela suya. «Luna llena», en el lenguaje del cine, resulta un continuo «campo» y «contracampo». En ella se nos ofrecen los hechos considerados por Juan Alvarado, y se nos vuelven a ofrecer, en seguida, considerados por su esposa, Marta Valdés — al otro lado del teléfono. Por lo demás, el nombre del protagonista ya indica que es una segunda parte de su novela anterior, «De pantalón largo». Juan Alvarado, aquel muchacho que nos pareció demasiado reflexivo para sus años, es hombre maduro ya. Como corresponde a varón tan sesudo, ha dado en catedrático-catedrático de Derecho Civil de la Universidad de su ciudad natal. Ha viajado bastante, ha vivido bastante, y ha estudiado mucho. Y de nada le sirve todo eso, cuando tropieza con el eterno femenino. Su experiencia y su sabiduría sucumben ante Marta Valdés, que tan ignorante se considera ante su marido, pero que es dueña de todo ese arte de la mujer, capaz de rendir a Fausto y subyugar a Napoleón. ¿Qué puede esperar Juan Alvarado catedrático hueso, pero, ¡ay!, tan humano, tan excesivamente humano?

Giménez Arnau ha logrado una bella novela en «Luna llena», apuntándose un nuevo éxito. Éxito de crítica y de público. Porque, sin ser precisamente una novela rosa, esta novela de Giménez Arnau es de las que cautivan la atención del lector, particularmente del lector femenino. Por su agrado, nos ha recordado «El instinto de la felicidad» de André Maurois.

(1) Camilo José Cela, «Mrs. Caldwell habla con su hijo», Ediciones Destino, S. L., Barcelona, junio, 1953; Miguel Delibes, «Mi idolatrado hijo Sisi», id., Barcelona, julio, 1953; J. A. Giménez Arnau, «Luna llena», id., Barcelona, octubre, 1953.

+ en los que volvia a ser

MD

"El Progreso"  
Lugo 9/1/1954

FUNDACION MIGUEL DELIBES

**NOVELA CATÓLICA, NOVELA MORAL, NOVELA DESAGRADABLE.**—La novela es «Mi idolatrado hijo Sisi», de Delibes. Quede dicho que, como novela, es extraordinaria. Hay un tipo (el protagonista, que no es Sisi) que quedará; hay un estilo que es probablemente el más maduro de nuestra novela contemporánea.

Quede dicho también que no es novela para todos, y menos para menores; y, en fin, que es la novela del neomaltusianismo (exactamente, «contra»); dicho todo eso, podemos empezar.

La novela es «contra» algo, en primer lugar. Pocas cosas me satisfacen tanto como poder probar, con ella, a los exquisitos del arte puro, que una novela puede ser muy novela aunque en ella se tome partido contra algo. Ahora bien; teniendo en cuenta cuál es ese «contra», Arroita, en «Correo Literario», coloca esta novela en la línea de la novela católica, aunque (o porque) no se predique en ella moral explícitamente ni se inserte moraleja alguna. E insiste: «auténtica» novela católica.

Es casi el parecer de Pérez Lozano en «Signo», que la considera «buen apunte para una novela perfectamente católica».

Y el parecer del propio Delibes, que la juzga «franca» y decididamente católica.

Pero no el de Cerezales, que, en «Informaciones», habla «de una cosa inexistente: el catolicismo de la novela». La condena del neomaltusianismo se puede hacer, explica, desde posiciones distintas de la católica; sólo si se tratase de un problema de conciencia religioso se podría llamar católica a una novela que, tal como es, no pasa de novela moral.

Confieso que no entiendo bien la distinción de Cerezales entre «novela católica» y «novela moral». Hay la moral ca-

# TIEMPO

tólica, la protestante, la natural. Se podrá hablar de una moral comunista o de una moral racista, que

condenan también el neomaltusianismo, según recuerda Cerezales. ¿De qué moral se trata en la novela de Delibes? Evidentemente, contra el egoísmo del protagonista, no se invocan la clase ni la raza, ni la condena de ese egoísmo se verifica en un ambiente protestante o de pura moral natural, sino en plena Castilla; la tragedia final del matrimonio que no quiso tener más que un hijo es presentada como castigo divino, dentro de un marco social netamente católico. Parece claro que no hay ahí más moral que la católica. ¿Por qué no llamarla «novela católica»? Pues distinguir «novela moral católica» y «novela religiosa católica», sólo me parece posible en un sentido muy restringido, y tampoco justificaría suprimir de la primera el calificativo de «católica». Propiamente, ni los protagonistas católicos ni el tema deben ser exigencia de la novela católica, sino los puntos de vista católicos, y éstos existen en la novela que examino, al menos, psicológica y ambientalmente, y aun explícitamente en la esposa del protagonista, que hasta «se hace» problema religioso del problema moral; por eso me parece perfectamente lícito el calificativo que emplea Arroita.

Naturalmente, el tema es desagradable. «Casi repulsivo», decía en «Juventud» J. F. T., para quien «tipos como Cecilio Rubes afortunadamente no abundan». A mí me parece lo contrario: que abundan, y que el mayor acierto de Delibes es haber proyectado el punto de vista católico sobre un problema apremiante y que había que atreverse a tocar. Y precisamente la fuerza con que subraya lo desagradable puede destacar más los muchos valores positivos de su novela.

**ALGUNAS PREGUNTAS.**—Adolfo Maillo, en la última parte de su trabajo sobre «Educación popular», del que me ocupé ya en esta Sección, achaca al desprecio de la Pedagogía el complejo de inferioridad del español ante la técnica, que no es fruto de ninguna incapacidad nacional, sino de la falta de una educación que corrija nuestro modo de ser unilateralmente afectivo, espontáneo, intuitivo, artístico e ilusionista, mediante una enseñanza realista y concreta.

Y hace una serie de preguntas que «Tiempo» recoge:

¿Cuántos españoles—incluso modernos, incluso con responsabilidades educativas—tienen idea precisa, o simplemente idea de hechos como éstos:

Nuestros intentos coloniales en Africa durante el siglo XIX y principios del XX.

La revocación de los precios que durante el Imperio provocó el aflujo a España del oro americano.

La invasión del capitalismo extranjero para financiar los ferrocarriles españoles, desde 1840 hasta 1890.

La entrega a manos extrañas de los yacimientos mineros más ricos de nuestro suelo.

¿Qué obstáculos se elevaron durante el siglo XIX frente a todos los intentos de industrialización de España?

¿Quién, ahora mismo, las puede contestar con la misma soltura, por lo menos, con que podría hablar de nuestras guerras civiles, de la rivalidad entre Carlos I y Francisco I o del asesinato de Cánovas del Castillo?

\* \* \*

**EL EVOLUCIONISMO.**—El evolucionismo es una hipótesis que puede ser defendida por los católicos, con las reservas sabidas en cuanto pueda atentar al dogma.

Pero no es una doctrina tan demostrada y cierta que no haya más remedio que aceptarla. Este era, sin embargo, el punto de vista del profesor Muller, «sabio católico de valor», según el «Osservatore Romano», pero cuyo libro sobre «La Enciclopedia «Humani Generis» y los problemas científicos» ha sido incluido en el Índice de libros prohibidos.

El «Osservatore» aprovecha esta ocasión para amonestar a quienes, «con el pretexto de que no se trata de magisterio solemne e infalible del Romano Pontífice, adoptan una injusta actitud de crítica hacia tal o cual enseñanza de la Enciclopedia».

\* \* \*

**HISTORIA Y PERIODISMO.**—Alguien afirmó que todo historiador que estudia un período posterior al siglo XIII es sólo un periodista.

Mucho habría que objetar a ese despectivo «sólo»; pero más aún a lo de que el historiador sea únicamente un exhumacáveres.

Aparte de que la lejanía no la dan los siglos, sino las circunstancias.

**PARA LLEGAR.**—¿Qué les parece lo que Talleyrand, de quien acaba de cumplirse el segundo centenario de su nacimiento, decía?

Para llegar, no hace falta ingenio; es delicadeza lo que no hace falta.

\* \* \*

**SU NOMBRE EN EL PERIODICO.**—

¿Nos damos cuenta de que el nombre en los periódicos no añade apenas nada a la publicidad del nombre en las tarjetas de visita, y nada más? Hay un anonimato del papel impreso no mucho menor que el anonimato del manuscrito que nunca se llega a publicar.

Julián Marias, en «Revista», recordaba tiempo atrás que los catálogos de los 674 editores de los Estados Unidos totalizan diez mil obras disponibles en librería. Como cada año salen diez mil, quiere aquello decir que desde 1918 más de doscientas mil obras han desaparecido y sólo puede encontrárselas en las bibliotecas y en las librerías de viejo...

Pero ahí estarán. Y alguno podrá leerlas, ahora o dentro de muchos años.

Si de la fosa común del libro pasamos a la del periódico, ¿qué diríamos? Y, sin embargo, también aquí hay que tener esperanza en que esa vida de veinticuatro horas no habrá sido inútil. Pues no se debe escribir para «sobrevivir», sino para servir a los demás; y una sola línea entre los millares que hayamos escrito en nuestra vida, que en el instante justo sirva a un solo lector (aunque no tuviéramos otro en nuestra vida) habrá justificado nuestra labor.

Y lo más hermoso es que nunca podremos contemplar ese fruto, o sólo lo veremos en parte; y que así, nuestra obra tendrá que alimentarse principalmente de la sola fe.

\* \* \*

**SOLEDAD Y SOCIEDAD.**—Nunca se ha llegado a más facilidad que ahora en el arte de poder decir las cosas. Libros, revistas, diarios, radio, conferencias, todo lo tenemos a nuestra disposición para llevar a más y más pronto nuestro pensamiento.

Pero nunca se han acumulado más dificultades para poder pensar las cosas.

Por eso, lo que decimos a menudo no vale la pena de ser dicho.

Y es que, como aseguraba Edmond Jaloux, el hombre se destruye en la sociedad; se reconstruye en la soledad.

José María GARCIA ESCUDERO

LOS ALBERGUES DE JUVENTUDES DE LA SECCION FEMENINA, DONDE LAS FLECHAS ESCOLARES Y APRENDICES DE ESPAÑA PUEDEN GOZAR DE UNOS DIAS DE DESCANSO, ESTAN ENCLAVADOS EN LOS LUGARES MAS BELLOS DE NUESTRA PATRIA.

7-MARZO-1954

MD



“MI IDOLATRA DO HIJO SISI” ES, APARTE DE LA MEJOR NOVELA QUE HASTA

# LIBROS

LA FECHA ha publicado Miguel Delibes, obra que por su enjundia requiere comentario desde muchos puntos de vista. Además de su consideración propiamente literaria, plantea una serie de problemas sobre el alcance ético y ejemplar, que se desprende de su bien tramada anécdota, del bulto de sus personajes, o, mejor dicho, de su personaje central, Cecilio Rubes, en cuyo torno gira la novela entera, y cuyo carácter específico y genérico viene a ser la clave de una serie de sucesos singulares. Pero creo que iremos mejor examinando por partes la novela a continuación de lo dicho.

Y vamos a comenzar por donde se suele acabar ordinariamente: por el aspecto literario de ella. Delibes ha realizado en este apartado también la mejor de sus novelas. En el novelista adscrito al realismo desde la novela que le ganó el Premio Nadal—Delibes es uno de los pocos premiados cuyas novelas marcan siempre un sentido creciente—, la mayor excelencia consiste en la demostrada en «Mi idolatrado hijo Sisi» (novela a la que vamos a abreviar llamando «Sisi» para sucesivas referencias), ya que en la narración el realismo no es subrayado con una expresión prejuiciadamente cruda, sino que la anécdota de la novela se desarrolla a través de una forma que parece inexistente. No se trata ya del caso de «Aun es de día», por tratar de novela que muestra un parentesco cierto con «Sisi», en que la acción venía expresivamente apoyada en el lenguaje y se iluminaba con ventanas abiertas al patio tremendista. Delibes ha procurado que en «Sisi» la forma sea simplemente abierta sobre el realismo desnudo, fotográfico de la novela. Pero de ello no cabe inferir que la forma no exista en su impalpabilidad. No existe visión directa sobre una atmósfera, sino visión a través de cristalina lente que acota un campo expresivo con sus colores naturales.

La forma narrativa es también de alabar en cuanto todos los encuadres y enfoques propenden a la impasibilidad a que tiene el realismo en sus mejores logros. Delibes narra unas vidas con técnica prestada a la crónica humana. (En ocasiones, para amarrar el relato a una época determinada, el novelista se sirve de recortes de periódico. Recuerda uno la estupenda narración de Bruce Marshall, en que la vida del padre Smith va encuadrada por los acontecimientos de la época.) En fin, en todo ello no vemos sino motivos de loa para «Sisi» en su propia entidad y en cuanto sirve para caracterizar el momento creador de Delibes.

COMAMOS CON VERDADERO INTERÉS LA LECTURA DEL ENSAYO de Anselmo González Climent titulado «Andalucía en los toros, el canto y la danza», prendidos por la sugestión del tema que anuncia su título, por lo que nos promete en su prólogo la valía literaria de Alberto Insua y, en fin, por el interés que despiertan las primeras páginas de la prosa viva del autor. Con más interés si cabe le hemos seguido a lo largo de todo el libro, tras de cuya lectura acabamos materialmente delumbados, como el que ha visto espejear en sus ojos multitud de luces inquietas, ramalazos de fulgor alternando con la sombra.

Realmente, los términos formales del ensayo del autor hispanoamericano, es decir, Andalucía, los toros, la danza y el canto, son entidades que pierden su concreción en cuanto de este concepto formal se pasa a otro plano de valoración, es decir, al plano estético y cultural. Como en todas las nociones mestizas, entre las que entran una serie no precisada de elementos culturales de distinta procedencia y que no pueden evitar tampoco la imprecisión a que son dados los orientalismos (y no hay duda histórica ni cultural que en los términos propuestos por González Climent entra el orientalismo), es más fácil la confusión de límites cuando a los valores estéticos se une la exaltación de una sensibilidad. Por eso la materia a tratar, ya compleja de por sí, se confunde no sólo por las raíces, sino por las ramas también.

El ensayo de González Climent está lleno de felices intuiciones, amarradas al conocimiento no sólo por la ideación del autor, sino, a mayor abundamiento, por copia de autoridades literarias. Proclama, en definitiva, una entidad radical indivisible de la que toros, canto y danza son manifestaciones hermanadas y en ciertos aspectos intercambiables, como en una serie de atinados ejemplos nos brinda el autor. Hay una entidad radical, y la serie de constantes fijas que de ella derivan va sirviendo como de nervadura a un cuerpo brillante, luminoso, pero anárquico en apariencia. Este, al menos parece ser el propósito a demostrar por el autor, el que queremos adivinar por debajo de la brillantez del tema y de su tratamiento. Nos imaginamos a Anselmo González Climent como quien entra a establecer trochas en una selva y bracea

Y con todo, con ser su cara literaria la debatida, llamamos que nada se ha dicho aquí de «Sisi» en sus resonancias más hondas. A pesar de que en sus direcciones y resultados sean atípicas, hallo una identidad sustancial entre Cecilio Rubes y G. F. Babbitt, dado a luz por Sinclair Lewis. Ambos pertenecen a un propósito creador idéntico: mostrar un tipo no tan medio como característico de la civilización industrial, de la seguridad madre del egoísmo individual y de la serie de supuestos morales que ella comporta. Claro, las diferencias son radicales entre el comerciante de artículos higiénicos de una ciudad castellana apenas velada y el agente inmobiliario de Zenith, entre el subvencional mestizaje positivista del uno y el subvencional mestizaje puritano del otro; pero los resultados son parecidos. Podrá sacarse a luz si el mestizaje de Rubes proviene de un ambiente tradicional en pugna con un espíritu progresista, mientras las virtudes—y la salvación final—de Babbitt proviene de un ambiente progresista, en pugna con el sentido tradicional que le llega de los «Pilgrim Fathers»; pero en un sentido determinado de la evolución, ambos personajes, que novelescamente son opuestos, coinciden en un algo sustancial, en un alto del camino por el que uno va y el otro viene.

La novela de Delibes es una sátira moral, a nuestro juicio, trazada con rasgos inequívocamente españoles. Es implacable y no deja un momento al protagonista, hasta que lo arroja por un balcón como un orujo inútil, a fuerza de haberle exprimido el zumo satírico. «Sisi» no se da punto de reposo en contraponer la moral de este hijo desgraciado del progreso (progresista incluso en el ramo de su comercio) con la moral familiar española de los Seadín, piso por medio. En la serie de acontecimientos puramente españoles que sirven de fondo a la narración, la trayectoria de la novela es meridionalmente clara y ejemplar. Desde un punto de vista más artístico quizás hubiésemos preferido como ganancia para el acervo de los personajes otra impresión que la precisión terrible de la crónica. Pero Delibes ha trazado «Sisi» con el arte de un imaginero castellano y el blando, egoísta sayón de Cecilio Rubes está sacado de forma realmente plástica a la condensación general en una narración trascendente, como enraizada en una tradición literaria en que la moral priva incluso sobre los elementos y posibilidades puramente literarias.

A. V.

«MI IDOLATRA DO HIJO SISI».—Miguel Delibes.

en su tarea sin descanso. Por una parte, su libro es realmente atractivo, si no en su lógica impecable—imposible de hallar en estos zigzagues de la sensibilidad subjetiva—, en sus brillos dispersos, en su exaltación, en su voluntad de unificar una materia pululante. Y sobre su gran atractivo para la lectura presenta en sus distintos planos una serie de intuiciones de las que un día quizá habrá de partirse para triangulaciones más acabadas de la sugestiva temática propuesta.

ANDALUCÍA EN LOS TOROS, EL CANTO Y LA DANZA.—Anselmo González Climent.—Prólogo de Alberto Insua.

\*\*\*

UN PUNADO DE EJEMPLARES RECIENTES DE «LA NOVELA DEL SABADO» contiene varias de distinto cuño, fieles todas al propósito inspirador de la colección—mantenido con tanta fortuna—, exaltado de la narración breve. Separamos las dos que planifican en narración lo que fué concebido como guión fílmico, embrión de películas que han gozado ya su curso cinematográfico: «Los últimos de Filipinas», de Enrique Llobet, y «La guerra de Dios», de Ramón D. Faralón y Vicente Escrivá.

Aparte ellas y otros dos volúmenes pertenecientes a la serie retrospectiva que también cultiva la colección, y que en esta ocasión comprende una selección de cuentos de Navidad y la reedición del célebre «La Gorriona», del P. Coloma, hemos de tratar de narraciones nuevas inéditas de varios autores españoles. Juan Antonio Cabezas pone en «Dos corazones con ruedas» su seguridad costumbrista al servicio de una anécdota sentimental en una narración muy conseguida y eficaz. José Antonio Giménez-Arnau, en «El fin del mundo», radicada en ambiente criollo, plantea una anécdota en el sentido de acción diversa y convergente en distintos personajes para los que el mundo ha de acabar a hora fija. Las reacciones temperamentales de cada tipo, a medida que avanzan hacia este destino común, matizan una penetración psicológica, servida, como siempre, por una diestra narración.

Claudio de la Torre maneja ante todo un clima en «Lluvia de arena». Un clima de expectación, de angustia alrededor de unos

## ECONOMÍA

### PERSPECTIVA DE LA ECONOMÍA AMERICANA. ¿REAJUSTE O CRISIS?

I I

VAMOS a tratar en esta segunda parte de nuestro artículo de la evolución de la economía americana desde el fin de la segunda guerra mundial hasta el momento actual.

EL PERIODO 1945-49.—Al terminar la guerra existía una general preocupación ante los problemas que habría de plantear el tránsito de una economía de guerra a una economía de paz. Se temía que el proceso de adaptación fuese largo, y se consideraba que el paro en gran escala durante el mismo sería inevitable. Sin embargo, la reconversión se produjo con una sorprendente facilidad, y fué una prueba más de la magnífica vitalidad y capacidad de reacción de la economía americana.

Así, pues, la industria empezó en seguida a producir para satisfacer la demanda pendiente, reprimida durante los años de la guerra. Por otra parte, un elevado porcentaje de la masa de soldados licenciados no se incorporó inmediatamente a la vida económica activa, pues disfrutaron durante varios años de subsidios y becas de estudios, lo que contribuyó a disminuir el impacto de su brusca incorporación a la vida civil.

LA DEPRESIÓN DE LOS AÑOS 1949 Y 49.—Durante la segunda mitad del 47 empezó a notarse una tendencia restrictiva en el consumo. Sin embargo, salvo algunas excepciones (fabricación de automóviles y construcción), la industria siguió trabajando a pleno rendimiento, pues los empresarios se dedicaron a reconstituir sus «stocks», liquidados durante la guerra.

A principios del 48 la tendencia restrictiva del consumo se acentuó, y los ahorros empezaron a desvanecerse; el volumen de los «stocks» había alcanzado ya el nivel normal de los años anteriores a la guerra y las fábricas vieron disminuir sus pedidos. A la contracción del consumo se unieron como factores deflacionistas, aunque de carácter más secundario, la política de restricción de créditos del Federal Reserve Board, la disminución de las exportaciones, y el corte de los gastos gubernamentales durante el año fiscal entonces en curso.

Las consecuencias de la depresión, aunque no tuvieron gran trascendencia, se dejaron sentir en toda la economía americana. El número de parados, que durante el 47 se había mantenido alrededor de los dos millones, aumentó a finales del 48 hasta tres millones y medio, y la contracción de la actividad general no desapareció por completo hasta mediados del año siguiente.

EL «ROOM» DE COREA.—Ante la amenaza del paro, la restricción del crédito se había suavizado ya a finales del 48, y en el año 49 la situación mejoró. La política exterior americana había cambiado por completo, y la ingenua euforia de Yalta, que los españoles hubimos de sufrir tan directamente, había pasado a la historia. El aumento de los gastos gubernamentales como consecuencia de la entrada en vigor del plan Marshall en el sector público, y en el privado la desaparición de la escasez de acero, que hasta entonces había sido un «estrangulamiento»

### Premio «Marzo 1954» de la Dirección General de Prensa

Reunido el Jurado que había de juzgar los 77 trabajos presentados al premio mensual «Marzo 1954», de la Dirección General de Prensa, correspondiente al mes de marzo último, con el tema sobre «España y el Corazón de María»; en cumplimiento de lo preceptuado en la base sexta de la orden de fecha primero de marzo próximo pasado, ha acordado con esa fecha otorgar el premio al artículo «España, cimiento y antorcha de la invocación al Corazón de María», original de don Salvador Monzó Moreno.

personajes recortados con algo de «ballet» un poco lorquiano. Quizá el final, vertido a la tragedia inútilmente, sea lo menos notable de esta notable novela corta. Y, finalmente, «El vagabundo» denota una vez más la maestría de Ramón Ledesma Miranda en el manejo de personajes y ambiente. Es una narración intemporal, al margen de la novela al uso, dechado de equilibrio en sus reducidas proporciones, en las que nada falta ni sobra, engastado en esa visión novelesca que hace clásicas todas las obras del autor.

limitador de la actividad en las industrias del automóvil y de la construcción, básicas en la estructura económica del país, fueron los factores decisivos en el cambio de tendencia.

Al empezar el año 1950 la economía americana se había restablecido por completo de su pasajero tropiezo en 1948 y había reanudado su marcha ascendente.

El comienzo de las hostilidades en Corea a mediados del 50 fué el espolazo que puso en movimiento el proceso expansivo que había de prolongarse hasta el verano del 53. La demanda de materias primas experimentó un formidable aumento, y ante la posibilidad de que el conflicto coreano elevase bruscamente la temperatura de la «guerra fría», empezaron a constituirse fabulosos «stocks». La industria americana trabajó febrilmente, dedicada a equiparar de nuevo a las fuerzas armadas del bloque occidental, y superó los máximos niveles de producción alcanzados durante la segunda guerra mundial. La renta nacional experimentó un considerable aumento, pasando de 216.000 millones de dólares en el año 49 a más de 300.000 en el 53, y aunque durante este mismo período el nivel de precios se elevó, la importancia relativa de su aumento fué mucho menor, ya que para los artículos de consumo el índice 100 en 1949 pasó a ser 115 a mediados de 1953.

Es preciso destacar que el esfuerzo de rearme no fué, sin embargo, obstáculo para atender a la demanda privada, y el mejor exponente de la formidable capacidad de producción alcanzada por la industria americana fué la posibilidad de cumplir simultáneamente ambos objetivos. NUESTROS DIAS.—Cuando el Presidente Eisenhower fué elegido a finales del 52, los Estados Unidos entraban, como en el momento de la elección de Hoover, en el que hasta entonces iba a ser año más próspero de su historia.

A mediados del 53 empezaron a sentirse los primeros síntomas de cambio. Los índices de producción industrial, que durante toda la primavera se habían mantenido al nivel récord alcanzado en marzo, empezaron a bajar lenta pero continuamente. Los «stocks», tanto de materias primas como de productos manufacturados, habían alcanzado volúmenes excesivos; la demanda privada no satisfacía durante la segunda guerra mundial, que había tardado varios años en verse por completo atendida, había desaparecido ya; el mercado presentaba signos de saturación, y los empresarios restringieron sus producciones.

El peligro de guerra inmediata parecía también alejado, y el nuevo equipo del Kremlin, aunque sin renunciar a su objetivo de dominación mundial, parecía más preocupado transitoriamente por el hambre de su pueblo que por el deseo de una nueva aventura bélica.

A partir del mes de noviembre, el número de parados, que en los últimos meses del verano y principios del otoño había descendido a las cifras mínimas desde la terminación de la guerra, 1.290.000, empezó a aumentar rápidamente, y a finales de febrero había llegado a 3.600.000. Esta cifra, aunque de alguna consideración, no es excesivamente importante si se tiene en cuenta que la población activa de Estados Unidos asciende en la actualidad a 63.000.000 de personas. La industria del acero, una de las más afectadas por el cambio de tendencia, está trabajando durante las últimas semanas a un 70 por 100 de su capacidad.

Tanto en América como en Europa ha empezado a cundir alguna preocupación ante la posibilidad de que el inevitable proceso de reajuste de la economía americana hacia una situación que pudiéramos llamar normal se convirtiese en una depresión grave. El Presidente Eisenhower, haciéndose eco de esta inquietud, ha declarado en una reciente conferencia de Prensa que, caso de no producirse durante el mes de marzo la mejora estacional que normalmente tiene lugar en esta época, su Gobierno adoptaría las medidas precisas para atajar la crisis. Haremos notar, por nuestra parte, que los datos completos correspondientes a la situación en el mes de marzo no se conocerán hasta mediados de mayo; por consiguiente, el plazo fijado como límite es algo más amplio de lo que parece a primera vista.

José MIRA

La parte tercera y final de este artículo tratará de los factores favorables y desfavorables en la actual situación de la economía americana, y de algunas opiniones en torno a la misma.



10

«Mi idolatrado hijo Sisí» es un libro católico y moralizador. Así me lo propuse y así le han considerado, salvo dos excepciones, todos los críticos de España. Arroita, García Escudero, Alvaro, Pérez Lozano, hablan expresamente de novela católica. Fernández Almagro, Vázquez Zamora, Sáinz de Robles, José L. Cano, Espinás, Lázaro Montero, etc., etc., reconocen explícitamente la fuerza moralizadora que se desprende de sus peripecias.

Cosa distinta es la crudeza del libro. Yo no soy crudo. El asunto es crudo. Ante este tema, el escritor no puede hacer sino tomarle o dejarle. Mas si lo toma ha de ser con todas las consecuencias. Se aducirá que pudieron suavizarse algunos pasajes. Yo no lo entiendo así. Suavizar, en este caso, sería renunciar a toda eficacia. Cecilio Rubes tiene que hacer lo que hace ante los ojos del lector. De otro modo, aparte de ser el tipo una mentira, su final sería desproporcionado. Cecilio Rubes se elabora su destino poco a poco. No veo otra salida.

Imagino que la autocrítica que me pide ATENEO afectaría a este extremo de mi obra, que es el actualmente discutido. Del valor literario de «Sisí» no soy yo el más indicado para hablar.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES  
MIGUEL DELIBES

que nos remitáis el bo...

# ¿QUE LE PREOCUPA HOY A VD.?

11



Como en aquel día que le tiramos juntos a un conejo y nunca sabremos quien lo mató, vamos a tirarle ahora a tu preocupación corriendo. ¿Preparado?

—Mi preocupación de hoy — me dice el camarada Juan Juliá Gayá — son los libros; pero no por gusto de leerlos sino por oficio de venderlos. Hasta los más prácticos están por las nubes.

—He curioseado en el escaparate de "Libros" tu establecimiento de la calle de los Olmos. ¿Cuál me aconsejas leer?

—Para tu gusto, el que acabó de publicar Deibe: "Mi idolatrado hijo Sisi". Es ameno, y encabeza cada capítulo con una gacetilla periodística en la que se habla de los personajes de la novela. Original. Te gustará.

—Déjame ahora con mi preocupación. He creído siempre que yo mate aquel conejo.

—Lo mismo te digo.

JORGE ANDREU ALCOVER

MD

cras  
lica  
dor  
P  
pat  
y  
co  
Mi  
nuc  
M  
A  
aye  
de  
dor  
pe  
sus  
te  
lo  
du  
v

EDUCACION  
MIGUEL  
DELIBES

Urgen

# ULTIMAS NOVEDADES

MIGUEL DELIBES



## MI IDOLATRADO HIJO SISÍ

Un drama conmovedor sobre el egoísmo humano, escrito por un novelista de excepcional calidad



Precio: 50 Ptas.

GEORGES SIMENON



## LOS ANSIOSOS

En un ambiente exótico y agobiador, Simenon centra una extraordinaria novela que destaca en su ya gigantesca producción.

Precio: 45 Ptas.

EDICIONES DESTINO, S. L. - Pelayo, 28, pral. - BARCELONA

# Una nueva novela de Miguel Delibes 13

MD



Elitada por "Destino" acaba de aparecer la nueva novela de Miguel Delibes "Mi idólatrado hijo Sisi". Miguel Delibes es uno de los positivos valores de la nueva generación de novelistas españoles. Su nombre ha quedado definitivamente consolidado, después de haber obtenido el premio Nadal con su primera obra "La sombra del ciprés es alargada", con la publicación de novelas tan importantes como "Aún es de día" y "El camino". Esta nueva obra, sin duda la más trascendente de Delibes, viene a confirmar la indiscutible personalidad de este novelista que en pocos años ha logrado situarse a la cabeza de nuestros escritores. Oportunamente y dada la importancia de esta novela, publicaremos un trabajo crítico sobre ella.

# LIBROS y REVISTAS

## "Mi idolatrado hijo Sisí"



*Miguel Delibes. — Editorial  
Destino.—Barcelona, 1953,*

Ya son cuatro las novelas grandes que Miguel Delibes ha lanzado al público, y además, no hace muchos meses, la *Novela del Sábado* dedicaba uno de sus números a editar «El loco», única de las pequeñas novelas de este mismo autor.

Es producción suficiente para que, quien la haya seguido de cerca, pueda hacerse cargo de que sin duda sus modos de narrador se van consolidando y de que entre la primera con que entró por la puerta de los triunfadores, al ser distinguida con el premio de la Editorial Destino, a ésta que acaba de aparecer, ha de confesarse hay un camino no recorrido en balde.

Tiene «Mi idolatrado hijo Sisí» una menor preocupación por aspectos meramente adjetivos, los cuales se notaron más bien que en las anteriores narraciones en la postura personal que el escritor adoptaba, más hueca e inestable, cuanto más preocupada en aparecer menos afianzada sobre el asunto y su desarrollo, reflejándose en la obra pequeñas zonas como huecas al tacto literario, deficiencias en gran parte superadas por el novelista en el último de sus libros.

A nuestro juicio «El loco», novela corta precedente en orden cronológico a la que nos ocupa, es el ejemplar más consistente, en cuanto narrativo, que había servido hasta ahora para apreciar la ganancia en brío, soltura y oficio de la pluma de Miguel Delibes, si bien, como suele acontecer, el mismo escritor no me parece haya parado mientes en ello y lo más probable será que cuando lea estas líneas se extrañe de nuestra afirmación.

«Mi idolatrado hijo Sisí» es producto más elaborado que aquellos tres primeros libros «La sombra del ciprés es alargada», «Aún es de día» y «El camino»; está escrito con más digerida observación, mejor conocimiento de los hombres y, sobre todo, más maduro, cosa que al fin es efecto natural de la experiencia, hija del tiempo.

Pero además de sus méritos objetivos, es la novela presente un indicio de sazón y un fundamento que no nos engañará al entender que pronto seguirá dándonos pruebas fehacientes a partir de la renovada etapa que ha iniciado.

LUIS A. VILLALOBOS

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

# La última obra de Miguel Delibes

CREO que «Mi idolatrado hijo Sisí» —más aún que «El camino»— es la consagración definitiva de Miguel Delibes como un gran novelista. En efecto, en su última obra, este escritor —que para triunfar no ha necesitado zascandilear por los mundillos literarios de Madrid o Barcelona como la gran pléyade de apóstoles y fieles del arribismo que tanto daño están produciendo en las letras del país— ha alcanzado el punto preciso de madurez que le coloca, seguramente, —en un hipotético pero no gratuito orden clasificatorio— en el segundo lugar entre los escasos novelistas españoles actuales que toman su oficio con seriedad. (No habrá de molestarse nadie, tan evidente es creo yo, si digo que el primer lugar lo ocupa el autor de «La colmena»).

Delibes se ha ganado a pulso y a la vista del público este lugar. Su evolución ha sido gradual y lenta, pero precisa y segura. De aquella primera obra, «La sombra del ciprés es alargada», a «Mi idolatrado hijo Sisí», que hoy nos ocupa, existe toda la distancia que hay entre una novela mal hecha, llena de tópicos y, aunque bien escrita, vulgar, a una obra que une a su corrección literaria una sazón técnica idónea al tema que trata y, por tanto, eficaz para el propósito estético y social propio de la novela.

«Mi idolatrado hijo Sisí» es una obra que no contiene ninguna genialidad. En nuestro país, en donde se ha perdido —por diversas causas que no son del momento analizar— todo sentido de lo que debe ser una novela, se ha olvidado también que las mejores novelas no son siempre aquellas grandes innovadoras que representan a veces un cambio brusco de estilos narrativos o imponen temas de gran envergadura social o metafísica, sino aquellas otras novelas que aún siendo menos brillantes en su forma, relatan con corrección y honradez expositivas aspectos parciales de las vidas de los hombres de su tiempo.

En fin de cuentas, lo que da solidez a una novelística es precisamente ese tono realístico menor de la mayor parte de sus obras, y si no puede hablarse hoy en día de una novelística española es precisamente por la falta de un grupo de honrados narradores que aporten su arte a la descripción de la vida de su país, sin demasiada ambición temática ni demasiadas florituras técnicas. La verdad es que existe mucha novela grande fracasada y poca novela hecha con seriedad y honradez, eso es, conociendo el escritor sus límites y ateniéndose a ellos.

Por eso, creo que la aparición de «Mi idolatrado hijo Sisí» es un hecho importante del año literario español. Un hecho sobre el que pienso volver en un próximo y más largo artículo en el que se analicen, en visión de conjunto, las novelas españolas que nos ha deparado el fenecido 1953.

J. M. CASTELLET

"Revista"



16 MIGUEL DELIBES: *Mi idolatrado hijo Sisí*. Colección Ancora y Delfín. Editorial Destino. Barcelona, 1953.

Que sepamos, es ésta la cuarta novela que publica Miguel Delibes. Anteriormente habíamos leído de él *La sombra del ciprés es alargada*, que obtuvo el Premio Nadal de 1947; *Aún es de día* y *El camino*, la mejor de las tres, para nuestro gusto. La que ahora publica *Mi idolatrado hijo Sisí* es un paso más, firme y honesto, en la carrera novelística de este joven escritor, que cultiva también el periodismo en su Valladolid natal.

*Mi idolatrado hijo Sisí* nos narra la historia de una pasión: la de un padre por su único hijo. El amor de los padres suele ser, con frecuencia, y como el de los amantes, un amor ciego y desequilibrado. El personaje central de esta historia, el industrial Cecilio Rubes, muestra tal ceguera al educar a su único hijo Sisí, al que adora, que provoca una llaga moral en éste, e, involuntariamente, su muerte. Rubes es el antihéroe: un burgués típico, muy poseído de su dinero y de su importancia, pero ignorante y pobre hombre en el fondo. Se da cuenta tarde de su error, y cuando el hijo le falta trágicamente, no sabe sobrevivir a esta doble desgracia de su fracaso y la muerte de su hijo, y se arroja por un balcón.

Pero lo de menos en esta novela quizá sea la enseñanza moral que se desprende de sus páginas, la tesis pedagógica que contiene. Lo mejor es la estupenda pintura de ese personaje, Cecilio Rubes, un tipo a lo Chejov, un burgués medio que representa un símbolo de la burguesía provinciana más chata y mediocre. La historia trágica de este personaje está tan bien contada por Delibes, sobre un fondo auténtico de crónica provinciana —de 1917 a nuestra guerra—, que el relato nos convence en todo momento.

MD

J. L. C.



# Una Novela de <sup>17</sup> Miguel Delibes

Por

Electo García Tejedor



MIGUEL Delibes es un escritor español que se entrega con toda sinceridad a su oficio. Sus novelas no tienen trampas y van directamente al lector sin recursos ni manoteos. Es sabido, que ganó en 1947 el Premio Nadal con "La sombra del ciprés es alargada". Después ha escrito "El Camino" y "Los Railes". La reciente estancia de Miguel Delibes entre nos-

otros, invitado por el Círculo de Periodistas, ha situado su figura en la actualidad literaria santiaguina.

En su novela "Mi idolatrado hijo Sísí", ha hecho diana en un tema de diaria humanidad, y a esta razón se debe el éxito que ha alcanzado. El nudo de donde arranca la acción es el problema del malthusianismo, o el problema de la limitación de la natalidad. La consecuencia es la vida de un hijo único —nacido por casualidad— mimado por su padre. Es la historia de Cecilio Rubes, padre y Cecilio (Sísí) Rubes, hijo.

El padre es un magnate provinciano, cuyo negocio es la venta de bañeras. Delibes dibuja en él la caricatura de un hombre materialista, de sus aficiones, de su egoísmo, de su sensualidad. La vida de la ciudad provinciana está trazada a través de Cecilio Rubes. El comerciante tiene su club y sus amigos del club, tiene una mujer y una amante. Su vida es el prolegómeno de la vida de Sísí. Hay pues dos acciones consecutivas y enlazadas que son, el drama del padre y el drama del hijo. El primero se nos antoja más corriente, o más normal, es simplemente la historia de un hombre vulgar contada con verdad, pero sin ensañamiento.

En Sísí se ha retratado el niño mimado, perfectamente mal educado. Sólo la madre adivina el peligro de aquella educación egocéntrica. Lo que Sísí hace adquiere interés sobre todo en el despertar de su adolescencia. Hay una serie clásica de sucesos. A los 11 años va al colegio y tiene su primer amigo. El primer amigo es superior y más capaz de audacias, se llama Ventura. Sin embargo, a los 16 años Sísí es superior a "Ven", en su particular escala de valores. Fuma tanto como él, bebe más y anda más con muchachas. La adolescencia despierta sin freno en Sísí. Por la ruta de los días licenciosos se cruza con quien fué la aventura de su padre. Desde ahí su existencia se hace progresivamente dramática.

Saltando de la pequeña a la gran historia, Sísí se encuentra en la guerra del 36. Sísí no presiente lo que pasa, lo que está pasando. La muchachada se va al frente nacional, pero Sísí se queda en casa, pero al fin, cuando tiene que ser alistado, acude a una unidad de retaguardia cerca de la sierra madrileña. Pero la muerte le "espera en Samarra", a pesar de la relativa seguridad que le daba el servir a varios kilómetros de la primera línea. Una pequeña bomba de aviación lo alcanza; Sísí ha muerto en la flor de su tiempo y el sacrificio último parece redimir su vida inútil.

Delibes ha hecho un libro de buena construcción y buena arquitectura, un poco desvaído al principio o enredado en divagaciones. Adquiere fuerza y rigor argumental a medida que Sísí va creciendo. Delibes es un hombre de sensibilidad, con tendencia a un humorismo amargo, con gran respeto por las cosas verdaderamente fuertes (en ciertos momentos el texto reitera repetidas veces la palabra "vital"). Su obra así es un resumen de juventud y de amargura, aunque en ésta hay mucha más alegría o mucha más compasión de la que había en "La Sombra del Ciprés es Alargada".

El periodista vallisoletano es ante todo un narrador. Nos dice continuamente cosas sobre el mundo de sus personajes, mundo estudiado a través de observaciones minuciosas y agudas; sus diálogos son vivos y ciertos y a ello se suma un análisis cuidadoso de las reacciones de los protagonistas. Podría decirse acaso que el novelista, más que un conjunto de ideas, nos entrega un conjunto de reacciones. Tiene un realismo que se escapa algunas veces hacia lo dramático y otras hacia la caricatura. Sus personajes son típicos y medios. Cecilio Rubes, padre, es un tipo característico de la ciudad mediana, un campeón de la comodidad y del egoísmo. Adela, su mujer, es buena y paciente, de origen humilde y tiene un sentido democrático de las gentes. Elisa Gendi, la

adolescente rubia que despierta en Sísí los sentimientos más puros, es otro personaje preciso y exacto.

Al convivir con él en Chile, hemos visto que el escritor y el hombre se parecen bastante. Hay en Delibes una gran inquietud por cuanto le rodea, junto a una gran serenidad de espectador atento. Hombre recio y trabajador por haber llegado, en edad temprana, a una madurez literaria, entra en un camino lleno de seguras promesas. Es dueño de una prosa abundante, plástica, concienzuda, de ritmo llano, que es sin duda el ritmo del habla de Valladolid. Provisto pues, de estilo, de imaginación y de dotes de observador, Delibes nos parece una muestra de la confianza que se puede tener en la nueva generación de novelistas españoles, donde figuran nombres del prestigio y la fuerza de Ignacio Aldecoa, Ana María Matute, Luis Romero, Elena Quiroga, junto a consagrados como Cela, Zunzunegui o Ignacio Agustí.

"El Diario Ilustrado", Santiago de Chile

MIGUEL DELIBES  
M.D.

## MANUEL G. CEREZALES

en los franceses, un lejano origen jensenista o una clara ascendencia pascaliana, que se infiltra en las edades para impregnar aún hoy el cristianismo de los citados novelistas y hasta el ateísmo de Sartre. Pesimismo no menos angustiado rezuman las novelas de Graham Greene, influido por un puritanismo de raíz inglesa y protestante, o las de un Julien Green, con antepasados anglosajones, y que no suaviza el humorismo un tanto seco y cruel de Evelin Waugh o el más trivial de Bruce Marshall, ambos de la misma estirpe anglosajona.

Tampoco se concibe en España, por razones obvias, la novela de problemática religiosa vista desde el lado protestante o desde ángulos agnósticos. La ausencia justificada de esta faceta negativa condiciona también la postura de los novelistas católicos españoles, libres del ambiente de contradicción y de la tensión dialéctica que se ven obligados a soportar los de otras latitudes. En otro plano, las teorías de Freud y sus derivaciones, utilizadas por la literatura como instrumentos de penetración en la vida interior de las almas, y cuyas huellas son evidentes en la novelística religiosa europea, no han marcado profundamente la literatura española.



## CATOLICOS Y CATOLICISTAS

18

Los novelistas españoles tienden por inclinación natural a analizar el aspecto moral de la problemática religiosa. Hace años, sostuve una viva polémica con Miguel Delibes, uno de nuestros mejores novelistas, si no el mejor, a propósito de su novela *Mi adorado hijo Sisí*, catalogada, con la aquiescencia del autor, como novela católica, por su fondo e intención moral; por su moraleja. No sabría decir hoy, pasado tanto tiempo, quién de los dos tenía razón, ni viene al caso averiguarlo. Lo cierto es que Delibes no volvió a escribir novelas «católicas» ni yo he vuelto a ver adjetivada de tal la que fué motivo de nuestra discusión. José María Gironella, cuya marcada tendencia a dictaminar sobre cuestiones trascendentales no está ciertamente servida por unas mínimas dotes para la especulación intelectual, después de haber lanzado sus gruesos volúmenes sobre la guerra civil, ha intentado incorporarse a la novela europea de problemática católica con *Mujer, levántate y anda*. El resultado ha sido muy mediocre. El lector tiene la impresión de estar leyendo una novela traducida. La encarnación de Cristo y Satán en dos de los personajes de la breve narración es tan simple e ingenua, que produce un efecto cómico, y la protagonista, de tan deshumanizada, no inspira el menor interés, ni aun en la edificante escena del final. Para colmo de superficialidad, la novela se apoya en la cita de uno de los pasajes evangélicos de más difícil interpretación. Novela más que católica, «catolicista», según afortunada expresión acuñada hace años, creo recordar que por Ponce de León, y que admite muy variadas aplicaciones. En este caso, a los autores que afrontan la novela religiosa como un alarde de facultades, sin entrar en el juego, «sin juzgarse a sí mismos».



# AUTOCRITICA DE "MI IDOLATRADO HIJO SISI"

Al escribir «Mi idolatrado hijo Sisi» yo me propuse combatir el malthusianismo sin recurrir al sermón. Decidí apoyarme exclusivamente en la elocuencia de los hechos. Y hasta considero que es la única manera lícita de hacerlo en la novela. La idea, por tanto, fué no sólo limpia, sino moral. El protagonista, Cecilio Rubes, había de quedar física y moralmente aniquilado por su propio egoísmo. Al concluirla, me sentí satisfecho. Y no hablo ahora de literatura. Se me hacía que el problema planteado quedaba resuelto de acuerdo con las estrictas normas de la moral católica. Bajo este convencimiento la lancé al mercado. Ahora resulta que para algunos —para uno— la novela es inmoral y no tiene nada que ver con el catolicismo. Me resisto a creer que la lección que los hechos predicán en «Mi idolatrado hijo Sisi» sea tan sutil, y que la moraleja esté tan diluída como para dudar de si la postura antimalthusiana que en ella adopto viene dictada por un fervor comunista, un fervor racista o un fer-

vor católico. No obstante, Manuel Cereales, el crítico literario de «Informaciones», entiende que si la diatriba contra el malthusianismo es clara, no lo es tanto el ideal en nombre del cual se le combate. Esto me parece una broma. Repito que si prescindí de los sermones fué no sólo por considerarlos ilícitos desde un punto de vista literario, sino contraproducentes desde el punto de vista moral. Pero, de todas maneras, creo que mi postura es clara. A Rubes le castiga Dios —como Adela reconoce en las últimas páginas— y no sólo por contravenir su mandato: «Creced, multiplicaos y henchid la Tierra», con el que abre el libro, sino por su fatuidad, su falta de amor a los semejantes, su vanidad y su soberbia. Cecilio Rubes es un desecho. Su persona no tiene un solo rasgo de nobleza, pero no es una invención. El hombre sensual, presuntuoso y vacuo, que se juzga a sí mismo el eje del mundo, abunda en España. Ese hombre es mi novela. Contra ese hombre va mi novela. Los demás no actúan sino como estimulantes. La cosa es clara.

# LA VIDA DE LOS LIBROS

por R. VAZQUEZ-ZAMORA

## SISÍ Y LOS SUYOS 20

**C**ECILIO Rubes se dedica al comercio de esos admirables accesorios de la civilización que facilitan al hombre su limpieza exterior: bañeras, etc. Son objetos bonitos, brillantes y que suelen ser nombrados con eufemismos. Pero el hombre ha estado siempre más sucio por dentro que por fuera. Y los accesorios que para esta interna limpieza ofrece nuestra tan cacareada civilización, son poco eficientes. La voluntad, que es tan individual como el color de los ojos, estropea o paraliza los grandes resortes morales, psicoanalíticos e, incluso, religiosos. Esa tendencia de la voluntad a escoger lo más agradable — que en cada caso es una

dido ejemplarizar a sus lectores con el relato de un drama basado en el amor paternal mal entendido. Delibes profesa en sus novelas una filosofía amarga, absolutamente pesimista de la vida, y deja al lector que de la simple relación de los hechos imaginarios saque las conclusiones que estime pertinentes». O cuando echa de menos que el padre «admita el sentido expiatorio de su tragedia» y que «no llegue a reconocer nunca los errores cometidos en la educación de su hijo», o que le parezca mal que tanto el padre como el hijo «sean tipos recusables desde todos los puntos de vista».

Ahora bien, aquí se trata de literatura, y creo que precisamente es la abstención de moralizar lo que hace moral a una novela, donde la auténtica vida se refleje. Y, desde luego, pocos libros de efectos éticos tan saludables se habrán publicado en España como *Mi idolatrado hijo Sisí*, partiendo de que no van a ser los niños sus lectores. ¿No está mucho más presente la condenación de los personajes cuando es el lector quien la hace? Y, ¿qué lector podría considerar como dignos de imitación a ninguno de los componentes de la familia Rubes? Lo que me hace estimar a *Mi idolatrado hijo Sisí* como una gran novela es justamente el que no aparezcan en ella expresamente la tesis ni la moraleja y que, sin embargo, se desprenda de ella un sentido tan claro. De acuerdo, los principales personajes son recusables. Pero el autor no los condena. La vida que llevan es sucia y rastrera, sin duda alguna, pero la función de Delibes como novelista se limita a presentarla así y a que nos resulte inmoral y despreciable. Si carga las tintas del pesimismo, por lo menos sus tintas están hechas con savia de lo que en la vida es realmente negro. No son tintas del País de las Hadas Tenebrosas, con las que otros escritores crean fantásticas immoralidades que son como vapores cerebrales.

Cecilio Rubes no quería tener hijos. Un buen día se encuentra el matrimonio — ella tampoco quería tenerlos — con uno en marcha. Y el egoísta Rubes, al ser padre, se convierte en el padre idólatra por egoísmo, blando en la educación del hijo para no perder el cariño de éste y para que el chico no sufra. Es decir, para que se convierta en otro grandísimo egoísta como él mismo. Sisí crece entre unos padres que se desprecian. La madre es la que intenta cortarles sus malas tendencias. Pero todo es inútil. Sisí se hace uno de los muchachos más insoportables y precozmente viciosos de que haya noticia.

Hay algo muy curioso es la novela de Delibes: sigue uno la lectura arrastrado por la pasión obsesiva de los personajes, pero no esperamos que «se conviertan» y, al final, no puede evitarse el deseo de que encuentren su castigo. Aunque Sisí parece estar en trance de «recuperación» moral cuando le sorprende la muerte violenta, uno comprende que debía desaparecer. Y para el lamentable señor Rubes, ya era bastante castigo verse sin el hijo que le tenía orgulloso. No era preciso que se suicidara. Como tampoco era necesario que la amante del padre, Paulina, se convirtiese en amante del hijo. Esto retuerce excesivamente los capítulos finales.

Tanto las descripciones como el diálogo de *Mi idolatrado hijo Sisí* son de una estupenda eficacia. Los tipos no son elevados porque su gracia radica precisamente en ser bajos, pero han sido creados con un extraordinario talento de novelista.



Miguel Delibes

dicha peculiar — hace caer al hombre en el pecado y en el delito o lo inutiliza para expandir su personalidad. Luego tenemos esa buena capa que todo lo tapa, la socorrida hipocresía, que permite andar por el mundo con la cabeza relativamente alta y recriminar a los demás por las faltas que nosotros mismos hemos cometido. Pero Cecilio Rubes, habitante de una innominada aunque reconocible ciudad española de provincias, es un entusiasta defensor de la higiene y eso es lo único limpio que hay en él. Lástima que la higiene le produzca pingües beneficios, lo cual disminuye un poco la sinceridad de su vocación.

Don Cecilio, a quien su vacuna mujer Adela llama Cecil, no es un hombre tan malo como parece. Lo más terrible de él es que haya tantísimos de los que él puede ser fiel representante. Es don Cecilio mal marido, modelo de egoístas, ridículamente presumido, apegado a las pequeñeces locales, desastroso educador de su hijo y falto, no ya de ideales, sino de ideas. Pero su sensualidad es muy exigente y esto le presta — para los defensores de los personajes ejemplares y de los sentimientos elevados en la novela — un aire de sátiro voraz. No hay que escandalizarse, sin embargo. Lo que le sucede al señor Rubes es que desvía su sexualidad por caminos fáciles — que pueden pagarse al contado — y tiene una amiguita que también ha adquirido fácilmente, porque su temperamento y el complejo de circunstancias que le rodean (en primer lugar, una esposa a la cual no quiere) le obligan a esos rodeos. Pero tampoco este aspecto del señor Rubes debe causar espanto.

La novela en que se mueve — y se arrastra inmoralmente — el benemérito ciudadano Cecilio Rubes, es *Mi idolatrado hijo Sisí*, de Miguel Delibes. La obligada y diaria tarea de leer las novelas del concurso Nadal, me ha impedido poder dedicarle hasta hoy unas horas a esta cuarta novela de un premio Nadal. Creo haber dicho ya que Delibes me fué convenciendo libro a libro. «El camino», que es el tercero de los suyos, me pareció ya una joya. Ahora, *Mi idolatrado hijo Sisí* me ha producido una honda impresión. Me parece muy respetable, desde el punto de vista moral y religioso, la opinión de Manuel G. Cerezales, nuestro querido amigo, expresada por él, con su aguda inteligencia, en «Informaciones»: «No creo que al escribir esta nueva novela, de cuya lectura cabe deducir la moraleja de que la mala educación dada a los hijos acarrea terribles consecuencias para éstos y para sus padres, Miguel Delibes se haya propuesto demostrar una te-

### COLECCION «EL GRIFON»

- N.º 1.—«Gerardo de Nerval «El Desdichado», de Eduardo Aunós. 35 ptas.
- N.º 2.—«El diablo enamorado», de Jacques Cazotte. 20 ptas.
- N.º 3.—«Agata», de Mario Rodríguez de Aragón. 30 ptas.
- N.º 4.—«Cobre», de Carmen Conde. 20 ptas.
- N.º 5.—«Bizancio», de Eduardo Aunós. 30 ptas.
- N.º 6.—«Los ahogados», de Vicente Carredano. 20 ptas.

# Miguel Delibes y su última novela

## UN RELATO SOBRE EL EGOISMO HUMANO

EL mundo novelístico de Miguel Delibes se acaba de enriquecerse con otro libro importante, tal vez el más importante de cuantos llevan la firma de su autor. "Mi idolatrado hijo Sisi", título de la nueva y última novela de Delibes, es un asunto que sorprende por su rica humanidad y por su humor, tan lejos de lo caricatural, por su ternura, asimismo, tan alejada de todo sentimentalismo fácil o sensiblero.

Así, en la historia de un egoista, Miguel Delibes acierta a calar hondo en un alma humana. El protagonista de "Mi idolatrado hijo Sisi", es o puede ser, también, la historia de una provincia. Uno va encontrando en las páginas de la novela figuras de un tiempo inmediato, que todos hemos conocido y hasta sufrido, inmersas en eso que venimos llamando "la provincia". Algo, en cierta manera, que ya tiene un pronunciado acento de época.

Los principios de siglo, en

los que todo estaba por uniformar, con mucho más carácter por lo tanto que lo que ahora tiene, han dado a Delibes tema para su obra, que así es algo más que una anécdota familiar, algo más que la pequeña historia de una familia burguesa, con ciertos pujos y manías, dedicada a criar concienzudamente un vástago.

Y ahí radica el talento de Miguel Delibes, en lograr levantar un mundo ido con el pretexto de pintar un tipo de egoista. Egoista, realmente, lo era la época toda y hasta el aire que en ella se respiraba. Cuando se haga la historia de nuestro presente, de nuestros años, indudablemente, se habrá de acusar que los hombres que la vivieron fueron desprendidos, a su manera héroes del desinterés, gente que supo quemarse en sacrificios que estaban por encima de lo cotidiano. Son los seres que justamente corresponden a una época dura y dramática. En

bio, el fin de siglo y principio del nuevo, con un mundo en el que la sangre no llegaba jamás al río", con una vida en la que siempre era más el ruido que las nueces, se daba bien el egoismo que pinta—e historia—Miguel Delibes. El comediógrafo de ese tiempo fue don Jacinto Benavente, no se olvide, como el de nuestro tiempo es Sartre. Si, las cosas han cambiado mucho.

De todas las novelas ("La sombra del ciprés es alargada", premio Nadal 1947; "Aun es de día" y "El camino", historia de una aldea), ésta me parece la más ambiciosa y lograda de Miguel Delibes, la que



MIGUEL DELIBES

tiene un mayor interés y está más trabajada de todas ellas. B.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES  
Miguel Delibes

# SEMPRE ES BONA

CRONISTA, LORENZO GOMIS

José María Espinás tiene cara y pipa de novelista. Y hay una cualidad, extraordinariamente agradable, que destaca en él: la sencillez.

Le pregunto algunos datos de su historia literaria:

—No tengo historia literaria. Podríamos hablar de una prehistoria. Nacido en 1927 en Barcelona. Naturalmente, desde los diez años versos. A los veintidos se me ocurrió escribir el primer artículo de mi vida: habían convocado un concurso sobre Guimerá con motivo de su centenario. Al jurado se le ocurrió premiarlo. Por todos los artículos que he escrito después me han dado ya mucho menos dinero. Soy abogado desde 1949, y ejerzo. Mi estilo de vida es burgués, qué le vamos a hacer, y no creo que cambie, salvo que me haga rico. Ya digo que no lo creo. Colaboro en la revista «Destino». Allí se han sorprendido un poco de que resulte ahora ser un novelista. Yo también, porque esperaba serlo de verdad dentro de unos años.

Su novela, la que ha ganado el premio se titula «Com ganivets o flames». Ese como cuchillos o llamas nos recuerda que Espinás es poeta. ¿Estará la novela en la misma línea del título?

—«Com ganivets o flames» es un libro sencillo, que no pretende nada ni descubre nada. A mis veintiséis años puede significar mi afirmación de novelista vivo y prometedor, eso sí. Es, simplemente, una novela que hoy debería ser normal en Cataluña, con su agilidad, sus inmediatas formas expresivas, su claro realismo. En la portadilla de la novela he copiado las palabras de Mallarmé: «Todo, en el mundo, existe para acabar convirtiéndose en un libro.» Quizá el mío ha destacado por estar conforme, en su modestia, con la vida y la sensibilidad de hoy, huyendo del peligro, cierto en Cataluña, de las novelas literarias de base falsa.

Hablando de su concepto de la novela le había preguntado antes: ¿Novela poética, ideológica, «narrativa»? Y la respuesta llega ahora.

—Novela «narrativa» como base indispensable. Y si el autor se ve con ánimos y las tiene, que meta algunas ideas en ella.

Yo no he llegado todavía a este momento.

Hablamos de la novela catalana y le invito a que escoja dos o tres obras.

—Como crítico, escojo «Solicitud», de Víctor Catalá, y «Laura a la ciutat dels sants», de Miguel Llor, porque responden honradamente al momento en que fueron escritas. Por ello mismo escojo también esas últimas novelas de José Pla, tan llenas de la vida de hoy.

Esa atención al momento histórico que manifiesta Espinás me incita a preguntarle sus preferencias dentro de la novelística universal. En un campo más ancho, la elección será más significativa.

—Dickens, sólo por su «Pickwick»; los «Karamazov», de Dostoyevski. Y confieso que me impresionan los americanos modernos, y que Simenon, aunque lo he leído poco (recuerdo «Il pleut bergere») me hace saltar de entusiasmo y envidia.

—¿Y dentro de la novelística española?

A Espinás no le asusta dar nombres.

—Prescindo de los históricos y de Baroja. Cela es seguramente el primer escritor, y Delibes el primer novelista de hoy. Entre muchos autores de mérito, Tomás Salvador y José Luis Sampedro pueden darnos cualquier día una obra grande.

Hablamos ahora de los problemas internos de la novela.

—Lo más difícil de una novela es escribirla. Tampoco es fácil que, cuando esté escrita, resulte buena. Se trata, pues, de un esfuerzo largo que debe siempre rendir lo mejor. Quizá, aparte de este problema de tiempo, el problema técnico más importante sea el de organizar el material novelesco de manera que vaya madurando dentro del orden de exposición y se mantenga vivo el interés del lector.

De los problemas de la novela pasamos a los problemas del novelista.

—El problema fundamental del novelista es la pobreza. En Cataluña, por lo menos, hay que escribir de siete a nueve.

Pero el novelista de vocación no se arredra. Espinás piensa ya en su próxima novela.

—Estoy a punto de empezar otra novela. Se titulará «El gandul». Confío en ella. Confío, sobre todo, en la que escribiré después de esta que voy a escribir ahora.

Pienso (y se lo digo) si será una novela autobiográfica. Pero resulta que no. Será, en todo caso, la novela de lo que hubiera querido poder ser. De una vocación frustrada... por el trabajo. Afortunadamente.

## LAS LETRAS

José María Espinás, premio «Joanot Martorell»

EL premio «Joanot Martorell», para novela escrita en lengua catalana, lo ha ganado este año José María Espinás. Ha quedado finalista otro escritor de empuje, Manuel de Pedrolo. Como el campo de la novela no ha sido hasta ahora, dentro de las letras catalanas, el más cultivado, precisamente, quizá tenga interés acercarse un poco a esa nueva generación de novelistas que sale a escena por la puerta iluminada de los premios literarios.



José María Espinás

● “Mi idolatrado hijo Sisí”, por Miguel Delibes. 23

**N**O es preciso, a estas alturas, hacer la presentación de Delibes, a quien me he referido en más de una ocasión para afirmar que muy probablemente él es, de entre los escritores de menos de cuarenta años, el mejor novelista español.

Cuatro novelas, como se sabe, lleva publicadas Miguel Delibes. La primera fué “La sombra del ciprés es alargada”, que obtuvo el premio Nadal ~~en~~ en 1947. A ésta se sumó “Aún es de día”. Siguió luego “El camino”. Y, por último, ahora acaba de publicarse “Mi idolatrado hijo Sisí”.

Consideraba yo “El camino”, aunque de texto un tanto breve, como una de las novelas más importantes publicadas en España del 39 para acá. Hoy “Mi idolatrado hijo Sisí” viene a demostrar, una vez más, el dominio que Delibes (por algo es de Valladolid) tiene del idioma; su manera de hacer novela, tan difícilmente sencilla, tan meditadamente natural; su equilibrio, en el que diálogos y descripciones, “acción” y psicología están resueltos sabiamente, con claro y excelente sentido del “tempo” novelístico...

En “Mi idolatrado hijo Sisí”, Delibes nos ofrece, una vez más, su honda visión del alma de un niño. Sisí, el hijo de Cecilio Rubes, crece y se agiganta en cada página, y la pluma del novelista nos lo va presentando paso a paso, hasta desembocar en la guerra. Padre e hijo están descritos de manera magistral. Sabe esculpir Delibes, sabe tallar. Sabe, a través de sus diálogos, de sus rápidas y rotundas descripciones, de sus abundantes “dijo”, dar una visión profunda de cada uno de sus personajes, interesando al lector en las peripecias de cuanto en el libro acontece.

Su prosa de buen castellano resulta una delicia. Y Delibes, excelente novelista, lo es hasta el punto de conseguir que esa delicia del idioma no estorbe en absoluto la exposición de cuanto transcurre en la novela.

“Mi idolatrado hijo Sisí” es, en verdad, novela extensa, interesante, amena, que se lee con intensidad desde el principio hasta el final. Es una de esas poquísimas novelas que se leen “de un tirón”, pero que por su estilo, por su idioma, por los finos matices que contiene, bien merece leerse con detenimiento. Es ésta, en suma, la novela que esperábamos del autor de “El camino”.

No nos asombra que “Mi idolatrado hijo Sisí” esté constituyendo un éxito grande de crítica y público. Bien lo merece.

Editada por Destino en su colección Anfora y Delfín, esta última novela de Delibes tiene un total de 356 páginas. La impresión es grata, clara, sin erratas. Se vende al precio de 50 pesetas.

“EL ALCAZAR”

# “Mi idolatrado hijo Sisi”, cuarta novela de Miguel Delibes

**L**AS producciones literarias que pretenden presentar arquetipos humanos pocas veces son convincentes. Exigen de sus autores un don de observación muy acusado y reclaman estricta simplificación en la fórmula literaria. El árbol debe resaltar sobre un paisaje lo menos distractivo posible y es preciso derribar en su rededor los demás árboles. Nada de bosques de personajes igualmente robustos e importantes. En torno del arquetipo sólo debe andar aquello que sea incitación para hacerle moverse, hablar y obrar según su medular sentido. La tarea requiere genialidad o experiencia. Muchas veces las dos cosas.

Sorprende, pues, que Miguel Delibes haya conseguido ya en su cuarta novela y en plena juventud abordar con éxito la descripción de un arquetipo que en este caso es el del egoísta. En «Mi idolatrado hijo Sisi» los tres personajes principales son egoístas en diversos grados. Pero hay uno, Cecilio Rubes, que es el egoísta perfecto, absoluto, sin adulteración de ningún género. Es inútil buscar en su pobre vida un momento de entrega altruista. Y por el contrario, si alguna vez aparece en su conducta, tímidamente esbozado, algún gesto que pudiera confundirse con un afán de noble desprendimiento, pronto se advierte que el estímulo verdadero es siempre el egoísta disfrute de una comodidad, la satisfacción de una estéril vanidad, la simple y rutinaria repetición de una costumbre.

Este tipo del egoísta, digámoslo así, químicamente puro, carece, en realidad de complicaciones y, desde luego, de historia. Todo lo que ocurre en su rededor es insignificante, cuando él lo gobierna, y si en el mundo exterior empiezan a ocurrir cosas el egoísta no puede hacer más sino ir estrellándose contra las nuevas circunstancias y dejándose arrollar por ellas. El egoísta no ha luchado nunca sino en el ámbito blando de su mundo doméstico. Es fácil para él imponerse a su mujer, a sus empleados. La mujer de Cecilio Rubes es otro ejemplar de egoísmo que se caracteriza por una sumisión bovina a los dictados del jefe de la familia. Los dos coinciden en un egoísmo fundamental: al casarse han decidido no tener hijos para sustraerse a los dolores, los riesgos y las incomodidades de la paternidad. Se casaron sin amor, sentimiento el más altruista y, por lo tanto, incompatible con estos egoístas químicamente puros. No es sorprendente que el ansia de encarnar el amor en un hijo y el de perpetuarlo en la descendencia, no sea de su mundo espiritual.

Si algo cambia en estos seres, siempre es para adaptar las cosas a su santo egoísmo. Hay un momento en que Cecilio Rubes siente el vacío de su vida y cuando un doméstico le insinúa que la paternidad colmaría sus indefinidas nostalgias, decide tener el hijo. El hijo llega y se convierte en el juguete del egoísta feliz, al que las pequeñas cosas de la vida le salen bastante bien si se mira por el prisma de la comodidad. Y el niño, en el ambiente familiar, blando, des-

medulado, hace bailar a todos al son de su infantil egoísmo que por ser reflejo del egoísmo paterno entenece más al padre poltrón. El idolatrado hijo Sisi hace lo que quiere, que nunca es lo que debe.

Los tres se dejan llevar por el camino más fácil que es el de eludir cualquier lucha para levantar sus vidas a otro nivel de más nobleza. El padre se divierte con su juguete de carne y hueso; la madre que ve a su vástago lanzado por un camino sobre cuyo final no es posible un buen presagio, decide eludir la lucha por el hijo contra el padre, y el hijo como hace lo que quiere, y nada bueno, se hace el amo de la exigua familia. Junto a ellos viven unos vecinos que son, justamente, sus antípodas espirituales. El contraste los desasosiega, pero no llega a corregirlos.

Las cosas que han ido bien, se tuercen cuando empieza a pasar algo en el exterior, en el mundo de cuyas inquietudes se han aislado estas gentes con el caparazón de su egoísmo. Lo que pasa es la revolución y la guerra civil. Es decir, explosiones en las que todas las pasiones son los fulminantes y donde pronto el egoísmo tiene que quedar a un lado. Entonces aparece, con gran sorpresa para Cecilio, la fragilidad de las defensas en que se había abroquelado frente a la vida. Cualquier pasión incita a la lucha, al arrebató y puede conducir al triunfo. Pero el egoísmo es naturalmente frío, infecundo, incapaz de soluciones. El hijo acaba por apartarse y cuando empieza a vislumbrar que hay en el mundo algo más que el yo, muere. Cecilio, sin su juguete de carne y hueso enloquece y se mata. Adela queda como último y fúnebre vestigio de unas vidas que, replegadas en sí mismas, han permanecido estériles, glaciales y aisladas.

No es fácil una acción novelesca en los austeros límites que le señala un tema como este. Por eso hemos dicho antes que admira la soltura con que ha resuelto Miguel Delibes en su cuarta novela un problema literario nada fácil. Desde luego, elude las ocasiones de erigirse en moralista y ha dejado que los personajes y su estrecha vida hablen al lector. Como al pasar, se complace en describir el ambiente de la capital provinciana, sus pequeñas preocupaciones, el mundo mezquino de una mesocracia sin horizontes y todo ello se va dibujando como fondo de la escena principal y acaba por perfilar cumplidamente el cuadro. La anécdota es, repito, insignificante, pero el drama que la remata ya no lo es. En la transición, llevada con mano segura por el novelista, está todo el interés del relato que acaba por apoderarse con fuerza insospechada de la atención del lector. La seguridad con que Miguel Delibes ha resuelto el problema nada grato que se plantea cuando comenzó a escribir «Mi idolatrado hijo Sisi» lo consagra como un novelista que ya en su cuarta novela revela estar completamente formado y dotado de las armas necesarias para empresas de más ancha envergadura.

F. O.



FUNDACIÓN  
MIGUEL  
DELIBES



## “Mi idolatrado hijo Sisi”, novela por Miguel Delibes Setién.

Circunstancias que no son del caso indicar, me han obligado a retrasar la lectura de “Mi idolatrado hijo Sisi”, última de las cuatro narraciones largas que, en breve tiempo, ha escrito Miguel Delibes, y en torno de la cual se han promovido apasionadas discusiones.

Desde luego que el solo hecho de escribir cuatro narraciones novelescas de cerca de 400 páginas a partir del año 1947, ya nos dice bastante del talento de novelador de Delibes, cuyo espíritu creador y cuya técnica de constructor de novelas van afinándose y perfeccionándose cada día y haciendo que siempre su última obra sea muy superior a las anteriores. Como es elocuente síntoma favorable a sus aptitudes novelísticas el que su primera novela, “La sombra del ciprés es alargada”, le valiera el “Premio Nadal” y una extraordinaria notoriedad en plena juventud.

“Mi idolatrado hijo Sisi” es una narración que se ha hecho con arreglo al arte vigente de novelar. Con esto queremos decir que los agonistas que imprimen su tono al relato son seres con excesivas taras morales, de psicologías inferiores, con casi únicamente vicios por todo equipaje personal y social: Cecilio, Adela, Paulina, Sisi, Ventura, personajes los más relevantes, son tam-



bién, por sus conductas mezquinas y pecadoras, en la intimidad y muchas veces en la exterioridad, verdaderas heces morales.

Naturalmente que, para evidenciar la ruindad y torpeza de esos personajes, no retrocede el autor en “Mi idolatrado hijo Sisi” ante el episodio áspero y escabroso, que utiliza, a nuestro juicio, en demasía; tal vez porque este género tiende a reflejar con la mayor exactitud posible el ambiente, las gentes y las preocupaciones de la época que narra, y el tiempo que abarca la novela que estamos comentando y los personajes que la viven (de 1917 a 1938), tienen no poco de angustiados y desabridos por fuera y por dentro; o acaso porque considera el novelista esa fór-

mula como la más eficaz para producir en el lector la severa lección moral que de modo directo surge del relato: la catástrofe a que conduce el no tener otro norte inspirador de la conducta que el descreimiento religioso, el materialismo y el egoísmo, es decir, la falta de religión, de espiritualidad y de amor al prójimo, o, lo que es lo mismo, de las tres virtudes cardinales: de fe, de esperanza y de caridad.

Delibes, pues, nos presenta en su última novela los vicios e hipocresías de un ejemplar de la burguesía y los males que un tipo así puede acarrear a la familia, a la sociedad y a sí mismo, y para ello pone ante el lector, como enérgico revulsivo, una serie de situaciones descarnadas en las que la libidine juega del modo más desenfrenado y salaz, pues en particular Cecilio, Sisi, Paulina y Ventura, parecen acometidos de un erotismo frenético. Lógicamente, la novela está escrita en ese modo de lenguaje que ahora llamamos directo: es decir, con desenfado, sin circunloquios, hasta con crudeza, incluso llamando a las cosas por su nombre, por más rotundo y malsonante que sea, sin utilizar, sino en contadísimas ocasiones, el eufemismo, ni la alusión, ni la reticencia, ni ninguna de esas figuras y medios literarios indirectos que antes, en un próximo pasado realismo, solían utilizar los novelistas cuando en la acción de sus novelas habían de figurar situaciones y episodios fuertes, ásperos, que buen número de personas no pueden leer sin sentir ofendido su pudor.

Y sin embargo —¡por eso nos duelen más esas crudezas!— nadie puede negar las magníficas condiciones de novelista que tiene Delibes y que, prescindiendo de esas audacias y atrevimientos, se ponen de manifiesto en esta misma obra: en la certera pintura del ambiente de cada uno de los tres tiempos de la novela; en el realismo de los principales personajes, aunque sean muestras de una humanidad de lo más ruin y miserable en buena parte; en la maestría con que en breves, en demasiado breves trazos, ha sabido dar vida y carácter a la familia Sendín y sobre todo, en las últimas páginas, a Elisa, y, en fin, en la construcción de la novela que interesa y apasiona y que si en ocasiones asusta, en otras emociona con el palpitante realismo de los personajes y del drama que viven, amargo y desconsolador.

Como consecuencia de todo lo expuesto, entendemos que “Mi idolatrado hijo Sisi”, la última novela de Miguel Delibes, por poner demasiado al descubierto lo humano, lo más ínfimamente humano, es libro que sólo pueden leer con fruto personas de una sólida formación moral, que son las que podrán penetrar en la indudable intención moralizadora del autor.—LEANDRO PEREZ.

Los hombres y los libros

# Cómo escribió Juan Antonio de Zunzunegui su novela "LA VIDA COMO ES"

## El diálogo, los novelistas actuales y la mujer en las letras

Por JOSE MONTERO ALONSO

MD

"La vida como es": con sus miserias, sus trapisondas y sus humillaciones, con ese oscuro y escondido fondo que muchos desconocen. No la vida como nos gustaría que fuese, sino así, como es, con sus gentes al margen, sus engaños y sus delitos. Ni la barra del bar americano, ni el escaparate de gran lujo, ni la cita en la "boite", bajo la lírica complicidad de una melodía de moda. La taberna, el Metro congestionado, el desgarró en el lenguaje... "La vida como es". A esa vida--la picaresca, de tan insignes raíces e historia en la trayectoria novelística nacional--ha ido ahora a buscar Juan Antonio Zunzunegui el tema, los hombres y las mujeres de su novela última. Es una novela de los barrios bajos de Madrid: de la plaza del Progreso hacia las riberas del río. El robo, y, en torno a éste, "espadistas", "topistas", "peristas", "santeras", acciones, pasiones: todo un mundo y toda una vida de oscura y desconocida intimidad.

--No era fácil la documentación para llevar a la novela ese ambiente.

--Leí--cuenta Juan Antonio de Zunzunegui--los libros, no muchos, que sobre ello se han escrito. Nos dicen el "argot" de los ladrones, la técnica y los hábitos de éstos. Mas para un novelista no era bastante. Porque los libros no dan en vivo el escenario y el argot. Había que ir directamente a ese ambiente.

--¿Y fuiste a él?

--Sí. Me perdí días y noches por las calles de los barrios bajos. Comí en los figones, tomé mis vasos de vino en las tabernas, oí, hablé... Deliberadamente olvidé mis preocupaciones y mis hábitos de hombre que hace su vida en el centro de la ciudad, y descuidé mi ropa, y hasta me dejé crecer un poco la barba... Estuve cerca de las costumbres y las pasiones de espadistas y topistas. Ríete tú de las rivalidades entre escritores. Son mucho más fuertes las que hay entre las gentes aquellas. El espadista desprecia al topista. En la escala del robo, aquél es un señor y hasta un sentimental, que no roba si siente el llanto de un niño...

### LA ABERTURA QUE DEJAN RON GALDOS Y BAROJA

--Claro--sigue el novelista--que yo venía con este tema desde chico. Tuve siempre mucha afición a conocer estos ambientes. El mejor espadista era vascongado; su único fallo consistía en ser un poco lento. Ahora, de cara ya a la novela, me metí a fondo en ese Madrid de los barrios populares--una especie de abertura que sus libros habían dejado Galdós y Baroja--; y tabernas, tranvías y escondrijos me mostraron el diálogo, el ambiente y la intimidad auténticos y vivos de todo ese mundo.

--¿Empleaste mucho tiempo en escribir la novela?

--No. La empecé hace dos veranos, y la hice en dos meses. Empleé, después, otros dos meses en corregirla. Escribo actualmente con una gran facilidad, porque me he despreocupado de las inquietudes de estilo que cuando muchacho tenía. Antes buscaba celosamente la palabra, hasta llegaba al preciosismo. Hoy creo que he alcanzado la sencillez que es necesaria al novelista. Por esto puedo escribir más rápidamente.

--¿Tienes horas, días preferidos para escribir?

--Me gusta escribir en verano y por la mañana. Escribir en invierno en Madrid es difícil: quehaceres cotidianos, vida presurosa, ir de acá para allá... No logra uno concentrarse. Y la novela es un género que exige concentración; su labor es difícilmente compatible con esos otros pequeños quehaceres que se llevan habitualmente nuestras horas. El café, la calle, la charla... Cuando vuelves a casa se te han perdido los personajes. Por eso yo utilizo para escribir el verano: el ritmo de la vida en la ciudad es mucho menos intenso y puede uno, también, marcharse fuera.

Este verano último, por ejemplo, yo estuve en Sepúlveda, y allí escribí mi libro próximo. Y, en cuanto a horas, escribo singularmente por la mañana: tres, tres horas y media seguidas. Y por la tarde, cuando estoy ya con una



novela entre manos, un par de horas más... Este ritmo, mantenido con continuidad, te da el volumen en un par de meses.

### "EL VERDADERO NOVELISTA ESTA EN EL DIÁLOGO"

--¿Haces plan escrito para tus libros?

--Sí. Aunque hay, lógicamente, una fase anterior de elaboración de la novela en el pensamiento. Tipos y acciones van haciéndose dentro de uno, y cuando me siento ya "habitado" por los personajes, trazo aquel plan y me pongo a escribir. Por ese esquema previo creo que es por lo que mis novelas apa-

recen bastante construidas. No creo que sea posible, en este género, ponerse a escribir a la buena de Dios, sin un plan anterior meditado y madurado. Bien es verdad que del choque, a lo largo del desarrollo, de caracteres y hechos pueden surgir realidades nuevas que alteren algo el primitivo plan.

--¿Qué significación crees que tiene, en el conjunto de tu obra "La vida como es"?

--Por su arquitectura, por su ambición, por su extensión, es acaso mi novela más considerable. Me siento cada vez mejor de oficio. Creo que he llegado a esa sencillez que es necesaria para el trabajo del novelista. El verdadero novelista está en el diálogo, en esa vida que sus criaturas toman desplacéntandose de su creador para vivir propiamente.

### LOS NOVELISTAS DE HOY

--¿Cómo ves el actual panorama de la novela española? ¿Qué novelistas te parecen mejores?

--Creo que hay actualmente varios novelistas de mucho interés. Entre los más veteranos están Bartolomé Soler y Arbó. Entre los jóvenes, Carmen Laforet, Elena Quiroga, Miguel Delibes, Ignacio Agustí, Martínez Barbeito... Entre los llegados posteriormente, un paisano mío, Castresana. De los jóvenes, el mejor me parece Miguel Delibes. Yo, amigo mío, tengo muchos defectos, pero entre ellos no está el de la envidia.

--¿Crees en la improvisación o en la formación?

--Estimo que el talento se tiene, que se nace con una previa disposición. Pero--hablamos del novelista--son la vida, la experiencia, el choque con las cosas, el asomarse a los dramas y las alegrías del mundo los que dan fuerza a la obra. Lo difícil es conseguir aquella sencillez que para mí es condición "sine qua non" en el creador de novelas. Esa sencillez y la densidad sólo las da el tiempo. Y, naturalmente, el contacto con los grandes maestros del género; de mí sé decirte que he leído y estudiado a fondo a Balzac, a Dostoiévski, a Galdós, a cuanto en la novela ha tenido una consistencia y una verdad.

### DE LOS BARRIOS BAJOS, A LA GRAN VÍA

--¿Cómo ves la abundante incorporación actual de la mujer a las letras?

--La mujer quiere resolver su problema, y la literatura y el periodismo son fórmulas excelentes--dignas y bellas--para ello. Sin embargo, no creo que la mujer tenga aliento y talento creadores. Cuando lo tiene, es ya un hombre: doña Emilia Pardo Bazán. A nuestras muchachas les deslumbra el periodismo porque éste rima perfectamente con algunas de sus condiciones naturales. Y en cuanto a su creciente incorporación a la novela, a ello ha contribuido mucho el premio Nadal; a estas horas hay millares de muchachitas soñando con ser el premio futuro y con recibir sobre sí el fegonazo de una gloria repentina.

--¿Qué libro seguirá a "La vida como es"?

--Escribí este verano "El hijo hecho a contrata". Y quiero escribir ahora una nueva novela, la de la Gran Vía. "La vida como es" recoge un ambiente anterior a nuestra guerra. El libro acaba exactamente en la proclamación de la República: el ladrón vota por la Monarquía, por el orden, porque, sin éste, su negocio no será próspero. Y la próxima novela reproduce un ambiente de después de la guerra: aquella Gran Vía rutilante, el bar americano, el espía, el tabaco rubio, la mentira del cine... Ya andan en mi pensamiento hombres y mujeres para el futuro libro. Serán, como otras veces, dos meses de total entrega a la novela. Porque siempre escribo así, distraído de todo lo que no sea esa labor, ausente del resto de las cosas, metido profundamente en la novela. Como con fiebre.

# ZUNZUNEGUI DICE QUE LA LITERATURA ES COMO UNA CARRERA DE BICICLETAS

—A mí ya todo me da lo mismo. Ahora hago como Unamuno: que al principio se disgustaba con los anónimos y luego se divertía leyéndoselos a la familia.

A Zunzunegui le meten anónimos por debajo de la puerta de su estudio.

—Me han dicho casi todo lo que se le puede decir a un hombre: desde que soy un cenizo hasta que se alegraban porque no había heredado tanto dinero de mi padre como yo esperaba.

En algunos círculos literarios, cuando se acuerdan de Zunzunegui, le aluden pronunciando las dos únicas zetas del apellido. Cuando alguien pronuncia el apellido entero, es costumbre de tocar madera.

Estupideces de la gente. Zunzunegui es, después de Baroja, uno de los novelistas más importantes que tenemos en España.

La entrevista tiene lugar en su estudio, en un ático de la calle de Viriato, donde el silencio puede cortarse con una hoja de afeitar. Fuimos hasta allí siguiendo los bulevares, hasta la misma glorieta de Chamberí, donde Madrid sigue siendo posgaldosiano con cafeterías de urgencia.

Zunzunegui, para trabajar, se quita la chaqueta, como si fuese a descargar pianos en vez de a escribir novelas.

—¿Cuántos libros ha escrito usted?

—Los libros no dicen nada, porque pueden ser folletos. Yo creo que hay que contar por páginas.

—Entonces, ¿cuántas páginas?

—Más de seis mil de prosa narrativa.

—¿Empezó usted haciendo entrevistas en su noviciado literario?

—No; me defendió la familia hasta que pude navegar solo. Yo, desde chico, iba para novelista; al menos esa era mi idea.

Zunzunegui ha sido siempre un hombre bien situado económicamente. El quiere representar el papel de escritor pobre, que vive al día de lo que escribe; pero todos saben que Zunzunegui es un accionista importante de unas bodegas de su tierra, y que tiene además sus fincas y su dinero en el Banco. Todo esto intenta él disimularlo. Jamás toma un taxi ni un autobús ni un tranvía. Va de un lado para otro siempre andando, y para pagar el café saca del bolsillo del pantalón un billete arrugado de cinco pesetas, como si quisiera dar a entender que es el único que le queda. También sabemos que Zunzunegui fué el editor del primer libro de crónicas de González-Ruano, titulado "Madrid entrevistado", y que la firma editorial se denominaba "Mayli".

—¿Qué cronistas españoles le parecen más importantes?

—González-Ruano y Torreblanca.

—¿Y novelistas?

—Aparte de Baroja, Bartolomé Soler, Sebastián Juan Arbó, González-Ruano y Torrente Ballester. Entre los jóvenes, Miguel Delibes es el mejor, para mi gusto; luego, Agustí, Carmen Laforet, Elena Quiroga y Eulalia Calvarriato. Entre los muy jóvenes, Luis de Castresana.

—¿Se considera usted el mejor entre los novelistas?

—Yo no opino. Esas preguntas ya las contestará el público, la crítica y la posteridad. Mi preocupación es hacer cada vez mejores novelas. El oficio literario es como una carrera de bicicletas: todos salen, unos con más y otros con menos impetu; pero lo importante no es salir, sino llegar al final con un pedaleo fresco. De todos los participantes, muchos se quedan en el camino, otros se retiran...

—¿Qué opina de los premios literarios?

—Entre todos, el de la Academia es el de más seriedad y autoridad, porque esos señores de la Academia están por encima de las disputas y de las pequeñeces de los hombres. El Nadal ha tomado un aire comercial peligroso.

—En resumen: ¿usted cree que los premios han valido o han perjudicado a la literatura española?

—Han valido. A Miró le descubrió un premio, y lo mismo a Elena Quiroga y a Carmen Laforet.

Zunzunegui tiene muchos libros importantes y curiosos sobre temas de Madrid y sobre oficios diversos. Se calcula que el número de volúmenes pasa de los cinco mil. Entre los múltiples títulos que hemos visto recordamos el "Manual del baratero, o arte de manejar la navaja, el cuchillo y la tijera de los gitanos". Hay también libros sobre relojes, sobre cocina y sobre otras muchas cosas. Los de cocina puede ser que le importen mucho a Zunzunegui, porque a eso de comer le da él mucha importancia, como vasco que es. Todavía no sabemos si los pasteles del Instituto Británico se los comía él o Baroja. Don Pío dice que Zunzunegui se tomaba una docena de pasteles y luego le decía: "Con esto ya no cenó hoy." Zunzunegui dice que no es cierto, porque Baroja era quien se tomaba la docena de pasteles y una tarta entera. Los dos novelistas vascos no quieren ponerse de acuerdo.

Cruzamos la glorieta de Chamberí. Zunzunegui, embutido en su abrigo gris. Corazón del castizo Madrid. Humo de castañas mezclado con el recuerdo de Arniches. Las bicicletas, los camiones y los coches pasan en tropel: cuadro de

Regoyos. Mil gritos salen de la glorieta: ¡PUEBLO, PUEBLO; ha salido PUEBLO!...

Por una calle estrecha se pierda Zunzunegui, y nosotros, a la luz del taxi, empezamos a leer su nueva novela "La vida como es".

Marino GOMEZ-SANTOS

MD

"pueblo"

Enhorabuena - Sab

FUNDACION MIGUEL DELIBES



LIBROS

«Mi idolatrado hijo Sisi»

Novela de MIGUEL DELIBES

El Premio Nadal descubrió a este joven y original novelista que, en sus posteriores producciones, revalida las excelentes cualidades de narrador y psicólogo reveladas en "La sombra del Ciprés es alargada", su primera novela. Delibes es, sin duda, uno de los valores nacionales más sólidos del tiempo actual dentro del ámbito artístico de la creación novelística, y sus libros sostienen con gallardía su vigoroso rumbo literario inicial. Más aún: la técnica de escritor ha ido depurándose y ganando esa difícil y luminosa profundidad que es característica de quienes dominan su instrumento expresivo hasta hacerlo lleno, jugoso y repleto de armonía interna.

"Mi idolatrado hijo Sisi", la última novela de Miguel Delibes, consolidada su firma entre las de nuestros novelistas más prestigiosos. Es un bello libro, de realismo entre melancólico y agríndice, que subraya su certera intuición de los secretos de la personalidad humana. Ningún novelista puede ser grande sin esta cualidad. La observación que se acredita en esta novela es una de sus principales virtudes. Pero, sobre todo, el acierto en el hondo estudio psicológico, la espléndida y minuciosa interpretación de los caracteres, la presentación de los tipos, llena de fuerza y naturalidad, confieren a este último libro de Delibes notables virtudes y destacan su innegable talento de novelista. Es conmovedor el proceso de transformación del protagonista y la exaltación del instinto paternal, crecientemente celoso. La narración, llevada con maestría, sirve a los fines del autor con una lealtad que hace de la novela un cuadro vibrante de vida y, como la vida, de verdades unas veces risueñas y otras veces dramáticas.

Delibes, además, escribe bien. Con un lenguaje claro, preciso, ceñido, sin retórica ni ampulosa. Verbo directo y expresivo, que se adapta con fidelidad al

pensamiento y hace de la lectura de "Mi idolatrado hijo Sisi" una aventura espiritual gratísima. En resumen, otra novela de un joven escritor ante el que se abre un brillante porvenir literario.

"MEMORIAS",

del Mariscal Kesselring

La figura del prestigioso soldado que fué en todo instante el Mariscal Kesselring, gana perfiles de clara humanidad en estas interesantísimas Memorias. Es un documento histórico, lleno de serenidad y de sinceras reflexiones, relativa a la última gran tragedia que conmovió al mundo. La última guerra, con su cortejo de tragedias, de decisiones súbitas, de problemas y de dificultades angustiosas, está examinada en estas Memorias con la alta autoridad y la información directa que poseyó un hombre destinado, por sus condiciones y su elevado cargo, a jugar un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos. El Mariscal Kesselring nos dice muchas cosas de las llamadas "entre bastidores", es decir, de las que no llegaron al gran público a través de la difusión de la Prensa. Estudia la creación del arma aérea, y las distintas campañas en que intervino, desde Polonia a Africa, desde Italia hasta el frente del Oeste. Aquí vemos desfilar una serie de importantes personajes: Goering, Hitler, Mussolini, etc. figuras claves para llegar a la comprensión de la magna tragedia universal.

Escritos con estilo claro, terso, limpio y elegante, estos dos volúmenes, tan interesantes, son indispensables para llegar a un conocimiento aproximado de la evolución de la guerra y de la paz. Constituyen un documento apasionante y acrecientan el prestigio del Mariscal.

"COMO SE ATRAE Y SE ENAMORA AL HOMBRE", de Antonio Guerra Gallego

Un libro como éste siempre tie-

ne un interés, al menos como documento curioso, para el lector y, en especial, para el público femenino. Guerra Gallego ha hecho un copioso caudal de datos, de noticias, de observaciones y de lecturas relativas al gran secreto permanente de la vida: la atracción que es fundamento del amor. En su libro, escrito con lenguaje sencillo y elegante, se insertan una larga serie de reflexiones muy certeras desde el punto de vista psicológico y de los distintos tipos, temperamentos y cualidades, que arrojan luz, al menos desde un punto de vista teórico, sobre las relaciones entre ambos sexos. Lectura muy agradable e interesante, el libro de Guerra Gallego encontrará muchos adeptos, y no sólo entre el bello sexo, sino también entre los hombres, ya que pone de relieve una dilatada experiencia de la vida y un hábito de meditación sobre el tema que aumenta su valor.

Guerra Gallego ha compuesto un libro que merecerá la adhesión de las mujeres.

"LORNA DOON"

Este entretenido libro de aventuras sirvió de inspiración a la película del mismo título que estrenó una de nuestras salas cinematográficas. La película siguió casi con fidelidad los episodios que se relatan en esta deliciosa y sencilla novela, cuya ingenuidad no le roba encanto alguno. Su estilo directo, rápido, sencillo, con acentos de resonancias clásicas, hace muy fácil y agradable su lectura. Las vicisitudes, las aventuras, las luchas y los peligros, el amor que rodea la delicada figura de Lorna Doon, todos los incidentes que desfilan perfectamente relatados en la novela, consiguen hacer de este volumen algo muy entretenido, que se acepta con verdadera satisfacción por el lector.

"Lorna Doon", popularizada por la película del mismo título, está ya en nuestras librerías y tiene el éxito garantizado, sobre todo por parte del público a quien gusten los relatos de aventuras coronados por la felicidad.

# LIBROS

## EL PROBLEMA DEL HIJO UNICO

**MIGUEL Delibes** ha vuelto, en su cuarta novela, a los temas amargos, al planteamiento y desarrollo de asuntos desagradables, conducidos por su buen escribir y su magnífico y sobrio estilo. «La sombra del ciprés es alargada» y «Aun es de día» son exactos precedentes de «Mi idolatrado hijo Sisi»: relatos sombríos, excesivamente influenciados de un concepto pesimista de la vida y de los hombres, que nos hacen imaginar un Miguel Delibes muy diferente al que realmente es.

«Mi idolatrado hijo Sisi» es la novela del egoísmo y la sensualidad. El clásico problema del hijo único se plantea en ella con el regusto de la complicación desagradable. Sisi ni siquiera es el hijo único buscado y limitado por un egoísmo no poco habitual en algunos matrimonios, sino que nace «por casualidad». Tampoco sirve para unir al matrimonio Rubes, aunque sea unión en el egoísmo y en la mal crianza del hijo, sino que Sisi viene al mundo para separar aún más a sus padres, matrimonio sin amor, en el que la débil resistencia de la mujer ante la libertad y mala educación que el padre prodiga con Sisi abre aún más los abismos que separan a Cecilio Rubes y Adela.

La atención de Delibes se concentra, casi con obsesión, en su protagonista, Cecilio Rubes, un rico comerciante de provincias, al que el nacimiento de su hijo le asigna una absurda misión en la vida: procurar a toda costa que Sisi sea feliz, basando esa felicidad en darle gusto en todas sus inclinaciones y caprichos. «La educación está hecha sólo para los pobres», es la tesis de Rubes. No se precisa entrar en detalles de las nefastas consecuencias que esta formación (?) acarrea en la personalidad de Sisi. Aquella especial atención del novelista por su personaje central le hace insinuar solamente otros tipos que debieron tener papel más acusado en la obra, tales como la familia Sendín, los vecinos de Rubes, familia numerosa y bien avenida, unida además por la comunión de los mismos ideales políticos. La familia Sendín, quizá como consecuencia de su total filiación a la C. E. D. A., se nos presenta un poco excesivamente gazmoña; sin microbios, pero sin vitaminas.

Sisi es fruto de Cecilio Rubes. Como él, resulta enfermizamente sensual y tremendamente egoísta. Nada influye en ambos el ambiente de la guerra española, salvo las clásicas apariencias de colaboración primera de Cecilio Rubes y su presunción de «tener un hijo en el frente», cuando Sisi, ante la inminencia de ser llamada su quinta, se alista en Intendencia, como asistente de su tío Hipólito, comandante del Cuerpo.

Egoísmo y sensualidad son los rieles por los que «Mi idolatrado hijo Sisi» transcurre desde principio a fin, creando un ambiente desagradable y casi repulsivo al relato, lo que no logra salvar la moraleja que el lector pueda deducir por reacción. Naturalmente, tipos como Cecilio Rubes, afortunadamente, no abundan; pero basta su presentación en las páginas de una obra literaria para que el lector los desprecie y procure no parecerse a ellos en absoluto.

Los capítulos que se desarrollan en nuestra guerra de Liberación no pretenden más que servir de pretexto para la muerte de Sisi. Delibes no ha intentado ninguna ambientación, y es lástima, porque se echa de menos. El trágico final de Cecilio Rubes es digno remate de la amargura que se ha respirado en casi todas las páginas de la novela. Sisi, en cambio, es redimido por la muerte, ya que ésta le halló recién confesado, cuando estaba animado de los mejores propósitos en una línea de mejoramiento moral que le había inspirado un tierno y puro amor por la hija de sus vecinos, Elisa Sendín.

El estilo de Miguel Delibes se acredita de nuevo en esta obra, sobriamente escrita, con parquedad castellana, plagada de matices y observaciones humanísimos y populares. Logra, además, dentro de su manera de hacer personal, nuevas fórmulas y nueva construcción en relación con sus obras anteriores. En este aspecto «Mi idolatrado hijo Sisi» supone, si no un avance en Delibes, que está en la vanguardia de nuestros novelistas contemporáneos, sí una plena confirmación.

Al cerrar estas líneas de comentario a la nueva obra de Delibes es obligado recordar su tercera novela «El camino», en la que el mundo se nos presenta a través del alma de un niño con maestría insuperable y con una belleza poética y tierna que nos muestra cómo Delibes está por encima de este tono amargo y desasosegado que caracteriza a sus otras obras. «El camino», quizá la mejor novela española desde 1936 para acá, tiene un título que puede suponer un mandato para su autor. Porque en su manera de ser y en su modo de estar escrita, esta tercera novela marca a Delibes el verdadero «camino» a seguir.

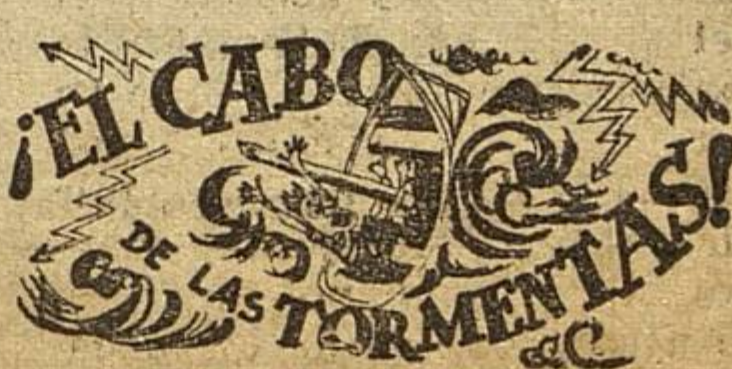
J. F. T.

**MIGUEL DELIBES.** — «Mi idolatrado hijo Sisi». — «Ancora y Delfin». — Ediciones Destino, Sociedad Anónima, Barcelona, 1953.

## EL CAUDILLO DE CASTILLA

EN la colección «Temas españoles», Narciso García Sánchez nos traza, con el calor del que compartió junto a él todos los avatares de su vida política, una exacta semblanza de Onésimo Redondo, caudillo de Castilla. Todos los ángulos desde los que puede ser presentado el fundador de las J. O. N. S. castellanas son apuntados en este folleto con la sencillez de estilo del habituado al oficio periodístico y con la pasión y el amor del amigo y camarada del biografiado: Onésimo estudiante, Onésimo campesino, Onésimo fundador, Onésimo capitán de juventudes, Onésimo cautivo, Onésimo guerrero, Onésimo héroe y caído y Onésimo presencia impercedera va transcurriendo en las páginas de esta pequeña y profunda obra.

**NARCISO GARCIA SANCHEZ:** «Onésimo Redondo». — Colección «Temas españoles». — Publicaciones españolas de la Dirección General de Información. — Madrid, 1953.



UNO no puede negar la realidad del fútbol como fenómeno social; que los hechos, si no convencen siempre, si casi siempre vencen, y los números hablan con una firmeza que aunque moleste no es posible olvidar. Y no es que a nosotros nos moleste el auge masivo de esta manifestación deportiva; pero si puede molestarnos, y a ello vamos, la para nosotros excesiva preocupación, desmesurada atención, que la Prensa le dedica. No sólo de fútbol vive el hombre; es más, el hombre puede vivir perfectamente sin el fútbol, sobre todo tal y como se concibe actualmente. En cambio, el hombre perdería en jerarquía humana si desapareciesen otras manifestaciones de clara raíz intelectual, entrañadas directamente en lo espiritual, a las que la prensa destina espacio e interés mínimos.



A la vista de la primera jornada del torneo de Liga, es de ver cómo se anuncian suplementos extraordinarios o cuando menos se dedican páginas y páginas de la tirada normal a nimiedades, a intimidades, a problemáticas, cuya importancia se nos antoja absolutamente nula

para una mentalidad corriente. A lo largo del año, ¿qué diario español destina a la divulgación, estudio y crítica de la totalidad de las bellas artes sólo la cuarta parte de las páginas que ofrenda al fútbol?

Pidamos una jerarquización, que en razón de justicia es lo menos que se puede pedir. ¿Cabe duda de que si la Prensa atendiese al teatro, a la música, a la pintura con el mismo lujo de papel y etc. con que atiende al fútbol otro gallo les cantara a la pintura, a la música y al teatro y con ello saldría ganando el nivel cultural de la nación?

No, no nos vale el razonamiento de que es el público quien lo pide. Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar. Y quien tiene una misión de ejemplaridad, de orientación, viene obligado si no a dar, sí a medir lo que da y a saber lo que da.



# MIGUEL DELIBES y el sentido moral de su novela "Mi idolatrado hijo Sisi"

Nuestro querido colaborador Miguel Delibes nos envia la siguiente carta, en la que muestra su discrepancia de los puntos de vista que sobre determinado aspecto de su novela «Mi idolatrado hijo Sisi» mantenía —y sigue manteniendo— nuestro crítico literario en comentario recientemente publicado en la sección literaria de este periódico:

Valladolid, 31 octubre 1953.

Distinguido amigo:

Leo con sumo agrado la ponderada crítica que sobre mi última novela «Mi idolatrado hijo Sisi» publica Manuel G. Cerezales en la página literaria de INFORMACIONES. Naturalmente, agradezco no sólo los elogios sino también las objeciones y reparos que en ella aduce. Soy de esa clase de escritores que siempre ven algo aprovechable en el consejo de los demás. No son, pues, razones literarias las que me empujan a escribir esta carta, sino razones extraliterarias que para mí tienen mayor importancia. Un juicio rotundamente desfavorable en el aspecto literario del buen crítico de INFORMACIONES no me hubiera afectado tanto como la interpretación moral que da a mi libro, supuesto que tengo razones para considerarlo no sólo moral sino altamente aleccionador. El señor Cerezales se expresa gratuitamente cuando afirma que «Miguel Delibes renuncia de antemano a imprimir a sus creaciones un sentido de elevación moral».

Comprendera, señor director, que tal juicio me hiere profundamente, supuesto que no sólo no soy indiferente en este aspecto sino que a la hora de sentarme a escribir es ésta la principal preocupación que pesa sobre mí. Entiendo que no sólo se explica una lección moral narrando la historia modélica de la buena Juanita, sino satirizando y poniendo en evidencia las nefastas consecuencias de ser un Cecilio Rubes.

Desgraciadamente, los Cecilios Rubes fueron hace unos años muy abundantes en nuestro país y no faltan en nuestros días. El tipo vacío y presuntuoso, movido por la sensualidad y el egoísmo, se da aún con lamentable frecuencia en España. Salta a la vista que mi pretensión al escribir «Mi idolatrado hijo Sisi» no ha sido otra que la de que los Cecilios Rubes que lo lean dejen serlo y los que no lo sean no sucumban a la tentación de imitarle. El cuadro que pinto no puede ser más desolador en este aspecto.

Por si esto no fuera suficiente, quiero hacer constar que antes de dar mi obra a la imprenta entregué el manuscrito a un sacerdote de sólida formación, precisamente para que me orientase sobre el alcance moral de la novela. Dicho censor no sólo aprobó mi trabajo sino que me agradeció que pusiese mi esfuerzo al servicio de la causa católica en un tema tan candente como el de la limitación de los hijos. En opinión de este censor moral, que para mí reúne todas las garantías, la novela completa la doctrina que ellos sostienen desde el púlpito y «debiera ser leída por todos los matrimonios». Puede usted creer, señor director, que en caso de un juicio moral adverso la novela no se hubiera publicado.

No soy, pues, un afiliado a la escuela naturalista, sino todo lo contrario: detengo mi pluma allí donde el «naturalista» hubiera empezado a escribir. Otra cosa sería que yo recomendase la lectura de «Mi idolatrado hijo Sisi» a una niña de quince años. Las cosas a su tiempo.

Vea, señor director, que la despreocupación moral que se me atribuye es una afirmación que carece de base. Pueda estar seguro Manuel G. Cerezales que ningún otro juicio suyo, por severo que fuese, me hubiera movido a tomar la pluma en un intento de auto-vindicación. Pero me ha tocado la fibra sensible. Siempre agradecido, le envia un cordial saludo, Miguel Delibes.

lismo. Se lee con auténtico y creciente interés y se encuentran páginas de gran fuerza emotiva.

Con censura eclesiástica.—C. L. Z.

**Brunet (Manuel): "Actualidad del padre Claret".** Editorial Sala. Vich, 1953. 118 páginas.

**1274** Se recogen en este volumen seis artículos, dos de ellos publicados en "Destino", sobre San Antonio María Claret. No se trata de una biografía ni de un estudio profundo de su trascendencia histórica, pero tiene algo de todo ello; presenta en varios momentos de su vida la actitud del santo y recoge algunas de sus características más particulares, dando una proyección

histórica a éstas. Todo ello está realzado por un lenguaje terso, que, sin ser emocionado, convence por su sinceridad.

Con censura eclesiástica.

**Anónimo: "Cartas a mis compañeros de trabajo".** 276 páginas.

**1275** Parece que el autor es un auténtico trabajador, con la suficiente cultura religiosa para escribir estas cartas que componen el libro, escrito en forma epistolar y donde, con sentido actual, se tratan algunos puntos de apologética: la inmortalidad del alma, la creación, Jesucristo, la Iglesia, etcétera.

Con censura eclesiástica.

## L I T E R A T U R A

**Delibes (Miguel): "Mi idolatrado hijo Sisi".** Barcelona. Ediciones Destino, S. L. 356 páginas. 50 pesetas.

**1276** Esta novela del escritor vallisoletano que saltó a la notoriedad con el premio Nadal es, como construcción novelística, la mejor de las suyas; pero presenta graves características de aspereza en el orden moral, que dificultan su lectura para personas no preparadas. El intenso drama que en el fondo se desarrolla alcanza en las páginas finales una solución de aparatoso tremendismo que es moralmente inaceptable. Por esa razón sólo nos parece admisible esta novela para aquellos lectores que deban seguir el movimiento literario actual, con formación suficiente. Como mero entretenimiento y deleite no se puede admitir, por su siembra de conceptos perturbadores y la penosísima impresión que deja.

Peligrosa. Personas sólidamente formadas.

**González Ruano (César): "Los oscuros dominios".** Colección Autores Españoles Contemporáneos. Editorial Planeta. Barcelona, 1953. 199 páginas. 50 pesetas.

**1277** Historia de un matrimonio en el que él es un mejicano de origen español y ella una francesa, ambos con historia, y que gracias a una herencia pueden, sin preocupaciones económicas, dedicarse a viajar por Europa, moviéndose al borde de esa sociedad internacional corrompida en todos los órdenes, pero sin entrar del todo en ella ni dejarse arrastrar por su inmoralidad, quedándose en simples egoístas.

Como en todos los libros de este autor, la narración supera en mucho a la

### SALARIO JUSTO

Carta pastoral del excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Valencia

PRECIO: 2,50 PESETAS

**EDICIONES ACCION CATOLICA**  
Cuesta de Santo Domingo, 5. MADRID

invención del argumento e incidencias, que, en realidad, no le sirven sino de pretexto para describir ambientes de unos personajes que, no cabe duda, están sacados de una realidad que el autor ha conocido de cerca, gracias a su profesión de periodista viajero.

Peligrosa. Personas formadas.

**Ferber (Edna): "La llanura infinita".** Traducción de Julio Fernández-Xañez. Editorial Exito. Barcelona, 1953. 330 páginas. 60 pesetas.

**1278** Esta llanura es el estado de Texas, dentro del territorio de Estados Unidos, y que resulta extraordinario por su extensión, ya que en él caben otros cinco estados de la Unión. Como es habitual en esta autora, se ha documentado no sólo en la historia, en la cual los españoles tuvieron tanta parte, sino en la situación de estos últimos veinticinco años. Describe con gran habilidad la vida de un rancho de cerca de dos millones de hectáreas, el orgullo del tejano por la grandiosidad de su país, la cría y selección de ganados y del algodón, la irrupción del petróleo, que crea fabulosos millonarios que tienen varios aviones a su servicio, etc. La trama, muy leve, está orientada a la presentación de tipos y a las luchas, o, mejor, preponderancia del anglosajón sobre el mejicano o latino. Obra interesante, más como reportaje que como novela, está muy bien escrita.

Indiferente. Personas cultas.

**Brown (Wenzell): "Kate, la mujer de Jamaica".** Barcelona. Editorial Ahr. 298 páginas. 60 pesetas.

**1279** Nos encontramos ante una nueva versión de ese tipo de mujer que aspira al triunfo por encima de todo, sin reparar en la calidad de las armas morales que emplea y que fué popularizado en la Escarlata de "Lo que el viento se llevó". Pero esta última novela, con todos sus no pequeños inconvenientes, se está convirtiendo en un modelo de pulcritud al lado de libros como el presente, donde la

protagonista apela al asesinato por dos veces, se entrega a quien le conviene y no aspira más que a satisfacer su ambición. La época del relato es a fines del XVIII y principios del XIX. Las escenas brutales a que daba origen la esclavitud están pintadas con realismo. Como el valor literario de la obra es muy pequeño, preferimos extremar la calificación.

Dañosa. No debe leerse.

**Gazotte (Jacques): "El diablo enamorado".** Traducción de Manuel P. del Río Cossa. Colección El Grifón. Madrid, 1953. 175 páginas. 20 pesetas.

**1280** Nueva colección, en cuyo número 2 comienza la serie de obras literarias. El autor, un escritor francés del siglo XVIII, de escasa importancia, escribió esta breve novela fantástica, en la que el demonio, en forma de mujer, se enamora de un caballero español, el cual sabe resistirle. Obra de escasa trascendencia, su interés es puramente históricoliterario.

Peligrosa. Personas cultas.

**Wodehouse (P. G.): "En las redes de Broadway".** Traducción, Luis Conde Vélez. Colección Autores Famosos (serie azul). Editorial Bruguera. 16 pesetas.

**1281** Un inglés que vive trabajando en Estados Unidos recibe una fuerte herencia y se mete a empresario de teatro. Esta es la base sobre la que el autor construye escenas hilarantes y entretenidas.

Indiferente. Jóvenes.

**Campos (Jorge): "El hombre y lo demás".** Colección Prosistas Contemporáneos. Editorial Castalia. Valencia, 1953. 262 páginas. 30 pesetas.

**1282** Se incluyen en este volumen 20 narraciones de muy distinta longitud, desde el cuento brevísimo a la novela corta, escritas en un estilo diáfano, claro y, en algunas ocasiones, de gran expresividad. Los personajes de todos los cuentos viven en ese mundo de los humoristas, en el que todo acaba en pequeñas catástrofes, aceptándose éstas con una leve sonrisa en los labios y se superan con una desviación sentimental. Uno de los trabajos se titula "El cuento de la lechera", y quizá sea la lechera el primero de los personajes de ese mundo creado por el humorismo sentimental.

Con salvedades. Personas de mundo.

### El mundo intelectual

(De la Colección Pío XII)

Es un verdadero regalo para espíritus cultivados

PRECIO: 15 PESETAS

**EDICIONES ACCION CATOLICA**  
Cuesta de Santo Domingo, 5. MADRID

# ANAQUEL DE LIBROS



Por ROSA MARIA TOPETE

Todavía subsistente la polvareda producida por la polémica literaria, que hace unos meses sostuvo la escritora doña Julia Maura, con su famoso crítico teatral e igualmente escritor, es aprovechada tal coyuntura para reimprimir con el título de **ESTOS SON MIS ARTICULOS** varios de éstos indirectamente relacionados con el debate.

No queremos entrar en la oportunidad de tal revisión, ciñéndonos a la única parte realmente inédita, o sea el ensayo titulado «Lógica y Necesidad del Plagio», actitud que intenta justificar la autora como posición lícita. Como es natural, tampoco nos parecen criticables los asertos que sienta a lo largo de su trabajo, ya que precisamente la creación literaria debe —y ello es su mayor gloria— precisar sus propias conclusiones con entera independencia, y si el criterio de Julia Maura se sitúa en una posición determinada, lo estimamos tan defendible como el opuesto, y aún más, precisamente, para quien afirma que sólo escribe «por divertirse». Ello no obsta para que estimemos «un poco fuerte» eso de que los Padres de la Iglesia plagiaran a Aristóteles, acusación demasiado amplia y ligera.

Tanto el ensayo como los mencionados artículos están hechos con esa prosa flúida y de calidad a que nos tiene habituados la autora, reveladores de un auténtico temperamento artístico e inquieto en la mejor acepción de superación constante y propio estímulo que tiene esta última palabra. A Julia Maura no le ha impresionado la «pirámide» familiar, y ello hemos salido ganando sus habituales lectores y admiradores.

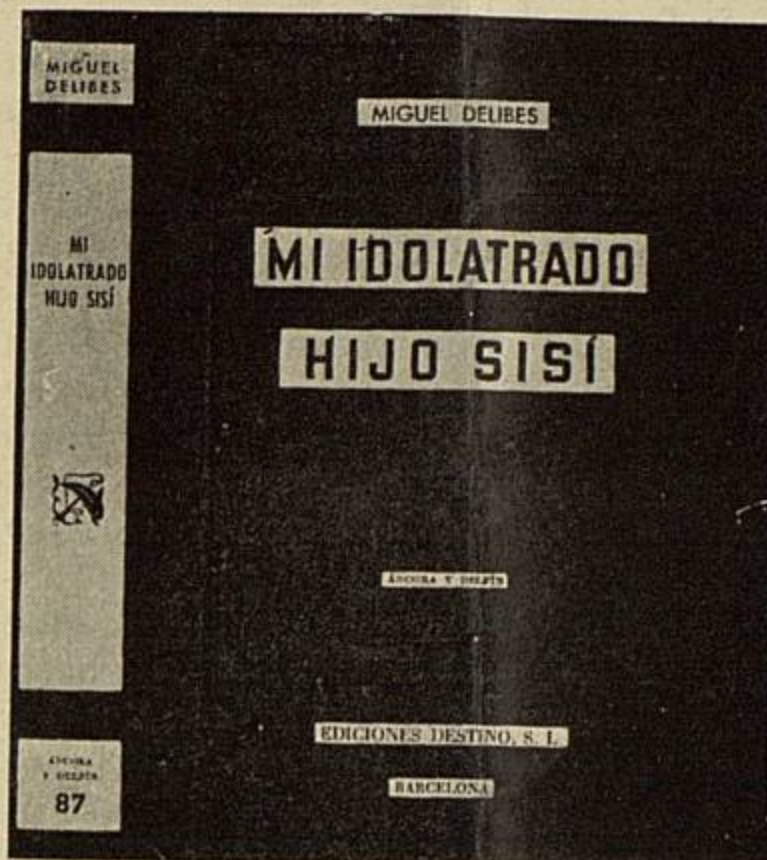
«LA HORA DE AQUEL CORAZÓN», de Sir Duff Cooper, es una novela desarrollada en un ambiente inglés clásico, admirablemente descrito. El protagonista, oficial inglés, ve malograda una a una todas sus ilusiones, y cómo la vida que él soñara excepcional, gloriosa y risueña, va desenvolviéndose en una monótona y abrumadora vulgaridad. En el frente de batalla encuentra una muerte igualmente anodina, sin la compensación posterior de su sacrificio, puesto que sus jefes militares, mediante una benévola información, convierten este acto de servicio en un hecho heroico y valeroso.

Una original intriga amorosa, muy bien llevada, enlaza todo el relato que rebosa ingenio, humorismo y una extraordinaria habilidad que se sale de la consabida novela de guerra.

La traducción, muy correcta, hace doblemente grata la lectura de este libro, al que Compton Mackenzie no ha dudado en calificar de «obra maestra».

Miguel Delibes, cada vez mejor escritor, nos traza en su magnífica novela «MI IDOLATRADO HIJO SISI», la vida de una familia burguesa de comerciantes, de los años 1917 a 1936. Con verdadera maestría analiza el carácter de un matrimonio egoísta, rico y feliz a su modo que, inesperadamente, cuando ya ni pen-

saba en ello, recibe el don del hijo con todas las precocidades y defectos de niño único, rico y mal educado. Sisi se convierte en el eje de la vida de sus padres y no surge problema de importancia hasta el advenimiento de la guerra civil, en que el muchacho muere emboscado, sin pena ni gloria, a consecuencia



de un bombardeo aéreo. El padre, horrorizado ante el drama, se suicida.

Obra un tanto fuerte y pesimista en que hasta la figura de la madre aparece revestida de trazos frívolos y egoístas. Muy bien escrita y desarrollada, mantiene tenso el interés en el decurso de todas sus páginas.

Aunque con cierto retraso, antes de que aparezca el «Premio Planeta» recientemente otorgado al relato de Santiago Loren, «LA CASA CON GOTERAS», queremos referirnos al



concedido el pasado año a la novela de Juan José Mira, «EN LA NOCHE NO HAY CAMINOS».

Desarrollada en el ambiente agitado y convulso de la guerra civil en pocos libros conviene tan perfectamente su título a la acción y al personaje, perdido siempre en la noche de sus dudas y vacilaciones, incapaz de hallar el camino claro y recto.

Justifica esta obra su galardón por la exactitud con que aparecen definidos y dibujados los caracteres de los personajes, así como por la vivacidad y amenidad del relato, escrito en prosa correcta y agradable.

Pulcramente traducida y presenta-

da acaba de publicarse el estudio de Marcel Brión dedicado a la hija de Alfonso VIII, «DOÑA BLANCA DE CASTILLA», española por nacimiento y educación, aunque su matrimonio a los once años con el Delfín de Francia la convirtiera en una francesa, modelo de las más recias virtudes y dotada de talento poco común.

Con energía y carácter supo defender durante su regencia el trono de Luis IX e impuso en la Corte una moralidad y severidad de costumbres hasta entonces desconocidas. Sólo falló su ecuanimidad ante su nuera Margarita de Provenza, que a su juicio dominaba al nuevo Rey y con la que sostuvo una lucha injusta y cruel.

Obra excelente que interesa al lector y esclarece muchos puntos sobre aquella época agitada. En algún pasaje se ensombrecen un tanto las cualidades de Doña Blanca con la consabida «severidad castellana»; no obstante, su figura descuella en todo momento como esposa y soberana ejemplar, madre de un gran monarca: San Luis, Rey de Francia.

En los cuadernos «Temas Españoles», el ilustre autor José Sanz y Díaz, ha publicado dos interesantes estudios:

El primero, dedicado a FRAY JUNIPERO SERRA, relata la vida del insigne misionero mallorquín en California, cuya odisea heroica cristalizó en la fundación de núcleos urbanos que hoy constituyen las grandes ciudades de San Francisco, Los Angeles y tantas otras, orgullo de los Estados Unidos.

La fundación de estas misiones no fué empresa fácil; los incendios, saqueos y martirios, jalonaron la ruta de Fray Junípero, que con su persuasiva caridad iba atrayéndose la voluntad y simpatía de los naturales del país, que lloraron su muerte como la de un padre.

El segundo folleto va dedicado a los ESCRITORES ASESINADOS POR LOS ROJOS durante el período 1936-39. Trágico desfile de figuras relevantes de las letras, de la política y de la ciencia, víctimas de nuestra última guerra civil, Maeztu, Pradera, Calvo Sotelo, Primo de Rivera, con tantos otros nombres no menos ilustres. De todos ellos se consigna una breve reseña biográfica, completada con una lista de los escritores de todas las provincias españolas, que perecieron igualmente bajo la saña marxista. El número resulta impresionante, pero consoladora la idea de que ninguno, entre tantos, renegó de su fe ni de sus ideales, antes al contrario, muchos, antes de caer, rectificaron sus ideas equivocadas.

Si el primero de los cuadernos contribuirá a divulgar la labor de unos misioneros que supieron llevar a un Nuevo Mundo el nombre de Dios y de España, el segundo avivará oportunamente la memoria de muchos olvidadizos con el recuerdo de tanto mártir ilustre, sacrificado por una una Causa vital para su Patria.





## Mi idolatrado hijo Sisi

Miguel Delibes ha llevado a cabo, con esta novela, una verdadera obra maestra. No apuro el calificativo. Conozco las novelas hasta ahora aparecidas de Miguel Delibes y puedo asegurar a mis lectores que esta que ahora comento es la más lograda, la más atrevida y la que presenta unas faetas más interesantes. Porque Miguel Delibes, en «Mi idolatrado hijo Sisi», ha llegado a un alto grado de capacidad expresiva que vale la pena destacar. Sus restantes novelas — «La sombra del ciprés es alargada» (Premio Nadal) y «El Camino» — se acreditan de excelente narrador y formidable buceador del alma humana. «Mi idolatrado hijo Sisi» une a estas condiciones apuntadas, la de expresar con un realismo que sorprende y que, sin embargo, no molesta, las raíces de un hondo problema moral que afecta, por desgracia, a muchos.

Esta novela es, por lo tanto, un documento humano de inestimable valor. Aparte sus cualidades de tipo meramente literario, esta novela —magnífica novela— de Miguel Delibes tiene el valor del problema que presenta. Problema que —hay que reconocerlo— preocupa profundamente a todos los sectores concientes de la sociedad: el de engendrar un hijo y el de educarlo. La pluma de este joven novelista ha trazado un bello cuadro donde puede mirarse mucha gente. Miguel Delibes ha demostrado tener un gran conocimiento del tema tratado y lo ha abordado de la única manera que podía hacerse: claramente, sin subterfugios ni paliativos. De ahí que todo el libro —lleno de hallazgos felices y afortunados— llegue muy adentro en el ánimo del lector y lo mueva a pensamientos hondos y profundos.

La novela, literariamente hablando, resulta, a su vez, una pequeña joya. El novelista, da muestras de poseer a fondo su oficio. De estilo claro, conciso, todo el libro se lee con deleite y sin cansancio. Los episodios se suceden atraídos fuertemente unos de otros y por sobre todos ellos flota el ambiente de la novela que aprisiona tan bello conjunto. La penetración psicológica del autor ayuda también grandemente al éxito de este libro.

«Mi idolatrado hijo Sisi» —una de las últimas obras publicadas por Ediciones Destino— merece ser saludada calurosamente. A la belleza de un estilo directo, claro, transparente, une el encanto de una cuidada observación psicológica que hacen posible la realización que el novelista valientemente plantea. Un problema que pedía a gritos su enfoque y que tanta falta hacía al lector de ahora. Miguel Delibes ha conseguido un rotundo éxito y colocarse entre los mejores cultivadores del género novelesco en España. Dos triunfos bien merecidos y con justicia ganados. G. S.





No cabe duda de que Miguel Delibes es un narrador de fuerte personalidad, de aguda penetración, que sabe reflejar, con estilo rápido y preciso, caracteres, situaciones y ambientes. «Mi idolatrado hijo Sisí» lo confirma otra vez más. En esta novela Miguel Delibes nos presenta la desdichada vida de un egoísta, Cecilio, hombre que todo lo supedita a sus intereses materiales. «Cecilio Rubes —nos dice el novelista— tan sólo se afectaba por aquellos hechos que, en cierto modo, atentasen contra su perfumado baño matinal, su amable tranquilidad interior y su digestión.» Cecilio Rubes responde a la típica manera de ser del egoísta y del cobarde. No tiene amigos, no amó nunca a su esposa, y tan sólo se acuerda de Dios en los momentos más extraordinarios de su vida vulgar: cuando muere su padre, cuando nace su hijo, cuando muere su madre y cuando contempla a su hijo entre cuatro cirios amarillos. En los demás momentos piensa Cecilio que tiene de todo en la vida y que no existe razón alguna «para ir a a molestar a Dios con peticiones superfluas». Cecilio —magníficamente retratado a lo largo de la novela— es un acierto indiscutible de Delibes, que ha puesto toda su atención en que no le falle ni un solo momento el carácter del personaje central. Por tal razón, todos los seres que rodean a Cecilio ocupan un segundo plano. Delibes se sirve de ellos para que resalte aquél; pero los deja perfectamente trazados, así la madre de Cecilio, arrogante y egoísta; Adela, la esposa oportunista, que no quiere al marido; los Sendín, matrimonio vulgar y apocado, pero capaz de la heroicidad; Sisí, el hijo hundido en un mundo abyecto por la falta de moralidad y la sobra de despreocupación de su padre, que llega a decir: «He tenido un hijo, uno solo para que sea feliz.» No le preocupa a Cecilio que esa felicidad no sea más que la del momento. ¿Qué importa que Sisí se divierta en ambientes inmorales? ¿Qué importa que deje sus estudios? ¿Qué importa cualquier cosa si en el presente se es feliz? Así piensa Cecilio, quien luego se encontrará que todo eso ha de llevarle a un arrebató de locura y a la muerte, a una muerte terrible, indigna, la que merece su egoísmo cobarde, porque, como dijo Kierkegaard, la cobardía de los hombres no puede soportar lo que ha de decirles crudamente la locura y la muerte. Y la locura y la muerte son las que dicen al burgués fabricante de bañeras el tremendo absurdo de su vida.

Es evidente que nos hallamos ante una novela de contenido católico, contada reciamente, sin puritanismos. «Mi idolatrado hijo Sisí», sin necesi-

dad de sermones, nunca aconsejables a un buen novelista, transmite una buena lección moral. Cecilio es el vivo ejemplo de lo que no se debe hacer si uno quiere hallar la verdadera felicidad en la tierra y no encenagar y perder a los hijos entre la propia corrupción. Delibes censura, ya dije que sin sermones, la baja moralidad de Cecilio Rubes, que sólo vivió siempre



Miguel Delibes (Dib. de Escassi.)

para satisfacer su egoísmo, hasta tuvo el hijo por necesidades egoístas. Ni él ni su mujer le deseaban con el alma, llegando ambos a ponerse de acuerdo para no tener más después de Sisí, con ello evitarían molestias. Luego, muerto el muchacho en la guerra, ya no pueden tenerlos, en contra de su deseo. Ahora es la naturaleza quien se lo prohíbe. «¡Esos hijos, Cecilio, esos que dejamos por nacer!», exclama Adela, pensando que el cielo ha decretado contra ellos el dolor de la muerte de Sisí.

Se desarrolla esta interesante novela del egoísmo humano desde el año 1917 al 1938. Para situar al lector en el ambiente de cada época, ha recurrido Miguel Delibes a un acertado recurso: la lectura de un periódico provinciano que va reflejando los acontecimientos capitales junto a las nimiedades del momento.

Quizá abusa Delibes del «dijo» a lo largo de los diálogos, aunque está bien patente que la mayor parte de las veces lo usa adrede.

RAFAEL MORALES

Miguel Delibes

«UN NARRADOR REALISTA»



«Mi idolatrado hijo Sisí»



(Editorial Destino - Barcelona)



FREDES 54

Un día del otoño pasado, recibimos un paquete con matasellos de Valladolid; lo abrimos y encontramos una nueva novela de Miguel Delibes, una novela que hacia tiempo esperábamos, aunque acaso sucediera que la espera se nos había antojado bastante más larga que el tiempo transcurrido desde que terminamos de leer aquella otra excepcional novela suya titulada "El camino". El escritor debe mantener constantemente la atención de sus lectores; ésta es una sencilla condición, que estimamos sobremanera referida a un narrador.

Una novela es necesario que domine la imaginación del lector. El novelista ha de conseguir que sus lectores se conviertan en los más apasionados turistas de su mundo, de ese archipiélago que, poco a poco, les va descubriendo. Sin embargo, esto no depende en ningún caso de la voluntad del escritor; es algo misterioso, que cruzará su obra como un fantasma, si es que está en su talento. Es un instinto, que nosotros llamaremos instinto de preocupación, instinto que nos permite preocupar al prójimo, interesarle en nuestros problemas, en nuestros actos, en nuestro pensamiento, en nuestra vida; dominar su imaginación con la nuestra, que se duela en nuestra propia existencia, que nosotros recreamos. Naturalmente, también es cierto que a cada autor corresponde siempre una clase más o menos determinada de lector, aquella que exige su espíritu; es la proximidad espiritual, esa fuerza congregadora o disgregadora de hombres, sobre la que se asientan o, mejor, dimanan—que el agua es la misma y varios los surtidores—la amistad y la enemistad, el amor y el odio, el conocimiento y la ignorancia, lazo éste más fuerte a veces que el mismo de la sangre. El instinto de preocupación y la situación espiritual son dos condiciones que sirven para caracterizar a un novelista, concretamente mejor a un narrador que a un escritor en general.

Miguel Delibes entendemos que es un narrador realista; se preocupa de darnos la realidad humana, enfrentada con las realidades del mundo. Ahora bien, estas realidades con las que enfrenta a sus personajes, a sus criaturas, son las que integran el mundo cotidiano: el hogar, la calle, la sociedad reducida de una capital de provincia, de una aldea. En esta sociedad se reflejan, claro es, las circunstancias históricas del momento; la sociedad es el mundo, una parte mínima de lo que es el mundo, todo el posible mundo que conocen sus hombres. Lo importante de los personajes de su creación es que existen; el escritor hace palpitar sus psicologías. Los sentimos más vivos que a muchos conocidos nuestros. Y es aquí donde se esconde su agudo instinto de preocupación. La imaginación de Miguel Delibes domina con asombrosa facilidad la imaginación del lector; éste se convierte así en apasionado turista del archipiélago creciente de su obra.

El narrador vallisoletano marcha con paso firmísimo por el camino de la novela psicológica, que de moderno se ha convertido en tradicional. Sin embargo, conviene aún mucho a la novela española trillar este camino. Nunca sobra, tampoco, nada que esté bien; ni aquí, en España, ni en otra parte cualquiera. Por tanto, es lógico que, habiendo elegido este camino, el tradicional, no hallemos intelectuales entre sus criaturas; los personajes de Delibes son comerciantes, pequeños burgueses, tipos corrientes que viven para vivir, sólo para eso. Y ésta es su tragedia, el drama inconsciente que les proporciona su ignorancia, que radica en su vulgaridad. Metidos en el traje de civilización que les hicieron en las sastrerías o colegios donde les educaron, donde les obligaron a aprender todas las reglas de urbanidad, estos individuos se mueven en la vida a merced de los instintos más sencillos. ¡Con qué estremecedora vida retrata Delibes a estos seres muertos! Tal es su acierto, la ejemplaridad dramática que encontramos en esta última novela suya. Cecilio Ruber y Nicolás Alejandro Ruber, dos arquetipos de nuestra sociedad, dos tipos humanos vistos de arriba abajo.

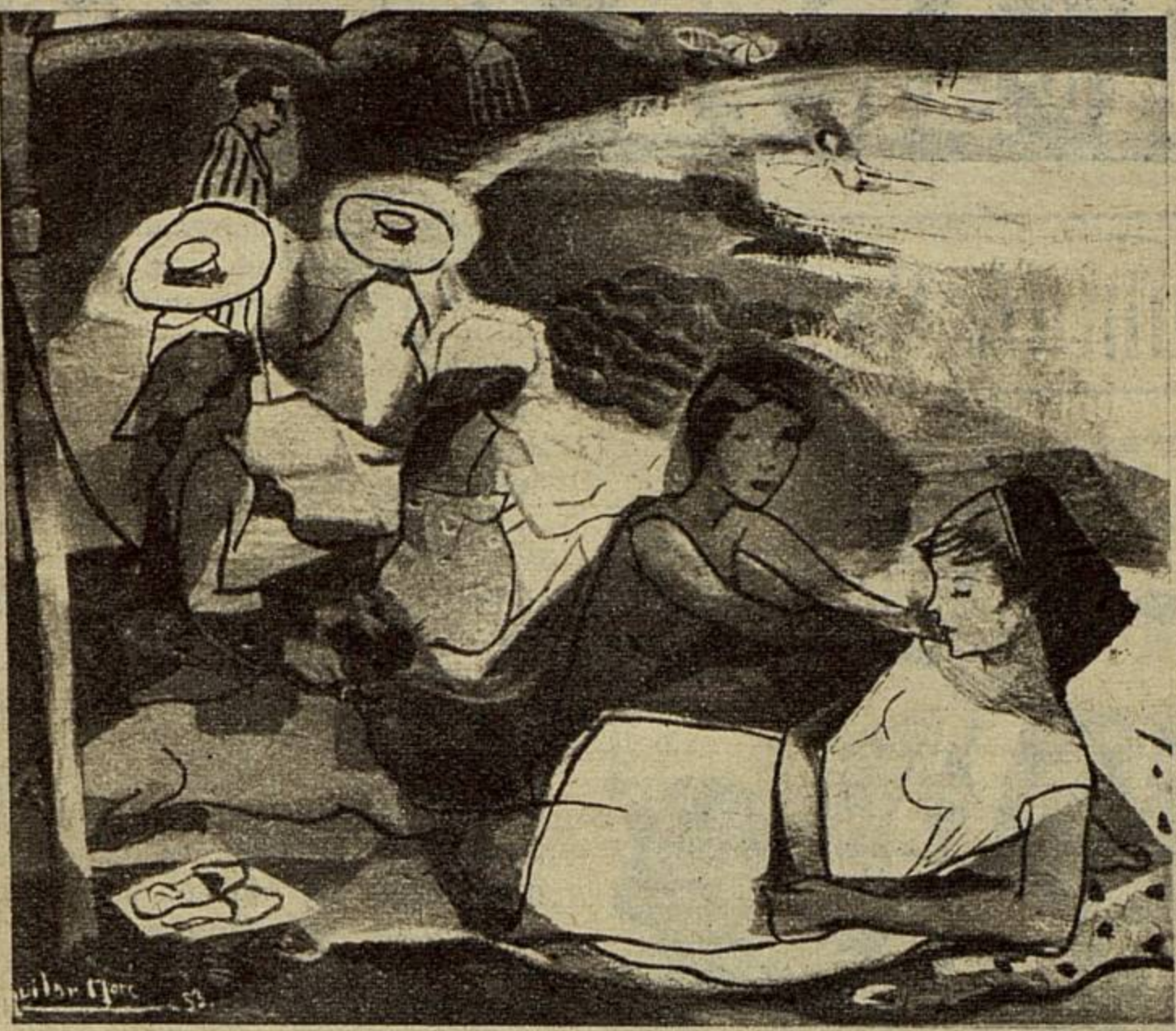
La literatura de Miguel Delibes resulta envidiable por su sencillez, por su claridad, por lo fácil que parece al lector. Hemos de reparar en su castellano, rico y austero, sin caer jamás, como es lógico, en la cursilería y la estulticia de una prosa preciosista, hueca y de oropel, exclusiva de los prosistas reposteros.

El es uno de los mejores colonizadores de nuestra novela, acaso en el que más confiamos nosotros. Colonizadores fueron también Galdós y Baroja, que descubridores de nuevas rutas no han surgido de los novelistas españoles; conviene recordarlo. Y también conviene afirmar que nuestra novela necesita todavía mucho de buenos colonizadores y que lo bueno nunca sobra a nadie, ya lo hemos dicho antes. Excelente tarea la realizada por Delibes en "El camino" y en "Mi idolatrado hijo Sisí".

FERNANDO-GUILLERMO DE CASTRO

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

# PANORAMA de ARTE y LETRAS...



## \* SUGERENCIAS

### Las Pinturas de R. Aguilar - Moré

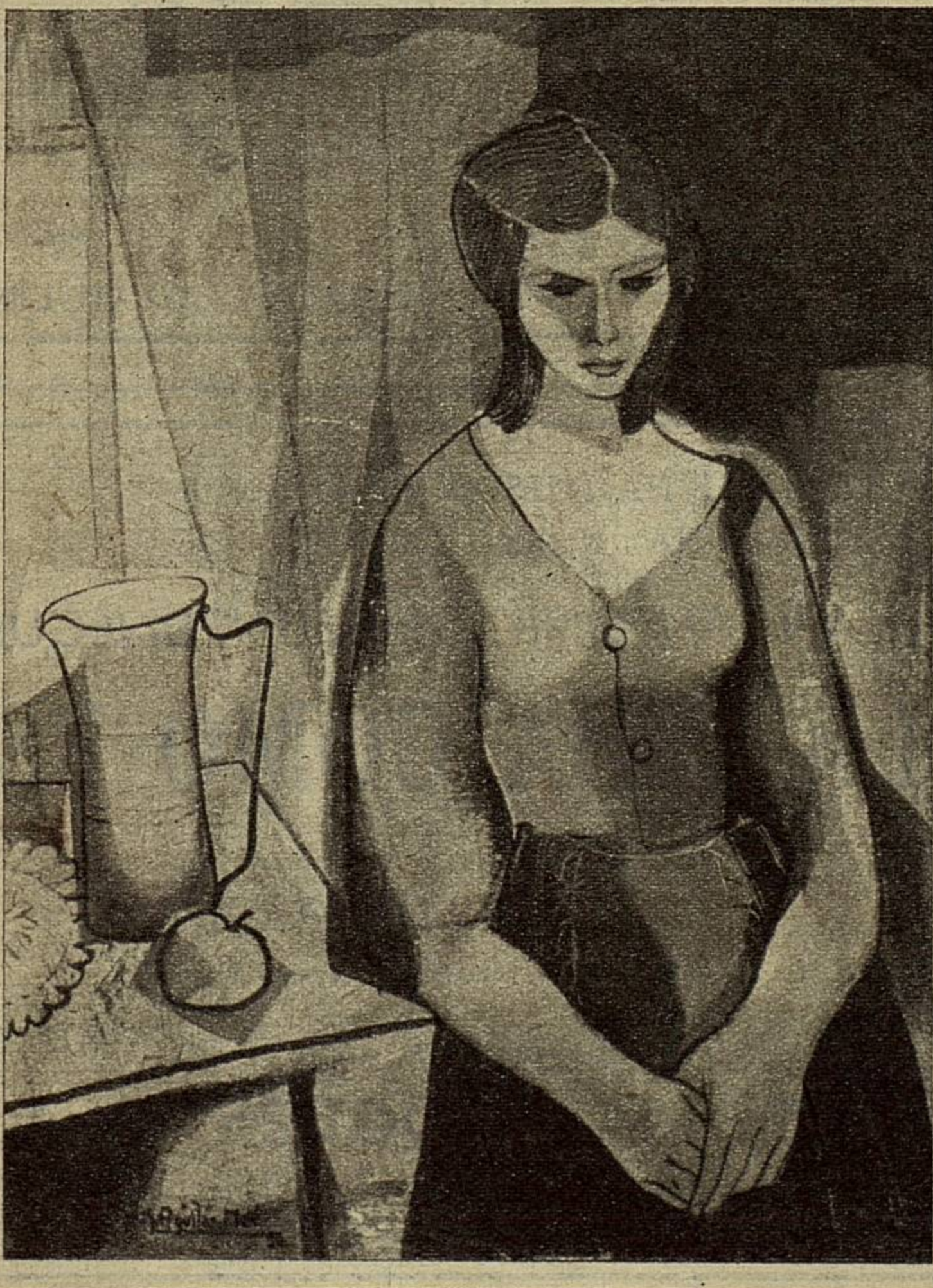
ESBELTOS, finos y elegantes fanales de piedra tallada son las góticas catedrales; turgentes, corpulentos y primorosos se yerguen sobre la ciudad, arrebañada a sus costados, a sus pies, murmurando cada día su trepidante oración. Magníficos fanales opados al aire, luciendo su grácil arquitectura.

La luz cambiante del día se filtra a través de sus vidrios policromados, ora bañados por el áureo sol, ora por la argente luna, otrora con la sangre del crepúsculo y casi siempre por el celeste opal, contribuyendo así a iluminar el templo con haces de luz irreal, mágica, que se posa sobre las viejas piedras y antiguas imágenes. Contemplar desde el interior basilico el conjunto de ventanas cubiertas por vidrios de color: azules, amarillos, rojos, verdes..., recortados como pinceladas abstractas, ajustados como manchas de noche nupial, de jugo de granados, de líquidos dorados, de mil reflejos que esmaltan lozas y retablos. Así son las vidrieras de estos fanales mágicos, retablos de cristal que la luz furtiva pinta de nuevo cada día; así son estos cuadros bíblicos transparentes expuestas en los ventanales de estas amplias y solemnes vitrinas de piedra labrada, y así son, por fin, los cuadros que Aguilar Moré pinta sobre sus albos lienzos. Para Aguilar Moré la atmósfera, el aire circundante es la bóveda de la catedral de sus sueños; el paisaje y las figuras, el tema de sus ventanas policromadas; esos rayos de luz al chocar con los cristales, sus pinceladas.

Las pinturas de Aguilar Moré son como vidrieras de colores. Vistas a través del cristal de su imaginación, nos traslada a visiones alejadas de aquellos otros temas. Visiones nuevas, tamizadas por el tiempo, modernizándose por ley natural, cercando como el poeta contemporáneo la sugerencia lírica que motiva el clima plástico.

Así nuestro pintor es un nuevo artífice que espera el paso de la luz prodigiosa para condensarla como una frase sobre el ventanal de sus cuadros.

B. XIFRÉ-MORROS



## UN NOVELISTA EN LA CASA

EL lunes, 14 de diciembre último, me crucé en el aeropuerto madrileño de Barajas con el poeta don José María de Sagarra; él llegaba a Madrid, yo marchaba hacia Barcelona.

—¿Ya sabe usted quién ha ganado el premio «Joanot Martorell»?

—No.  
—José María Espinás.  
La noticia fué para mí una sorpresa. Y en la misma Redacción de esta revista, de la que José María Espinás es parte integrante, su consagración oficial como novelista resultó algo inesperado: Nadie sabía que concurriría al premio, con nadie había compartido sus temores o esperanzas, nadie conocía el secreto.

«Com ganivets o flames» ha conquistado el quinto premio «Joanot Martorell». El nombre de José María Espinás se une a la lista encabezada por Celia Sunyol, y que sigue con María Aurelia Capmany, José Pla y Xavier Benguerel. En el panorama, no precisamente opulento, de la novelística catalana, aparece un nuevo nombre, lo que ya es de por sí una buena noticia; y conociendo a José María Espinás, doblemente buena, porque se puede confiar, sin temor a equivocarse, de que no se trata otra vez de la fenomenológica aparición de una novela autobiográfica, sino del inicio de una dedicación regular a un género literario.

—¿Qué ocurre —hemos preguntado a su autor— en «Com ganivets o flames»?

—He aquí una pregunta que no puedo, o en todo caso, no quiero contestar. Si puede servirte de orientación, te diré que el libro está encabezado con esta frase de Mallarmé: «Todo existe en el mundo, para acabar convirtiéndose en un libro».

—¿Casi una patente de antifraudulencia?

—Efectivamente, casi. Pero no creas que se trata de nada deliberado. Mi novela no es trascendental, seguramente porque yo tampoco lo soy. Se trata de un relato realista, de eso que en las comedias se denomina «época actual», con más o menos dotes de observación y con un amoroso cuidado del detalle.

—¿Tu primera novela?

—Ni muchísimo menos. Y como comprobante, no olvides que en el mismo premio «Joanot Martorell», otra novela mía, «Doce bomerangs», obtuvo dos votos.

—Concurrías también al premio «Ossa Menor»...

—Sí. «L'esperançat dissabte» es el título de mi libro de poesía que aspiró al premio.

—Volvamos a la novela. Dame



José María Espinás

detalles materiales, siempre interesantes; en cuánto tiempo la escribiste, si los tipos son reales o imaginados, si el plan primitivo...

—Como detalle material tal vez te sirva el saber que no fui yo quien la copió a máquina y que no tuve tiempo ni de revisarla. En aquellas fechas acababa de casarme, y eso es mucho más importante que todas las novelas. Esa falta de revisión hizo que en el original que mandé al «Martorell» figuren algunos errores de bulto, pero vete a saber si esos errores no me habrán ayudado a obtener el premio...

—Perdóname, pero se trata de una entrevista con un joven novelista y no queda más remedio que formularte alguna de las preguntas tradicionales.

## UNA INFORMACION ACTUAL SOBRE LA HISTORIA ESPAÑOLA

por JUAN REGLÁ

HAN aparecido ya tres números de esta publicación trimestral, que ofrece la reseña sistemática de libros y artículos de revista referentes a la historia de España. Tres números y en febril preparación el cuarto, constituyen suficientes garantías de continuidad en esta obra de excepcional valor informativo, y al mismo tiempo autorizan a que uno de sus redactores comparezca ante la palestra pública y explique las características y los propósitos del «Índice histórico español».

Cada trimestre aparecen por término medio alrededor de quinientos trabajos dedicados a diversos aspectos de la historia de España. El especialista y el estudioso se ahogan en esas oleadas de papel impreso y necesitan desplegar esfuerzos titánicos para «estar al día». Ello fué el móvil fundamental que condicionó la puesta en marcha de la publicación que comentamos: el facilitar una información bibliográfica exhaustiva acerca de las actividades motivadas por el estudio del pasado español, tanto en el interior del país como en el extranjero. Continuando la senda abierta por ilustres investigadores, entre los cuales cabe destacar los nombres de don Benito Sánchez Ajonso y del padre José Vives, los redactores del «Índice» pretenden dar la máxima actualidad a la información bibliográfica y ofrecer a cuantos se interesan por los estudios históricos la recopilación sistemática de los trabajos aparecidos en el trimestre correspondiente.

Para lanzarse a una empresa de tal envergadura era preciso el entusiasmo desinteresado de un equipo de trabajo. La magnitud de la obra rebasa ampliamente las posibilidades del esfuerzo individual y era imprescindible la aglutinación de actividades al servicio del objetivo propuesto. A medida que lle-

gan a la Redacción del «Índice» los libros y revistas—y en su defecto la noticia de su aparición— se van repartiendo las reseñas entre los colaboradores, atendiendo a sus respectivas especialidades o preferencias. Con la ficha se les indica el lugar donde pueden consultar el libro o revista en cuestión. Una vez recogidos los trabajos se procede a su revisión y pertinente clasificación. Todas las reseñas van firmadas por sus autores, quienes además dan a cada trabajo una valoración, expresiva de su importancia en la temática correspondiente. No se trata, desde luego, de «calificar» a los autores, sino de estimar la aportación de la obra en la bibliografía del tema. Ello realza el valor informativo del «Índice» al destacar mediante signos convencionales el interés de cada uno de los trabajos.

El «Índice histórico español» representa uno de los aspectos de la actividad científica desarrollada por el grupo que trabaja en el Seminario de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona, y aparece, como ya se ha dicho, a fuerza de entusiasmo y desinterés, sin subvención oficial alguna. Los libros enviados por sus autores o editores—unos seiscientos hasta la fecha—han pasado a engrosar los fondos del Seminario de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona.

La publicación que comentamos tiene un propósito claro y diáfano: servir a la historia de España, y, por lo tanto, a la cultura nacional con el ímpetu de que es capaz la vocación de sus redactores. El mayor estímulo que éstos podrían recibir sería la estrecha colaboración en las tareas del «Índice» de todos los historiadores españoles, puesto que sobre todos, sin exclusionismos ni excepciones, pesa la imperiosa responsabilidad de contribuir al mejor conocimiento de la historia de España.

—Anota. Creo que el poeta nace y que el novelista se nace. Que si no se trata de un genio —y opino que los genios más bien escasean— tener cincuenta años es para escribir novelas, mucho mejor que veintiséis. Que pienso escribir muchísimas novelas y tengo la convicción de que la número veinte será mejor que la precedente. Que sí, que Balzac me gusta muchísimo, y puedes añadir también a Proust, que eso siempre queda bien y es lo que parece obligatorio que declaren los jóvenes novelistas.

—Vamos con la novelística del país.

—No es ningún secreto que la literatura catalana presenta un panorama novelístico más bien modesto. En el próximo número de «Insula», si no me equivoco, aparecerá un artículo mío, comentando la obra importantísima de Carlos Soldevila y de Sebastián Juan Arbó, que es en cierto modo una ojeada a la novelística actual.

—Novelistas castellanos.

—Me interesa hacer constar mi gran admiración, casi mi envidia, por la obra de Miguel Delibes. En sus libros, que he leído detenidamente, me parece observar una progresión clarísima y admitiría apuestas sobre su porvenir novelístico. Dentro de treinta años, Delibes será lo que hoy es Baroja, y no comparo estilo ni significación, sino la primacía dentro de la literatura española. Su último libro, «Mi idolatrado hijo Sisí», me ha parecido extraordinario y, contra algunas opiniones que he leído, de una rotunda y patente eficacia moralizadora. Sin que ello quiera decir que crea que novelista y moralista deban andar hermanados, ni muchísimo menos.

—El premio habrá sido para ti un estímulo.

—Sobre todo una gran alegría. Y también un estímulo, claro, pero quiero decirte que soy lo suficientemente voluntarioso para seguir escribiendo novelas sin necesidad de recompensas. Creí, en serio, obtener algunos votos; tal vez, con mucha suerte, llegar a finalista. Conquistar el premio ni lo soñaba y en cierta manera eso me pone en un aprieto, pues a un novelista premiado se le exigirá mucho, supongo.

—Ahora, para redondear este diálogo, faltan solamente los datos biográficos.

—José María Espinás Masip, casado, mayor de edad, abogado...

—Es suficiente.

—Tal vez merezca ser señalado que Jorge Sarsanedes, Miguel Martí Pol y yo, premios «Víctor Catalá», «Ossa Menor» y «Joanot Martorell», de este año, somos de la misma promoción: veintiocho, veinticuatro y veintiséis años, respectivamente.

—¿La juventud —cosa envidiable— te parece importante?

—No digo eso; subrayo que la juventud se hace notar. Lo constato para decirlo en un galicismo que me parece apropiado.

—¿Ha leído alguien —aparte del Jurado, naturalmente— tu novela?

—Mi esposa, que es mi crítico privado y de una exigencia como no puedes imaginarte.

—¿La próxima novela está empezada?

—Está empezando, pero ya tiene título: «El gaudul».

Ante este título y el temor de proporcionar a José María Espinás material para el mismo, damos la entrevista por terminada. Ya desde ahora, al pasar ante su mesa en DESTINO, lo haremos con cierto recelo: un novelista joven y sin propósitos trascendentes, encuentra sus modelos en cualquier parte. Y cuando nos mire con su expresión, entre irónica y asustada, nos sentiremos siempre un poco cohibidos.

MARTI FARRERAS

## ¡SEA MEJOR!

Será mejor en sus estudios o trabajo si recibe nuestra ayuda por correo. Pida hoy mismo informe 3, gratis, a BELPOST. - LAURIA, 98. BARCELONA

YVES MALARTIC  
TENSING del EVEREST  
Aymá, Editores

LAL

UNA GRAN NOVELA

# “Mi idolatrado hijo Sisi”, de Miguel Delibes

Por Francisco CASANOVA

**H**ACIA mucho tiempo—y soy un constante devorador de libros—que no leía una novela española de tan acusado interés como la última aparecida de Miguel Delibes, editada, como las anteriores de este autor, por “Destino”. Posiblemente uno de los mayores encantos que pueden brindársele al amante de la lectura, aquel que se entrega con verdadera fruición a la tarea de consumir páginas y páginas de obras imaginativas, es el hallazgo, la excepción e incluso el descubrimiento. Algo de esto es lo que me ha sucedido con “Mi idolatrado hijo Sisi”. Después de haber leído sus 300 y pico páginas de un tirón, absorbido el interés por su contenido, he llegado a la conclusión de que si Delibes es el novelista más intrínsecamente completo de la joven generación de escritores españoles, ésta es su mejor obra, y, en consecuencia, una de las más importantes entre las aparecidas en los últimos veinte años.

Escribí en otra ocasión a propósito de este autor que si su primera novela “La sombra del ciprés es alargada”, significaba un buen comienzo de novelista de nervio; en la segunda, “Aún es de día”, había alcanzado ese estado de equilibrio necesario para la tarea de creación literaria (precisamente el género más transcendental, como es la novela), consolidándose definitivamente en “El camino”. Ahora, con este nuevo volumen, Miguel Delibes viene a corroborar su cualidad de novelista nato, ofreciéndonos un pequeño mundo lleno de humanidad y poesía profundamente conmovedor.

El máximo acierto de esta novela es, evidentemente, el perfecto engranaje de los elementos que la integran. Delibes ha ido dando los personajes en un acertado dibujo—esos dibujos de trazo rotundo, pero vagorosamente insuflados de poesía—y en torno a ellos, la atmósfera precisa, el ambiente idóneo en el que han de hacer latir su densa humanidad llevando al lector de manera directa ese mensaje—más o menos aprehensible—que subsiste en toda obra de creación. La novela empieza y acaba, se encierra en sí misma, y su mundo escapa, sin embargo, a todo intento de encasillamiento. Grandeza y servidumbre del novelista: los personajes echan a andar, viven intensamente, movidos por esos extraños resortes que los definen como entes perfectamente constituidos porque alcanzan una categoría superior. El lector entra en contacto con ellos, incluso entabla un diálogo no menos extraño que su portentosa humanidad y se siente consolidado con las pasiones que experimentan: el amor,

la dicha, el dolor y la muerte, eterna madeja devanada por una Penélope incansable en una melodía eterna.

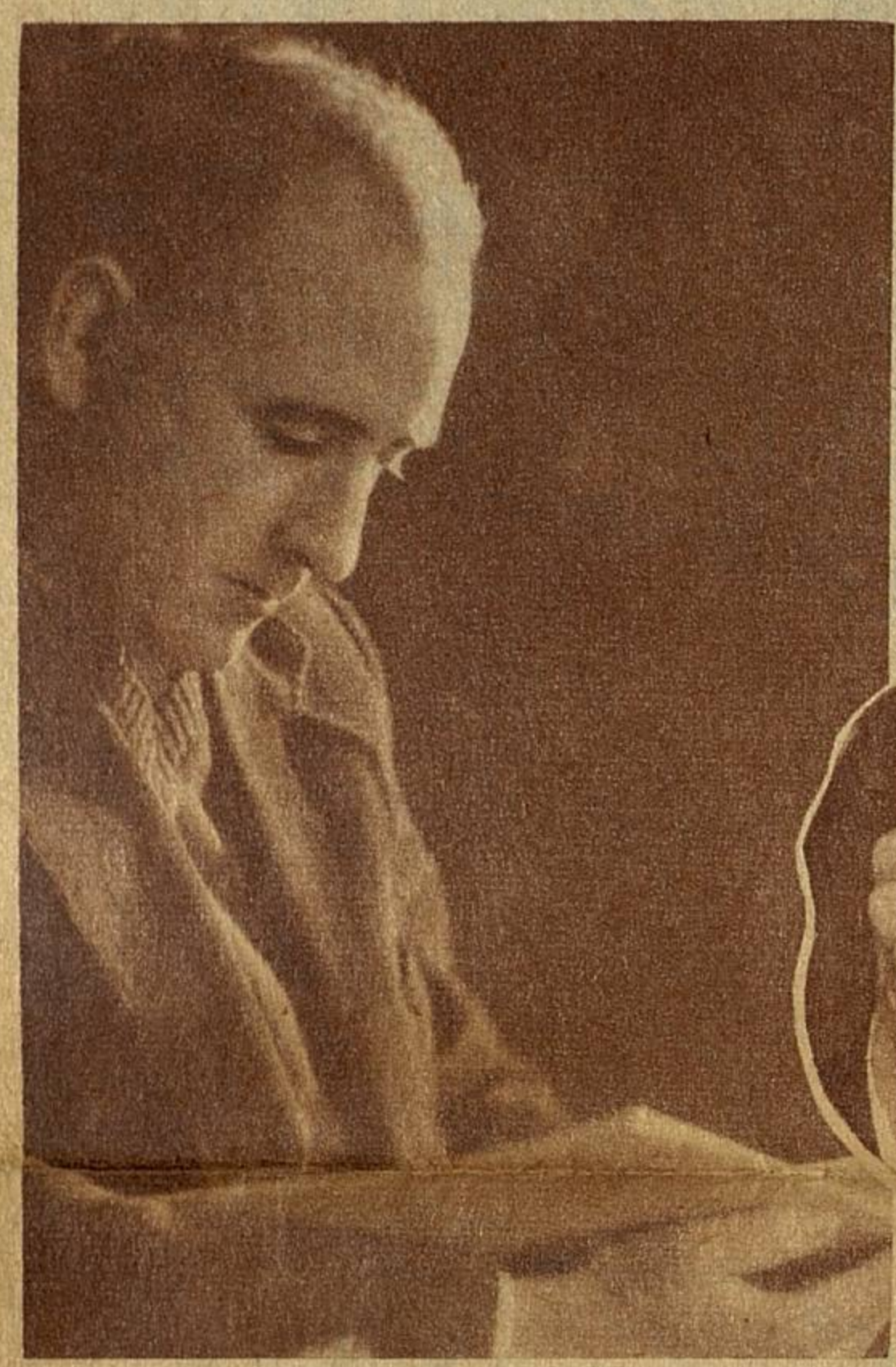
Una tarde del día de Nochebuena, allá por el año 1917, el lector entabla conocimiento con Cecilio Rubes. En adelante le acompañará en su vida cotidiana. Irá con él a su hogar, entablará conocimiento con Adela, la esposa; con los Sendín, el matrimonio vecino y amigo; con la madre. Poco a poco el lector va conociéndolos, comprendiéndolos; pero sobre todo a Cecilio, el personaje más importante del relato. Y entablará contacto con sus deseos, sus pasiones, sus pequeños fracasos de hombre millonario y sensual, que quiere un hijo, y lo tiene—Sisi, típico caso de hijo único, mimado y consentido—y que luego no puede resistir su pérdida, muerto en la guerra, yendo a estrellar su sufrida humanidad en el asfalto de la calle, precisamente agobiado por el dolor, tras el que se oculta toda una vida fracasada y diluida en las pasiones de cada día, de todo instante.

Cecilio Rubes quedará como una de las figuras de nuestra literatura novelística. No es el autor el que nos va definiendo el personaje; sino el mismo personaje el que se va definiendo a sí mismo a lo largo del relato. Alrededor giran los demás: su personalidad absorbe—como ocurre en la vida real—un espacio y los otros personajes: el hijo idolatrado, la esposa frígida y sensible; los Sendín, familia típica española; Paulina, la muchacha sin rumbo, y varios más que se agitan en una sinfonía perfectamente sincronizada dentro de las fronteras de la vida en una capital de provincias, serán figuras secundarias, aunque igualmente definidas, girando en torno al vendedor de bañeras, ese Cecilio que gusta de ir al Casino, acariciar a su pequeño Sisi, sobre todo cuando no da guerra y que inconscientemente influye en aquel temperamento inestable, haciendo del muchacho un pálido reflejo de su carácter: sensual, egoísta. Y cuando el joven despierta de su letargo será demasiado tarde, porque “una mansa y callada tristeza le envolvía”. Sisi es el motivo central. Todo gira en la vida de los Rubes en torno a Sisi. Hasta que Sisi se esfuma, se va y “cuatro muchachos, rígidos, como los cuatro cirios amarillos, custodiaban el cadáver”.

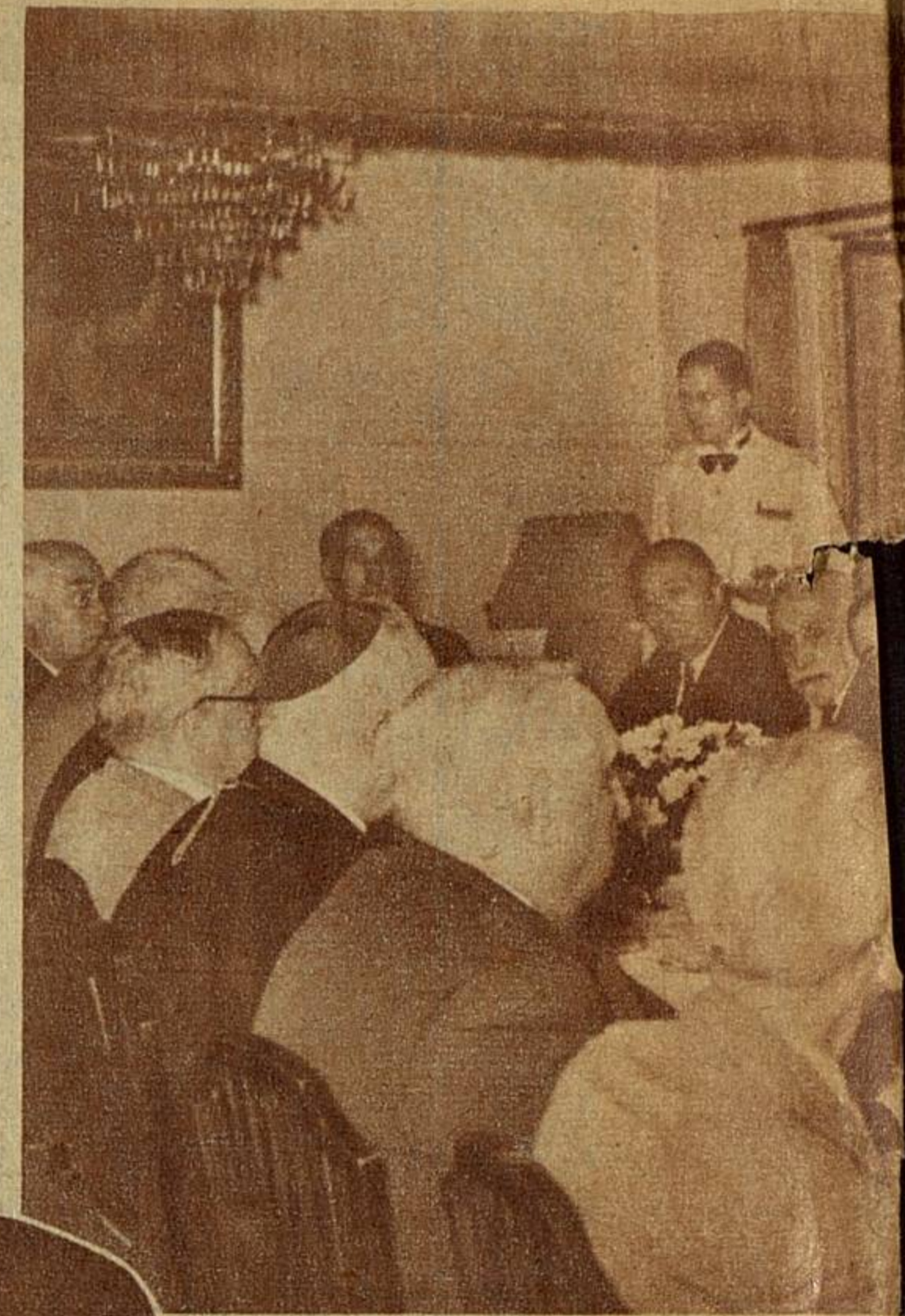
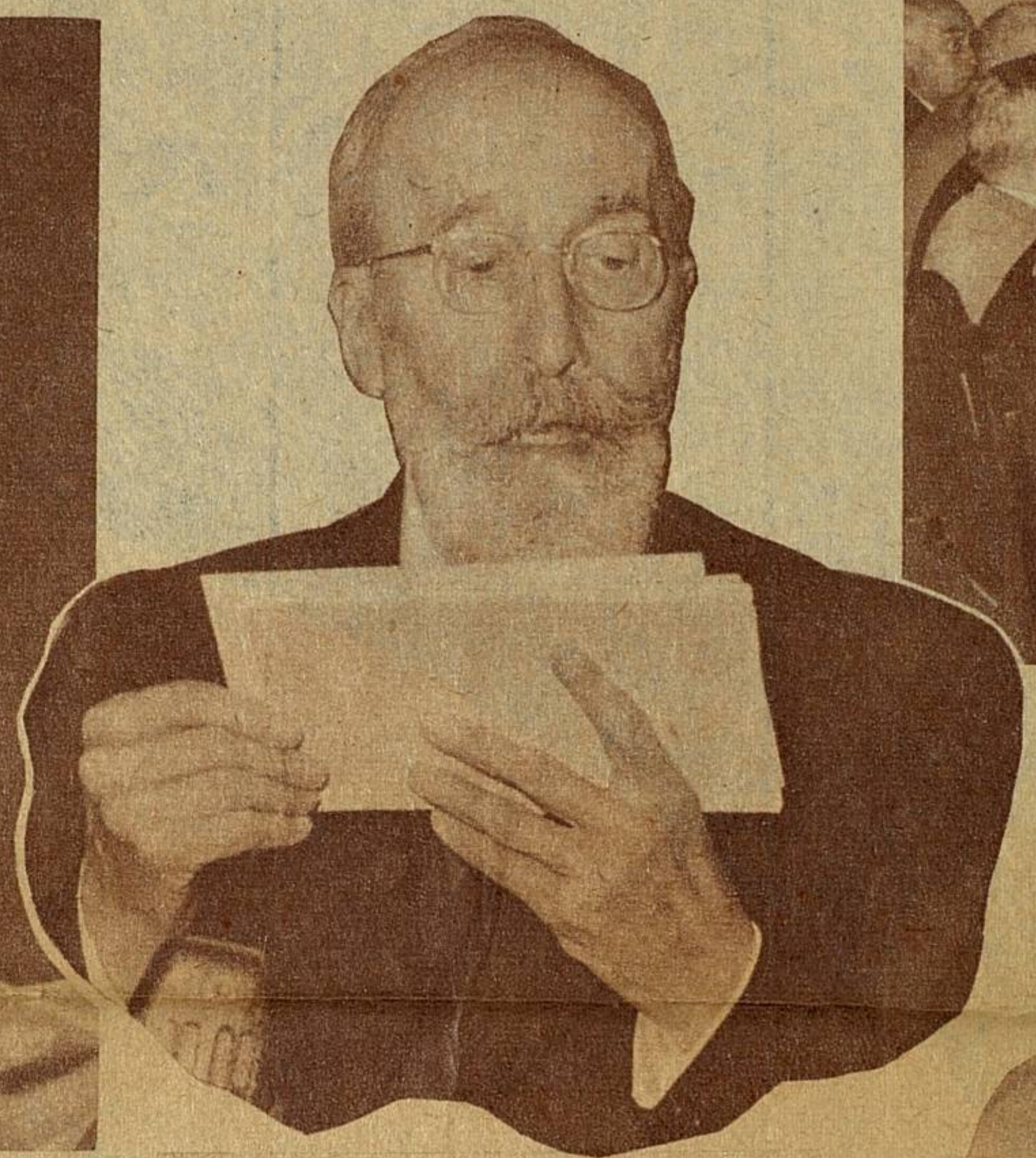
Delibes ha conseguido una novela excepcional, escrita concisamente, con un estilo impéccable y jugoso, conducida con una técnica admirable—esos detalles de las páginas del periódico consultadas de vez en cuando—y dando al realismo del relato una gran poesía, que, es la que en definitiva envuelve el todo.



# UN AÑO MAS DE LITERATURA



"Los cipreses creen en Dios"—reflejo de la vida española durante el periodo republicano—, obra de José María Gironella, es galardonada con el Premio Nacional de Literatura "Cervantes". (Foto Alfonso.)



Don Ramón Menéndez Pidal, que ha publicado los dos primeros volúmenes de su monumental "Romancero Hispánico", es objeto de una comida íntima con motivo del cincuenta aniversario de su ingreso en la Real Academia Española. Al finalizar el agasajo, hace el ofrecimiento el doctor Marañón. (Ft. V. Muro.)

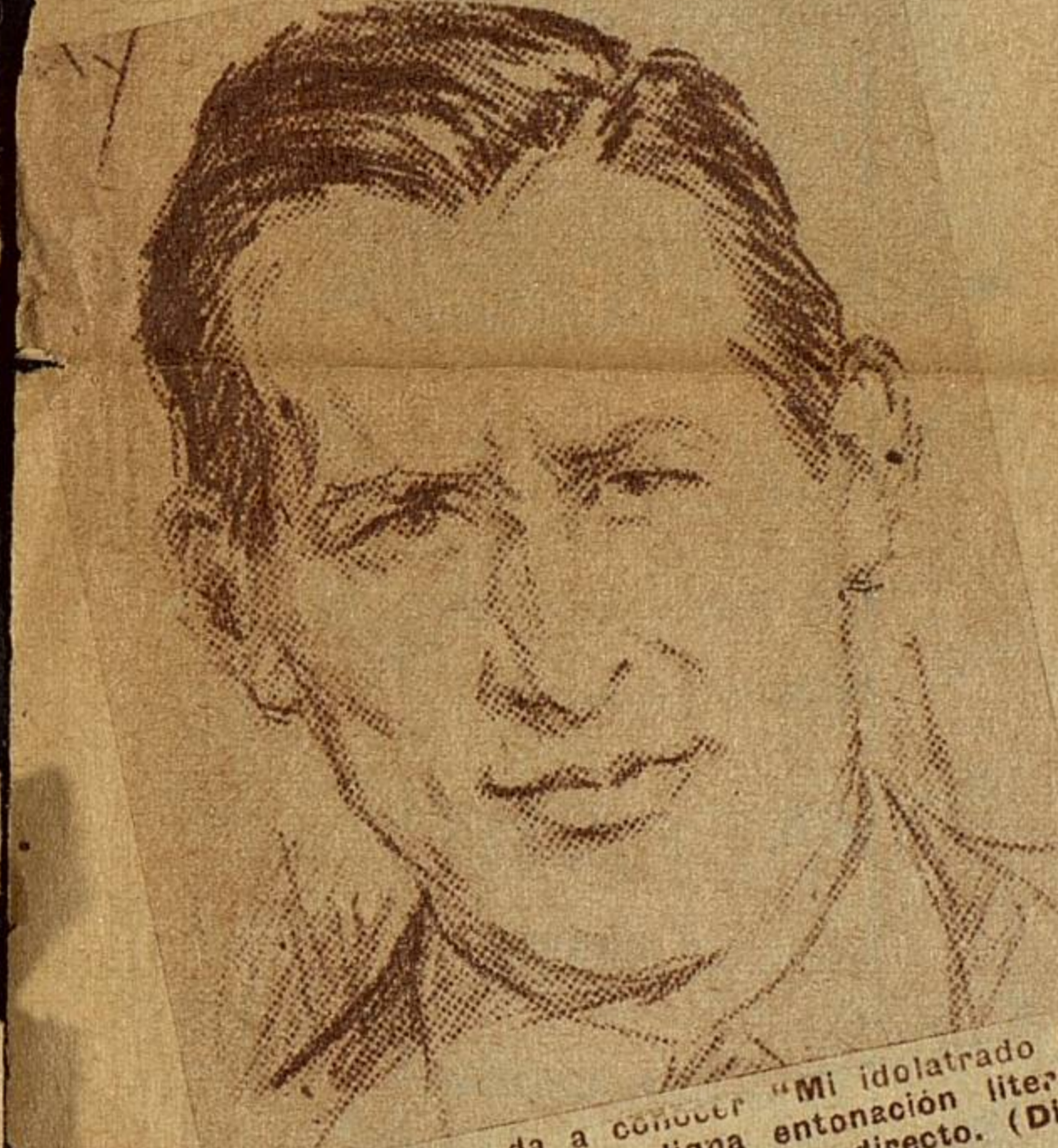


Vicente Risco publica una nueva novela titulada "La puerta de paja". (Dibujo de Solís Avila.)

Elizabeth Mulder, poetisa, novelista y comediógrafa, da a la luz su libro "El vendedor de vidas". (Foto Afi.)



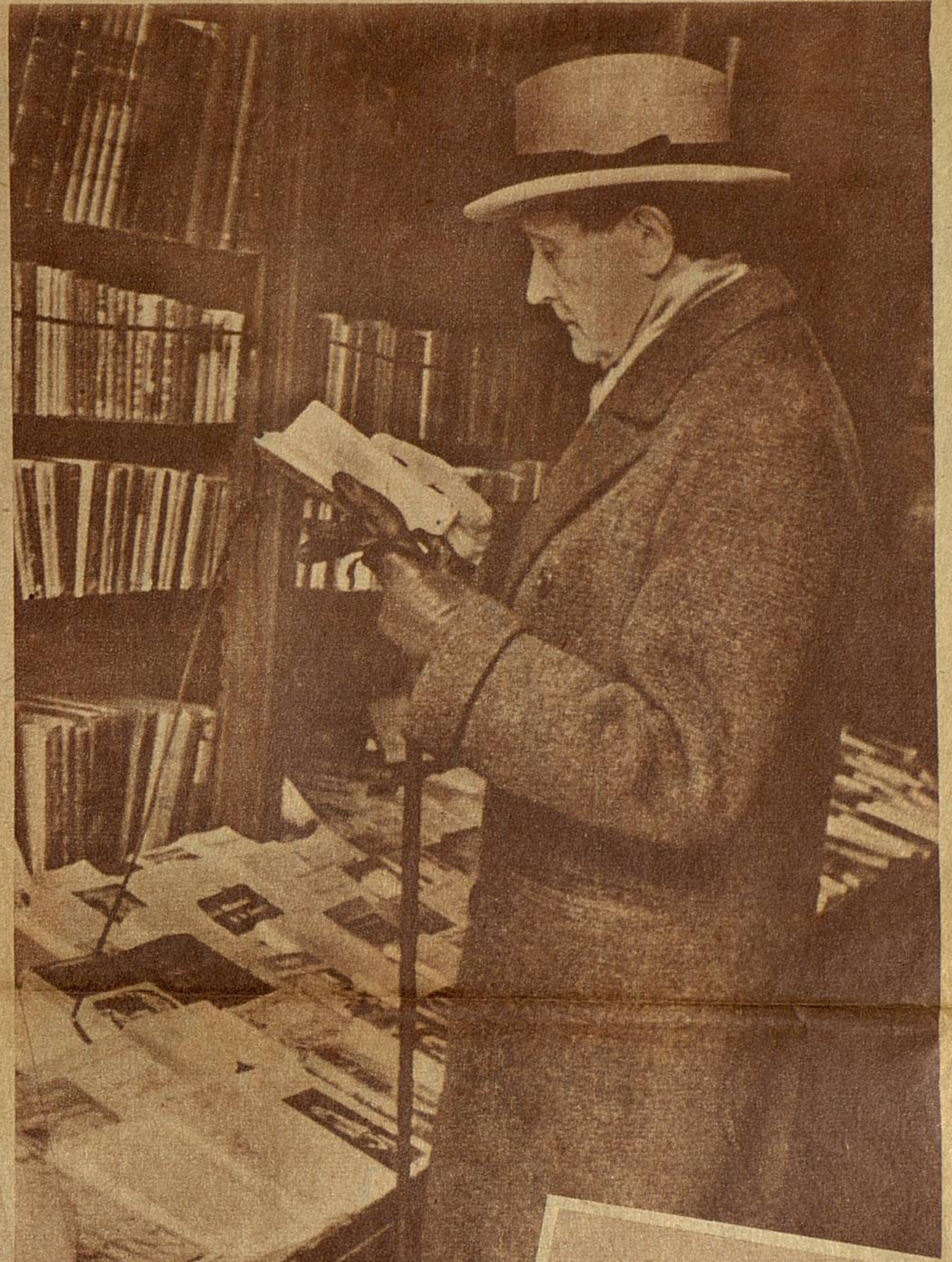
Una interesante muestra del género epistolar: Camilo José de Cela publica su novela "Mrs. Cadwell habla con su hijo".



Miguel Delibes da a conocer "Mi idolatrado hijo Sisi", novela de muy digna entonación literaria, servida por un lenguaje ceñido y directo. (Dibujo de Solís Avila.)



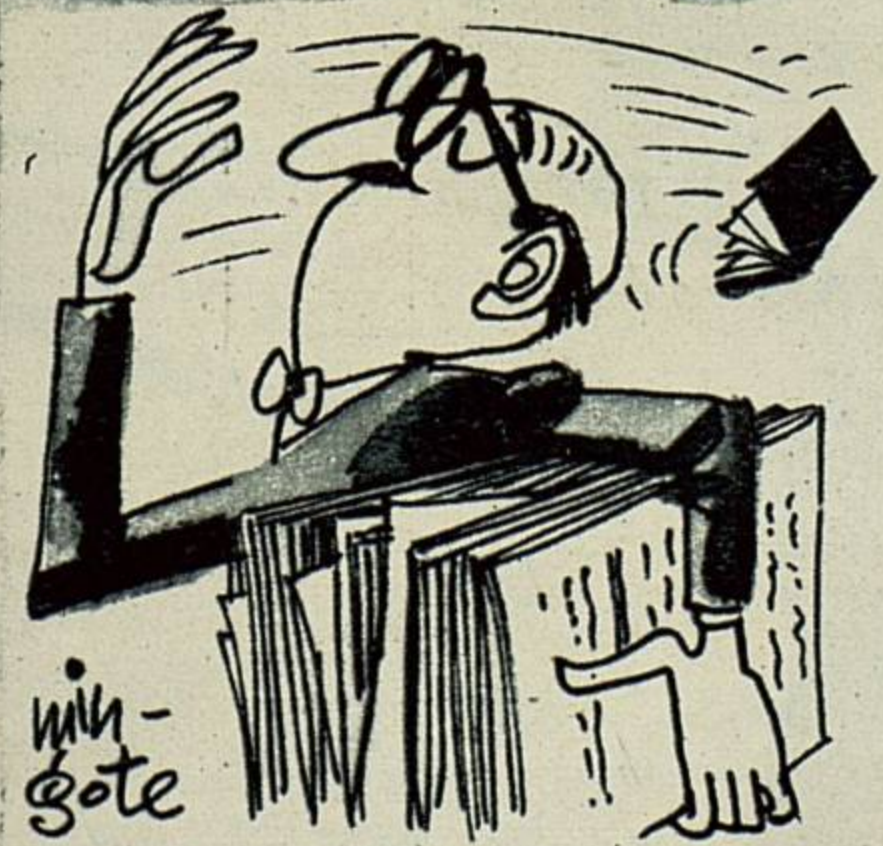
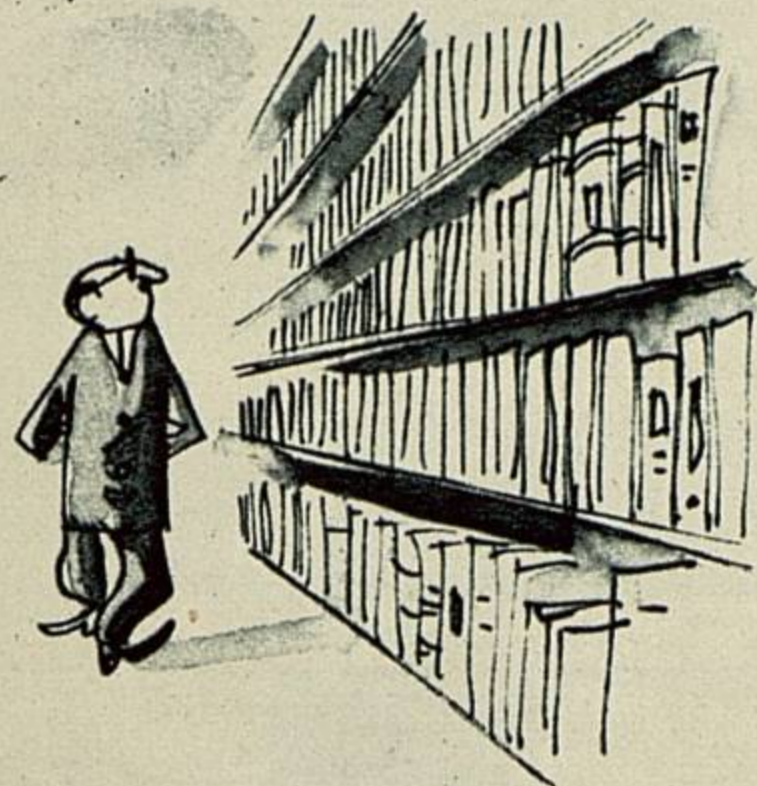
El Premio Nadal vuelve a recaer por tercera vez en una escritora. Colores Medio lo obtiene por su novela "Nosotros, los Rivero", después de Carmen Laforet con "Nada" y Elena Quiroga con "Viento del Norte". (Foto Ortiz.)



Al cumplir los ochenta años, D. José Martínez Ruiz, el ilustre "Azorin", publica su libro "El cine" y el momento. Entre sus admiradores—España entera—surge la iniciativa de dedicarle un homenaje nacional, que le será tributado en el año 1954. (Foto Sanz Bermejo.)



El premio de la editorial "Planeta" lo obtiene Santiago Loren, con su novela "Una casa con goteras". (Foto Cifra.)



# Faliques literarios

—Bueno, no estamos muy animados en lo literario, ¿no cree usted?

—Indudablemente. Esto es bastante triste. Los escritores han variado de táctica.

—¿En qué consiste la variación?

—Antes iban al café y hablaban más de lo que escribían. Ahora apenas se distraen allí, y febrilmente escriben y escriben mucho más de lo que hablan.

—¿Se han vuelto más trabajadores?

—Ocurre que, en efecto, hay más posibilidades para el escritor creador. Los concursos, con todos sus defectos, resultan un aliciente. Por otra parte, el público español va volcándose hacia nuestros autores. Ya se está cansando un poco de esas traducciones donde, aparte tres o cuatro nombres, todo lo demás es fatigado, flojo y mediocre.

—No cabe duda, por ejemplo, del resurgir de la novela. Tenemos dos o tres escritores jóvenes con buen pulso narrador.

...

—Aquí hay un ejemplo. Miguel Delibes acaba de publicar *Mi idolatrado hijo Sisi*. ¿Conocía a este novelista?

—Sí, señor; desde que consiguió el Premio Nadal 1950 con *La sombra del ciprés es alargada*.

—¿Qué le parece su obra?

—Espléndida y aleccionadora. Un problema de juventud visto desde el lado de los padres. A ellos les será muy útil la lectura de este libro. Por otra parte, hay algo que constituye novedad en lo novelístico. Delibes ha encontrado un arbitrio soberbio para lograr el tempo de su relato, aparte de su buen pulso narrativo: el de abrir cada capítulo con lo que recoge el periódico de una provincia de más interesante en la respectiva fecha. Todo esto reflejado y asociado a la vida de los seres que magistralmente pinta.

...

—Otro muchacho vasco muy trabajador, Luis de Castresana, acaba de publicar una biografía de Dostolewsky.

—La edita Caralt. Por cierto que este editor estuvo unos días en Madrid.

—¿Piensa organizar un concurso literario acaso? Está cercano el sustancioso ejemplo de Planeta.

—No sería extraño. Caralt, simplemente, trató de cambiar impresiones con algunos escritores de por acá. El síntoma a que aludo, la mayor atención de nuestro público hacia los novelistas españoles. Los editores catalanes precisan obras. Ya tienen a los escritores de allá, y con muy buen acuerdo, insertan en sus colecciones a los de por aquí.

...

—¿Qué se dice del Nadal?

—Poca cosa. Muy pocos concurrentes profesionales. Los novelistas con facilidades para publicar ya no acuden a este concurso, que dió ya bastantes calabazas a novelistas reconocidos. Ya sabe cómo entre los calabaceados están don Ramón Ledesma Miranda, Manuel Pombo Angulo, Eusebio García Luengo y hasta Enrique Azcoaga y Eugenia Serrano.

—Yo creo, como usted, que la victoria será para un primerizo. Pero también hubo profesionales premiados. Recuerde a Juan Sebastián Arbó.

—En efecto. ¿Será verdad aquello de que la novela, antes de concurrir, fué corregida de estilo por Rafael Vázquez Zamora?

—No tendría nada de particular. Ambos son muy amigos. Ello no aminora el interés y éxito de *Sobre las piedras grises*.

...

—¿Fué usted al estreno de Bonmatí?

—Sí, señor.

—¿Su impresión?

—Yo no entiendo mucho de teatro. El tema de la comedia me parece entretenido y muy literario a tiempo. Ahora bien, esta salida teatral de don

Paco dió ocasión a pulsar lo cargada de electricidad que está la atmósfera teatral madrileña.

—¿...?

—Unos días antes todo el mundo se preguntaba con cierta expectación mal sana: «¿Vas al estreno de Bonmatí?» Comentando esto conmigo, decía Alfredo Marquerie: «¡Qué país éste! Se diría que están deseando que fracase. Yo me alegraría de que la comedia fuese un éxito.»

—¿Lo ha sido?

—Por lo menos, no fué un fracaso. Bonmatí no ha fracasado en nada. Es un escritor inteligente y tiene algo de que están ayunos otros escritores: cierta simpatía para el público, cosa fundamental en estos casos.

...

—¿Y de los nuevos académicos? ¿Usted por quién vota, por Camba o por Lain?

—Hombre. Yo votaría por los dos. Y hasta por alguno más que se ha quedado fuera de la Academia, como Luis Astrana Marín.

—Dicen que don Luis no lo será jamás. Que en la Academia existe una especie de obstrucción hacia su candidatura.

—Eso dicen, hace bastante tiempo. También hay otro escritor español a quien no vendría mal la Academia.

—¿Quién?

—Luis Araujo Costa. ¿No le parece?

—Llevaría el cargo con mucha dignidad. Además, ¿no le da a usted la sensación de que don Luis ha estado preparándose toda su vida para ello?

—Sí que me lo parece. Aunque esto de la Academia no sea como unas oposiciones.

—De lo que no se ha vuelto a hablar es de doña Concha y doña Blanca.

—Sigue el veto a las mujeres en la calle de Felipe IV.

EL INDISCRETO

Una colección que prestigia a la

**NACIONAL EDITORA**

**LIBROS DE ACTUALIDAD POLITICA**

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Pedidos a:  
**EDITORA NACIONAL**  
José Antonio, 62 - Madrid

**ATENEEO**  
LAS IDEAS, EL ARTE Y LAS LETRAS

SUSCRIPCIONES

Trimestral..... 29 pesetas  
Semestral..... 57 »  
Anual ..... 113 »

DIRECCION Y REDACCION: PRADO, 21 - Teléfono 21 28 65  
ADMINISTRACION: José Antonio, 62 - Teléfono 22 26 29  
REVISTA DE LOS ATENEOS DE ESPAÑA

AÑO II. NUM. 46 - MADRID - 15 DE NOVIEMBRE DE 1953

**INDUSTRIAS GRAFICAS FRANCINO, S. A.**

ETIQUETAS - RELIEVES - CAJAS  
PLEGABLES - IMPRESOS DE CALIDAD

IMPRESION AMERICANA EN PAPEL CELOFAN

Puerta Nueva, 1 y 3

TARRASA



## LITERATURA

# Novela, moral y religión

Por MANUEL G. CEREZALES

CON motivo del estreno de «Cuarto de estar», de Graham Greene, el escritor García Esoudero dijo, con razón, que la representación de esta obra en España nos había cogido mal preparados. Es cierto; pero a esto puede añadirse que después de las reacciones y comentarios que suscitó «Cuarto de estar», estamos mejor pertrechados para hacer frente en el futuro a situaciones semejantes. La preparación defectuosa no procede de la falta de normas generales orientadoras sobre literatura católica, sino de la falta de oportunidades de aplicar esas normas a casos concretos. Es decir, que una vez más se puso de manifiesto la larga distancia que hay del dicho al hecho. Hoy, gracias a la obra de Graham Greene, todos entendemos un poco más de teatro católico. Este resultado me anima a comentar un caso también concreto de novela, por si el examen contribuye a mitigar el despiste general que tenemos en estas cuestiones y con el que creamos un estado de confusión en la masa del público.

El caso es el de la novela de Miguel Delibes «Mi adorado hijo Sisi». En un comentario aparecido en estas mismas páginas, yo me permití aventurar una opinión sobre el alcance moral —no religioso— de dicha novela. A los pocos días, el autor disintió de mi criterio en carta abierta publicada en este periódico. Más tarde, aparecen en otros sitios críticas otorgándole a la novela la patente de católica. Al parecer, hubo opiniones para todos los gustos. Yo no tenía por qué meter baza en el asunto, pues nunca pensé que podría ser tema de discusión una cosa inexistente: el catolicismo de la novela. Pero como veo que se me atribuyen unas opiniones que no expresé y como ultimamente Delibes, en unas declaraciones a «El Español», dice que en torno a su obra se han formado dos bandos, y a mí me pone delante de uno de ellos, y todo permite deducir que en la imaginación de Delibes uno de los bandos sostiene la opinión de que la novela es católica y el otro la de que no lo es, me veo en el caso de hacer unas aclaraciones.

Delibes ha declarado que se asesoró de un sacerdote católico antes de publicar su novela. Ahora añade que posteriormente a su publicación se han puesto de su parte dos clérigos, un agustino y don Nicolás González Ruiz. Todos estos señores le han dado su bendición de manera privada. Y una de dos: o Delibes renuncia a este recurso dialéctico de aportar testimonios anónimos y secretos, que sólo impresionan a lectores ingenuos, o invita a sus «partidarios» —es una expresión suya— a exponer de manera pública, con nombres y apellidos, sus argumentos en favor del misterioso carácter católico de «Mi adorado hijo Sisi». Le ofrezco, previamente autorizado para ello, estas columnas. A menos que este coro de fantasmales doctores no exista más que para hacer un poco de ruido. En cuyo caso, me presto gusto al juego, aunque, al tiempo de meterme en el corro, declaro que lo hago con fines distintos a los de servir a un tan excelente amigo como Miguel Delibes.

Delibes presenta como cabeza visible del bando de sus «partidarios» al crítico Arroitia-Jáuregui; el único, que yo sepa, que se ha permitido señalar públicamente el aspecto católico de «Mi adorado hijo Sisi», con las siguientes palabras: «Está en la línea de la novela católica que actualmente se hace en el mundo.» Y con las siguientes razones, que reproduzco textualmente: «El castigo de la limitación de los hijos, con sus consecuencias de soledad, de insatisfacción espiritual y carnal, tratado desde lo meramente humano (subrayo yo), sin elaboradas trascendencias, sino desde lo vital, es el tema de la novela. Una novela —repito— católica, donde no se predica moral explícitamente ni se insiste machacona y aburridamente en una moraleja. La enseñanza se desprende sola, y a lo largo de la novela no se ha pretendido hacer, y era fácil, la apología de la familia cristiana que representan los Sendin. Más bien, al enfrentarse Sisi y Luis, nos oca más simpático el más disoluto, aunque admiremos la entereza de otro.» De esta extraña argumentación puede deducirse el sentido moral de la obra, pero no el religioso.

El propio Delibes sustituye moral por religión al declarar a «mi

bando» representante de la mojigatería cuando dice, primero: «no sólo se explica una lección moral narrando la historia modélica de la buena Juanita», y cuando ahora, en «El Español», insiste: «Algunos dicen que mi novela no es católica, como si el catolicismo se redujera a esconder la cabeza debajo del ala». No es necesario —me parece a mí— tener ese concepto tan tonto del catolicismo para negar el carácter católico de la novela de Delibes. Por mi parte, puedo decir que me parecen católicas novelas de Graham Greene, de Mauriac y de otros autores, muy crudas y no recomendables a personas poco formadas, y no me lo parece en

absoluto —esto lo digo ahora por primera vez— la novela de Delibes. Y ante esa alusión de mojigatería, no tengo más que reproducir el siguiente párrafo de mi tan mal entendido comentario: «Los miembros de la familia Sendin, todos muy unidos, además de por los lazos de la sangre, por la comunidad de sentimientos y principios, son caracteres poco matizados. En conjunto, el ambiente de este hogar, muy virtuoso, no es nada interesante y resulta un poco ñoño. Como me parece también un poco ñoña Elisa Sandin, joven-cita casta y modosa...»

Quede, pues, claro, que uno de los defectos que yo le señalé a la novela es la empachosa ñoñez de sus elementos católicos. Esta ñoñez de la familia católica de la novela, da lugar al hecho curioso de que a Arroitia-Jáuregui le resulte más simpático el personaje más disoluto, que ha de ser juzgado por Vázquez Zamora, comentarista del mismo «bando», como «uno de los muchachos más insoportables y precozmente viciosos de que haya noticia». «La vida que lleva —prosigue V. Z.— es sucia y rastrera, sin duda alguna, pero la función de Delibes como novelista se limita a presentarla así y a que nos resulte (esta vez el subrayado no es mío) inmoral y despreciable.» Pues ya ve, a otro crítico, no lo puede remediar, le resulta simpático. En fin, sobre el problema moral que plantea esta novela podría hablarse largamente... Pero el objeto de este comentario es otro.

El objeto de este comentario es preguntar por qué es católica esta novela. Hasta ahora se da dado una sola razón: porque condena el malthusianismo. Bueno, ¿y qué? ¿Basta mantener una tesis condenatoria del malthusianismo para atribuirle a una novela el título de católica? El malthusianismo es condenable desde distintas posiciones: lo condena hoy el comunismo soviético y lo condenó en su día, el nazismo alemán. La Iglesia lo condena porque representa una transgresión de una ley divina; sencillamente, porque es pecado. Y este gran pecado, si se convierte en problema de conciencia, puede ser tema para una novela católica. En la novela de Delibes la limitación voluntaria del número de hijos plantea una cuestión moral, pero no un problema espiritual religioso. Además de las razones de la Iglesia católica, hay otros argumentos de orden moral contra el malthusianismo. Si yo no hice esta distinción en mi primer comentario, fué porque, a pesar de lo afirmado por V. Z., no expuse allí ningún «punto de vista religioso». No venía a cuento exponerlo ante una obra que no rozaba ninguna cuestión relacionada con la vida sobrenatural. Me pareció una novela, en este sentido, indiferente.

Y me lo sigue pareciendo mientras no se demuestre lo contrario. Por otro lado, creo que los novelistas, aunque ellos sean católicos, no tienen obligación de escribir novelas católicas, y hasta pueden escribir magníficas novelas que no sean católicas y a las que nada tengamos que objetar los católicos. Ahora bien: si se nos dice que es católica una novela que no presenta ningún problema ni describe ninguna situación referidos a los superiores valores del catolicismo, como ocurre en «Mi adorado hijo Sisi», tenemos derecho a esperar alguna explicación congruente. Esta explicación es la que Delibes o sus asesores deben al gran público lector de novelas y periódicos. Y con ello contribuirán, como han contribuido las explicaciones en torno a «Cuarto de estar», a que la gente aprenda en cada caso determinado a conocer e interpretar la buena doctrina sobre lo que debe de adjetivarse de católico en la literatura de creación.





# TAMBIEN DESDE PROVINCIAS se conquista la fama

(SERVICIO EXCLUSIVO DE «EL NORTE DE CASTILLA»)

MADRID, 23.—"¡La conquista de Madrid!" ha sido siempre el grito de combate de todos los jóvenes que en provincias sentían inquietudes artísticas o literarias. Nuestra historia literaria está llena de gloriosas figuras, que para triunfar en su noble oficio tuvieron que abandonar su rincón provinciano y venir a Madrid. Esto emparentó al arte con el café con media tostada, y al escritor con la bohemia, y a la gloria literaria con un banquete en la Vicaría del café Universal.

Pero también desde provincias se triunfa hoy, y el cronista siente un singular placer al poder demostrar esta su afirmación con el caso de un novelista vallisoletano, que en Valladolid nació, en Valladolid reside y desde Valladolid lanzó al aire literario de España y de los países de habla hispana la prosa limpia, sencilla y emotiva de sus novelas con tal ímpetu, que ha llegado a ser el primero entre los novelistas jóvenes de nuestra época: Miguel Delibes.

Y esta última afirmación ya no es nuestra, pero la recogemos con orgullo de vallisoletanos. Esta afirmación es de cuantos enjuician hoy con autoridad el actual panorama de la novela española.

No hace muchos días el diario "Madrid" publicaba una entrevista de su redactor José Montero Alonso con el gran novelista Juan Antonio de Zunzunegui. Preguntaba Montero Alonso: "¿Qué novelistas te parecen mejores?" Y Zunzunegui, con esa rotundidad de palabra que le caracteriza, afirmaba: "De los jóvenes, el mejor me parece Miguel Delibes."

Mariano Gómez-Santos entrevistó a Zunzunegui para el diario "Pueblo", y Zunzunegui insistió: "Entre los jóvenes, Miguel Delibes es el mejor, para mi gusto."

La misma opinión ha expresado el novelista catalán José María Espinás en la revista "Ateneo", desde cuya tribuna ha dicho: "Delibes es el primer novelista de hoy."

Del Arco, desde "La Vanguardia", en un "mano a mano" con el ilustre escritor José María Gironella, ha preguntado a éste si le interesa alguno de los novelistas españoles de hoy, y Gironella ha contestado: "Te citaré una obra que considero maestra: "El camino", de Delibes."

De Miguel Delibes se ha dicho en una crónica literaria en "El Alcázar" que "es, de entre los escritores de menos de cuarenta años, el mejor novelista español".

La producción literaria de Delibes, en el momento presente, es corta, pero densa, de una densidad tal, que le han bastado cuatro novelas para que se le considere, como el lector acaba de ver, como el primero entre los jóvenes novelistas españoles de hoy.

El cronista no pretende más que reflejar en estas líneas la resonancia que en el mundo literario ha tenido el triunfo que un novelista vallisoletano ha alcanzado desde esa querida ciudad. FIESTA EN EL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

Los chicos del Colegio de San Ildefonso desde que, con motivo del sorteo de la Lotería de la pasada Navidad, salieron retratados en "El Norte de Castilla" han cobrado simpatía por nuestro periódico. (A ver si para otra Navidad nos dan el "gordo".) Y cuando hemos ido a informarnos de las fiestas que hoy han celebrado, nos han dispensado las más cariñosas atenciones. Estas fiestas tenían por motivo celebrar el día de su Santo Patrono. Comenzó esta conmemoración con una misa solemne esta mañana en la iglesia parroquial de San Andrés. A continuación, un simpatiquísimo acto de homenaje al presidente de la Asociación de Ex-alumnos del Colegio, don Francisco Matallanos. Esta Asociación es un verdadero modelo, y os prometemos hablaros de ella algún día. También se verificó en este acto la entrega de libretas de ahorro a los colegiales premiados en el Certamen Nacional del Ahorro y se repartieron medallas del Santo titular del Colegio.

Por la tarde ha habido un festival cinematográfico y musical, en el que ha tomado parte la rondalla del Colegio, dirigida por el maestro Lorenzo. Ha sido una fiesta gratísima y brillante.

### CONDECORACION A JOAQUIN RODRIGO

A mediodía de hoy, el ministro de Educación Nacional ha impuesto las insignias de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio al ilustre compositor don Joaquín Rodrigo, profesor de la cátedra "Manuel de Falla".

La ceremonia se ha celebrado en el paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria, y asistieron, además del ministro, los directores generales de Enseñanza Universitaria, Radiodifusión y Bellas Artes. El decano de la Facultad, don Amando Melón; el ministro de Educación Nacional y el maestro Rodrigo pronunciaron discursos.

En el mismo acto se verificó el estreno de una cantata compuesta por el maestro Rodrigo, titulada "Música para un código salmantino", que fué interpretada por el bajo señor Deus y los coros de Radio Nacional, que dirige el maestro Odón Alonso.

### NOTAS MILITARES

Se nombra ayudante de campo del general de brigada de Estado Mayor don Manuel Vázquez Sastre, jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército VII y de la séptima Región militar, al comandante de Caballería don Juan Somoza Iglesias.

LERA DE ISLA

